

A surreal landscape with a woman and a suitcase on a grassy bank overlooking a vast, misty sea. The scene is dominated by a pale, hazy green color palette. In the foreground, a woman in a dark dress stands on a small, grassy bank, looking out over a vast, misty sea. A small, dark suitcase sits on the ground next to her. The background features rolling hills and a large, pale, hazy sea that fills most of the frame. The overall mood is quiet and contemplative.

Roy Jacobsen

LOS INVISIBLES

Roy Jacobsen

LOS INVISIBLES

Traducido del noruego por
Cristina Gómez-Baggethun

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25

26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53

Créditos

Un día de julio sin viento, el humo sube en vertical hacia el cielo. Dos remeros traen al reverendo Johannes Malmberget, y el pescador y labriego Hans Barrøy, legítimo propietario de la isla y cabeza de su única familia, ha salido a recibirlo. Lo espera en la rampa del embarcadero que construyeron sus ancestros con piedras de la playa; observa la barca, las fornidas espaldas de los remeros y, detrás de sus gorras negras, la cara sonriente y recién afeitada del reverendo. Cuando están lo bastante cerca, les grita:

—Vaya, llega gente fina.

El reverendo se levanta y recorre con la mirada la costa y los prados que ascienden hacia las casas rodeadas de una piña de árboles, escucha los graznidos de las gaviotas y los cuac-cuac de los gaviones que suenan como vulgares gansos sobre las rocas, y ve a los charranes y a los zancudos deambular bajo el sol de justicia, escarbando en la arena blanca como la nieve de las playas.

Pero cuando consigue salir de la *færing* y da unos pasos vacilantes por el rompeolas, descubre algo que nunca ha visto: su propio pueblo bajo las montañas de Hovedøya, la isla mayor, tal como se ve desde Barrøy, con su Factoría y sus casetas, sus granjas, sus bosques y su flota.

—Por Dios, qué pequeño es, apenas se ven las casas.

—Pues yo sí que las veo —responde Hans Barrøy.

—Tendrás mejor vista que yo —dice el reverendo con la mirada clavada en el pueblo en el que ejerce desde hace treinta años, pero que nunca había visto desde un ángulo tan descabellado.

—Es que es la primera vez que el reverendo viene por aquí.

—Bueno, a remo son más de dos horas.

—Tendrá usted vela, ¿no? —pregunta Hans Barrøy.

—Hoy el mar está como un espejo —replica el reverendo, todavía con la vista tornada hacia la casa, porque lo cierto es que le tiene pánico al mar y aún se nota alterado y tembloroso tras haber escapado con vida de la apacible travesía.

Los remeros han sacado las pipas y se han sentado de espaldas a fumar. Por fin el reverendo puede estrechar la mano de Hans Barrøy, al tiempo que se fija en el resto de la familia, que se acerca desde las casas: Martin, el viejo padre de Hans que enviudó hace diez años; Barbro, la hermana soltera de Hans, que es mucho más joven que él, y Maria, la mujer que gobierna la isla, que trae de la mano a la pequeña Ingrid, de tres años. El reverendo comprueba con satisfacción que todos se han puesto la ropa de los domingos; seguramente avistaron su barca cuando rodeó el islote de Oterholmen, que ahora no es más que un sombrero negro en el mar en dirección al norte.

Va al encuentro del pequeño grupo, que se ha quedado parado; todos mantienen la mirada clavada en la hierba y les estrecha la mano uno por uno, sin que a ninguno se le ocurra levantar la vista, ni siquiera al viejo Martin, que incluso se ha quitado el gorro rojo. En último lugar coge la mano de la pequeña Ingrid y se fija en que está blanca y limpia; ni siquiera ve suciedad bajo las uñas, que tampoco están mordisqueadas, sino cortadas, y se queda mirando los pequeños hoyuelos por donde con el tiempo asomarán los nudillos. El reverendo retiene un ratito el pequeño milagro blanco y piensa que no tardará en convertirse en la mano de una esforzada trabajadora, en una mano nervuda, castigada y del color de la tierra, en una mano de hombre, como les ocurre antes o después a todas las manos de por aquí.

—Hola, pequeña. ¿Crees en Dios? —le pregunta.

Ingrid no contesta.

—Supongo que sí —dice Maria, que es la primera en mirar de frente al invitado.

Pero, en ese momento, el reverendo vuelve a hacer el mismo descubrimiento de hace un instante y pasa agitado por delante de la caseta del embarcadero, que parece un peldaño en el paisaje, y sube a un alto donde las vistas son aún mejores.

—Caramba, ya veo también mi casa.

Hans Barrøy lo adelanta y dice:

—Desde aquí se ve la iglesia.

El reverendo se apresura a seguirlo y se queda admirando la iglesia encalada que ha surgido como un pálido sello bajo las montañas en las que los últimos neveros parecen los dientes de una boca podrida.

Cuando se encaminan hacia las casas, empiezan a hablar de bautizos, de pesca y de plumón, y el reverendo está emocionado con la isla Barrøy, que desde su casa se ve como una piedra negra en el horizonte pero que, hay que

reconocerlo, por Dios, ha resultado ser un vergel, como probablemente lo son tantas otras islas de por aquí, en las que solo vive una familia o dos: Stangholmen, Sveinsøya, Lutvær, Skarven, Måsvær, Havstein... En cada una de ellas, un puñado de personas que cultivan una fina capa de tierra, pescan en las profundidades del mar y paren niños que, al crecer, cultivan la misma tierra y pescan en las mismas profundidades; esta no es una costa árida y yerma, sino un collar de oro y perlas, como acostumbra a subrayar el reverendo en sus sermones más inspirados. La cuestión es por qué no vendrá más a menudo por aquí.

Y la respuesta es el mar.

El reverendo es un bicho de tierra y el año ofrece pocos días como este; de hecho, lleva todo el verano esperando su ocasión. Pero aquí, a los pies de la rampa del pajar, mirando su eterna parroquia, en la que Dios ha mantenido el bastión desde la Edad Media, le pilla tan desprevenido el hecho de que, hasta ahora, no tuviese ni idea del aspecto que presenta su pueblo que casi le resulta irritante; es como si durante todos estos años hubiera tenido un velo ante los ojos, o hubiera sido víctima de un engaño, no solo respecto del tamaño de su parroquia, sino también, probablemente, respecto de la envergadura de su labor espiritual, que quizá resulte no ser mayor de lo que está viendo.

Por suerte, la idea es más inquietante que amenazadora, una metafísica procedente del mar donde todas las distancias engañan, y está a punto de descarrilar de nuevo cuando ve llegar a la familia: al viejo ya con el gorro puesto, a la majestuosa Maria siguiéndole los talones y, por último, a la robusta Barbro, a quien el reverendo, por motivos diversos y algo confusos, en su momento no logró confirmar. Los callados hijos de Dios en un islote del mar que, salta a la vista, es una piedra preciosa.

Empiezan a charlar sobre el inminente bautizo de Ingrid, la niña de melena castaña como la brea, ojos resplandecientes y pies que no calzan zapatos hasta mediados de octubre. ¿De dónde habrá sacado esa mirada tan despojada de la embotada estupidez de la pobreza?

El reverendo toma aire y, algo eufórico, menciona que le gustaría mucho oír a Barbro cantar en el bautizo, recuerda que tenía muy buena voz...

Pero entonces un pudor se extiende por la familia.

Hans Barrøy se lleva al reverendo a un lado y le explica que Barbro sin duda tiene buena voz, pero que no se sabe los salmos, que solo emite los sonidos que le parece que encajan y que, aunque por lo general le sale bien,

esa fue también la razón por la que en su día no se confirmó, además de alguna otra, como el reverendo seguramente recordará.

Johannes Malmberget deja estar el asunto, pero aún hay otro tema que desea hablar con Hans Barrøy; se trata de la críptica sentencia de la tumba de su madre, que tiene preocupado al reverendo desde el día en que la enterraron, un verso algo ambiguo en su lápida que prácticamente dice que la vida no merece la pena ser vivida. Pero como Hans tampoco responde gran cosa a eso, el reverendo decide retomar la cuestión del plumón y pregunta si tienen sacos que vender porque necesita dos edredones nuevos para su casa y paga más de lo que les darían en el mercado o en la Factoría. Como dicen por aquí, el plumón vale su peso en oro...

Por fin han encontrado algo terrenal y claro de lo que hablar, así que se meten en la casa donde Maria ha puesto un mantel sobre la mesa del salón de las visitas y, una vez que han tomado café y tortas, y cerrado el trato, el reverendo se relaja tanto que de pronto siente que no habría mayor bendición que la de echarse una cabezadita, y entonces se le cierran los ojos y su respiración se torna más lenta y pesada. Está sentado en la mecedora de Martin con las manos en el regazo, un reverendo dormido en su casa, una imagen que les resulta tan imponente como cómica. Permanecen a su alrededor, de pie y sentados, hasta que por fin vuelve a abrir los ojos, chasquea la lengua y parece no saber dónde está. Pero enseguida los reconoce y parpadea como en señal de gratitud. Ellos no saben por qué les da las gracias y él tampoco lo explica; sin embargo lo acompañan de regreso a la barca y lo ven recostarse sobre un montón de redes, junto a un saco de plumón y un cubo de huevos de gaviota, y volver a cerrar los ojos, de modo que se quedan con la impresión de que también duerme en el momento en que los abandona. El humo sigue siendo una columna recta en el cielo.

Todo lo que hay de valor en una isla viene de fuera, salvo la tierra, pero no es por la tierra por lo que están aquí, de eso son dolorosamente conscientes los isleños. A Hans Barrøy se le ha partido el último mango que tenía para la guadaña y se ve obligado a interrumpir la siega. No puede hacer un mango nuevo con los materiales que hay en la isla porque hay que usar fresno, que puede comprar en la Factoría, o algún otro tipo de madera que él mismo pueda conseguir gratis en otro sitio.

Clava la cuchilla en una de las estacas sobre las que seca el heno y se aleja dando zancadas por el camino de hierba que conduce al embarcadero, empuja la *færing* por la rampa hacia el mar de color de esmeralda y está a punto de subirse cuando cambia de idea y se dirige de vuelta hacia las casas. Al verlo doblar la esquina, Maria, que está sentada ante la pared sur remendando un pantalón, levanta la vista.

—¿Dónde está la niña? —pregunta Hans alzando mucho la voz, a sabiendas de que Ingrid lo ha visto y que se ha escondido para que la busque y le dé vueltas en el aire en grandes círculos.

Maria señala con los ojos la bodega de las patatas, pero el padre, en el mismo volumen exagerado, dice que es una pena que la niña no pueda acompañarlo a Skogsholmen, el islote del bosque, y a continuación vuelve sobre sus pasos. Sin embargo, apenas ha avanzado unos metros cuando oye llegar a Ingrid y, en el momento justo, se agacha para que pueda saltar a sus brazos y abrazarse a su cuello. Ingrid empieza a dar gritos mientras él galopa como un caballo emitiendo sonidos que solo se permite cuando están los dos a solas.

Esta risa de la niña...

Le pregunta si quiere que cojan la piel de oveja.

—Sí —dice Ingrid dando palmadas.

Hans se mete en la caseta del embarcadero, coge una de las pieles y forma con ella una camita en la popa, luego vuelve a tierra, levanta a la niña y la

sube a bordo. Ingrid se acomoda recostando la espalda contra el codaste, de modo que puede ver a su padre remar y a la vez mirar por encima de la borda girando la cabeza de lado a lado, sus deditos son como lombrices blancas sobre las tapas marrón brea de las regalas.

Esta risa...

Hans agarra los remos, bordea el cabo atravesando el enjambre de islotes y escollos y escoge el pasaje más directo hacia Skogsholmen mientras va charlando sobre el bautizo que celebraron hace tres semanas y sobre el esmero con el que habían decorado la iglesia para los ocho niños de las islas. Comenta que Ingrid fue la única que pudo ir por su propio pie hasta la pila bautismal y decir su nombre cuando el reverendo preguntó cómo se iba a llamar, y de paso menciona que ya va siendo demasiado grande para quedarse ahí tirada como una muerta sobre una piel de oveja en vez de hacer algo útil, como por ejemplo remar o sujetar un sedal para que puedan volver a casa con un carbonero o dos, y no solo con los palos para un nuevo mango para la guadaña.

La niña responde que no necesita crecer más y tan pronto se asoma por un lado de la borda como por el otro, a pesar de que el padre le dice que en la barca hay que ir bien sentada. Hans cambia la dirección del islote de Oterholmen al serbal de la punta sur de Moltholmen; al cabo de ochenta remadas, cambia de nuevo el rumbo y atraviesa los escollos de Lundeskjærene justo por donde las aguas tienen profundidad suficiente y al final vira y entra cuando en un corte de montaña de la parte interior del islote, donde tiene un perno enroscado a la roca.

Manda a la niña saltar a tierra con la amarra y ella obedece, pero luego se queda parada, sujetando la barca como quien sujeta a una vaca por una correa, mientras él se levanta y echa un vistazo a su alrededor como si hubiera algo que ver: los pájaros en el cielo, las montañas a la espalda de su propia isla y los intensos graznidos de los charranes, parpadeos blancos y negros que cortan el espacio aéreo sobre ellos.

Desembarca y enseña a la niña a hacer un nudo ballestrinque. Ingrid se enfada cuando no le sale, pero el padre le enseña, lo hacen juntos y la niña se ríe; un ballestrinque alrededor de un perno. Hans le dice que, mientras él va al bosque, se bañe en la marmita de gigante, que entre los árboles hay demasiados mosquitos.

—Acuérdate de quitarte la ropa.

En el bosquecillo de la cuenca que recorre la isla de norte a sur encuentra

cuatro troncos rectos. No son de fresno, pero sí de algo que no debería crecer tan al norte; uno de ellos incluso se curva junto a la raíz, de modo que se adaptará bien al hombro, es más de lo que podía esperar.

Se echa los palos a la espalda, remonta con brío el cerro y regresa a la marmita de gigante, donde la niña está con el agua hasta las axilas. Ingrid se contempla las manos, las entrelaza y las estampa contra la superficie del agua, que le salpica la cara y la hace chillar y poner muecas, esta risa... Y esta inquietud del padre, un desasosiego que ha estado ahí desde el momento en que Ingrid nació.

Hans se recuesta, acomoda los hombros contra la rugosa roca hasta que la nuca toca la piedra y así se queda, mirando las bandadas de charranes y oyendo a su hija hacer las preguntas que haría cualquier niño, pretende que se bañe él también, los chapoteos y el templado viento del este, la sal contra los labios, el sudor y el mar. Hans se zambulle en un remolino de luz y oscuridad y, al salir, ve a la niña desnuda bajo el sol, preguntando si puede usar su ropa para secarse.

—Toma esto —le dice arrancándose la camisa.

Y oye a Ingrid reírse de lo blanco que tiene el torso y de lo negros que tiene los brazos y el cuello, dice que le recuerda a la muñeca que le ha fabricado con piezas que no encajan, también esto son ocurrencias normales en una niña, la muñeca se llama Oscar, aunque a veces se llama Anni.

De regreso capturan tres carboneros, los pescados quedan tirados a los pies de la niña que sigue envuelta en la camisa de Hans. El padre le pide que se la devuelva, que con el anochecer está refrescando, pero la niña se recuesta sobre la piel, se abraza las piernas y lo mira burlona por encima de las rodillas.

—Tú te ríes de todo —dice Hans.

Y piensa que Ingrid ya sabe distinguir entre el juego y las cosas serias, que rara vez llora, que nunca tiene berrinches ni se empecina en nada, que jamás está enferma y que aprende lo que tiene que aprender; debe deshacerse de esta inquietud.

—¿No los vas a tocar? —pregunta señalando los pescados con la cabeza.

—Están asquerosos.

—¿Dónde has aprendido eso?

—De mamá.

—Es que mamá es un poco fina. Pero nosotros no, ¿verdad?

La niña se lo piensa con dos dedos metidos en la boca.

—Las gaviotas tienen hambre —insiste el padre.

Ingrid introduce la mano derecha en el vientre del carbonero más grande, le arranca las vísceras y, asqueada, las sostiene en el aire. El padre va remando de un objetivo a otro, mientras la niña arroja las tripas al mar y ve cómo las gaviotas se precipitan sobre ellas, chapoteando, engullendo y peleándose en una especie de remolino de vida y muerte. La niña introduce la mano en el siguiente carbonero y arroja las vísceras a los pájaros, a continuación limpia el último y luego se asoma por la borda y va enjuagando los pescados uno por uno. Luego los coloca sobre el fondo, el mayor señalando estribor, el mediano en el medio y el pequeño señalando babor, y al final se lava las manos a conciencia. En esta niña no hay grietas, concluye el padre con los ojos entornados, nota por la barca que la niña sigue asomada por la borda para dibujar culebras en el agua, así que dirige una barca escorada hasta la rampa del embarcadero, la saca solo a medias del agua y le coloca las borriquetas porque está cayendo la marea.

Por el sendero hacia casa, la niña camina delante de él con los pescados en la mano, las últimas gotas de sangre le corren por las piernas flacas. El padre lleva los cuatro palos al hombro, el hacha bajo el brazo y, en la mano, la ropa seca de la niña. Se detiene y mira hacia el noroeste, el sol está pálido y brumoso, no tardará en convertirse en una luna, se avecina la noche y Hans se pregunta si debería reparar la guadaña enseguida o si sería mejor dormir al menos unas horas, hasta que el rocío caiga sobre el Jardín de Rosas, porque el rocío siempre cae primero sobre el Jardín de Rosas, donde crece una extraña hierba roja.

Lo que el mar arrastra hasta una isla pertenece a quien lo encuentra, y los isleños encuentran muchas cosas. A veces son corchos, barriles, estopa, madera de deriva o boyas de cristal verdes y rojas que sostienen las artes de pesca en el mar y que, al amainar la tormenta, el viejo Martin Barrøy saca de entre las algas y luego trenza a sus redes sentado en la caseta del embarcadero, quedan como nuevas. A veces encuentran un juguete de madera para Ingrid, a veces cajas de pescado, remos, bicheros, carretes, achicadores, varas para los secaderos de bacalao, tablas y restos de embarcaciones. Una noche de invierno, el mar les trajo un puente de mando entero. Lo arrastraron a tierra con el caballo y lo instalaron en el jardín al sur de la isla, para que Ingrid pueda sentarse en la silla giratoria del capitán y darle vueltas a la rueda del timón de cobre y caoba mientras contempla los campos y las cercas que recorren la isla en oleajes.

Tienen nada menos que ocho cercas.

Están construidas con las piedras que emergen de la tierra como las boyas de cristal emergen del mar, solo que las piedras suben mucho más despacio, tardan varios inviernos en surgir, pero al final, en primavera, pueden cogerlas y colocarlas sobre las cercas para hacerlas aún más altas. Las cercas dividen la isla en nueve prados, o jardines, como los llaman ellos. El Jardín del Sur es el que está más expuesto, allí el mar rompe sobre la tierra con toda su feroz esencia. Luego viene el Jardín de Pecho, que nadie sabe de dónde sacó su nombre, aunque quizá se deba a que tiene muchas lomas y montículos que parecen pechos verdes de mujer de todos los tamaños y que las ovejas recortan y acicalan después de la siega. Luego están el Jardín de Piedras, que tiene más piedras que los demás, y el Jardín de Rosas, llamado así porque su hierba es tan roja como las serbas antes de madurar. El Jardín del Establo rodea las casas, el Jardín del Edén da al norte, y aun así es el más fértil y siempre se usa de patatal; luego están el Jardín de Roña, el Jardín del Norte y el Jardín de Penuria, todos ellos con el nombre que se merecen, a pesar de que el Jardín de Penuria es el más verde de todos y rodea la caseta y la rampa

del embarcadero como una enorme manopla verde.

Pero sobre todo encuentran basura.

Encuentran marsopas y alcas muertas, y cormoranes hinchados de gases pestilentes. Vadeando entre las algas podridas encuentran medios zapatos, un sombrero, un brazalete y una muleta, retales de vidas ajenas que atestiguan abundancia, negligencia, pérdida, despilfarro y desgracias sufridas por personas de las que nunca han oído hablar y a las que jamás conocerán. De tanto en tanto encuentran también mensajes indescifrables: un abrigo con los bolsillos llenos de periódicos y tabaco de Inglaterra, una corona de flores sobre una tumba flotante, la tricolor francesa sobre un asta astillada y un baboso cofre que contiene las pertenencias más íntimas de una mujer exótica.

En raras ocasiones encuentran una botella con una carta, que contiene una mezcla de deseos y confidencias dirigidas a personas distintas a las que la encuentran, pero que, si llegara a su legítimo destinatario, le haría llorar sangre y remover cielo y tierra. Los isleños abren la botella con austeridad, sacan la carta y, si entienden el idioma, la leen y se forman una opinión sobre el contenido, con todas sus reflexiones grandes y pequeñas —las cartas en botella son misteriosos transmisores de anhelos, esperanzas y vidas no vividas—, y después la guardan en el arcón de los objetos que ni se pueden tirar ni se pueden poseer. La botella la cuecen y la llenan de zumo de grosella, o simplemente la colocan en la ventana del establo, como una prueba de su propia vacuidad, para que la luz, al atravesarla, se tiña de verde antes de desviarse hacia el suelo y aposentarse sobre la paja.

Pero una mañana de otoño, Hans Barrøy encuentra un árbol entero que el mar ha arrastrado y depositado sobre la punta sur de la isla. Es un árbol enorme. No puede creer lo que ven sus ojos.

El mar se va retirando al compás del viento y el árbol yace como el esqueleto de un monstruo geológico, del tamaño del casco de medio barco, con las ramas y las raíces intactas, pero sin agujas ni corteza puesto que el mar las ha devorado, una tonelada blanca de resina que es valiosísima en el mundo exterior porque puede usarse para engrasar las cuerdas de los violinistas famosos haciendo que sus notas suenen más limpias. Es un alerce ruso que creció durante siglos a orillas de Yeniséi, en los páramos al sur de Krasnoyarsk, y que los vientos de la taiga fueron marcando como marca el peine un pelo graso, hasta que lo derribó un torrente de primavera con dientes de hielo y lo echó al río, que lo arrastró tres mil o cuatro mil kilómetros hacia el norte, hasta el mar de Kara, donde lo atraparon las saladas corrientes que se

lo llevaron aún más al norte, hasta el borde del hielo, después hacia el oeste, bordeando Nueva Zembla y Spitsbergen, y finalmente hasta las costas de Islandia y Groenlandia, donde unas corrientes más cálidas lo liberaron de las garras de las frías y lo arrastraron de vuelta hacia el nordeste, con lo que ha trazado un impresionante semicírculo terrestre que habrá tardado una década o dos en recorrer, hasta que una última tempestad lo ha traído a la costa de Noruega, y aquí se lo encuentra Hans Barrøy una madrugada de octubre y lo contempla atónito y fascinado.

Por estas tierras nunca se ha admirado un árbol tan enorme.

Hans Barrøy regresa corriendo a la casa para traerse a la familia.

Y enseguida se ponen a descuartizar el botín. Sierran y parten las ramas y las raíces que usarán de encendederas y las apilan en la pared norte del establo, luego arremeten contra el propio tronco, pedazo a pedazo. Y de pronto tienen ante sí una columna romana de más de trece metros de largo, que no logran arrastrar hasta la granja, a pesar de que lo intentan con la ayuda del caballo, los polispastos y la fuerza de cinco personas. Así que aseguran el tronco con cuerdas, vuelven a casa y se acuestan exhaustos y contentos. Con la siguiente marea viva consiguen arrastrarlo aún unos metros, pero de ahí ya no se mueve, es como una columna de mármol caída.

Hans y Martin le sierran otros dos trozos, les lleva un día entero hacerlo, y, a medida que se acercan al corazón, ven cómo el duramen colmado de resina se va poniendo incandescente, es duro como el cristal y aun así resulta poroso bajo la sierra. Rascan la superficie de la madera, la desmenuzan entre los dedos y notan un olor que les hace comprender que es imposible trocear semejante prodigio solo para quemarlo en una estufa. El árbol es un todo que ha de ser conservado; algún día, en otra época, podría serles útil, o quizá consigan venderlo, debe de valer una fortuna.

Con un último derroche de fuerzas lo ruedan sobre tres palos para separarlo de la hierba, luego clavan cuatro estacas en la tierra de ambos costados y las atraviesan con pernos que enroscan al tronco. Y ahí yace la columna hoy en día, un siglo más tarde: un cilindro blanco contra el mar, quizá parezca olvidado o tal vez dé la impresión de haber tenido en su momento una función que lo hacía imprescindible.

Nadie puede abandonar una isla: una isla es un cosmos en una cáscara de nuez, y las estrellas duermen en la hierba bajo la nieve. Pero hay ocasiones en las que alguien lo intenta y uno de esos días sopla un suave viento del este. Hans Barrøy ha izado la vela, una curtida vela de cuchillo, y la travesía hasta la Factoría es buena. Lo acompaña toda la familia salvo el viejo Martin, que no tiene ninguna fe en este viaje.

Van a deshacerse de Barbro que, a sus veintitrés años, tiene que empezar a servir y ya le han conseguido un puesto.

Después de amarrar en el muelle de la Factoría, Ingrid se lleva a la tía de la mano hacia la tienda y el pueblo, donde los árboles crecen hasta el cielo y las casas están pintadas y tan juntas que se puede ir de una a otra sin abrigo.

Barbro solo consiente en ir de la mano de Ingrid, sabe lo que va a ocurrir y, al llegar a la tienda, se detiene. Todas las miradas se dirigen hacia ellos, los isleños, que tan rara vez se dejan ver por el pueblo. Ingrid se ha arreglado, lleva su vestido azul y una chaqueta de punto gris con cristales de nieve verdes en el cuello y en las mangas. Barbro lleva un vestido amarillo y una chaqueta de paño que le queda corta, y ahora dice que quiere azúcar cande.

Hans las alcanza enseguida y dice que sí, que pueden comprar azúcar cande. Pero al salir de la tienda, Barbro no quiere continuar hacia la casa en la que la señora Gretha Sabina Tommesen ha prometido cogerla de muchacha a cambio de que no le cueste más que la comida y la cama. Hans y Maria tienen que arrastrarla, Ingrid cierra la comitiva, mirando de reojo a la pandilla de niños que los siguen a distancia. A varios los ha visto antes, en la iglesia o en la Factoría, sabe cómo se llaman dos y reconoce la cara de cuatro, pero ninguno de ellos le sonrío, así que Ingrid no se entretiene demasiado antes de salir corriendo detrás de los demás y pasar al jardín que rodea la casa blanca. Entonces se abre una pesada puerta de oscuros cuarterones que los conduce a otro continente.

Pero, una vez dentro, Gretha Sabina Tommesen logra llamar «idiota» a Barbro tres veces mientras les enseña la habitación que compartirá con la otra

muchacha, también de las islas, aunque mucho más joven. Gretha Sabina les explica que la idiota tiene que contar con que también la llamen para trabajar en la Factoría cuando llegue el arenque, aunque sea en plena noche, como al resto de las mujeres de la casa.

—¿Sabe limpiar arenque? —pregunta.

—Claro —dice Maria—. Y también sabe cocinar, cardar, hilar y hacer calcetines de punto...

—¿Es limpia?

—Ya lo ve.

—¿Entiendes lo que te digo, Barbro? —le grita a Barbro.

Barbro asiente y mira la lámpara de araña que cuelga sobre su cabeza, un cielo estrellado que atrae tanto su mirada que se la atrapa y al final hace que se le ponga la nuca rígida. Cuando Gretha Sabina Tommesen dice a Maria que su nuera no puede contar con más ropa que la que traiga de casa, Hans mira a su hermana —que sigue con la vista clavada en el nuevo sistema solar — y toma una decisión: con una mano coge a Barbro, con la otra su pequeña maleta y luego sale por la puerta. También esta vez da el rodeo para pasar por la tienda y allí espera a que Maria e Ingrid los alcancen. Los esposos se miran. Hans señala la puerta con la cabeza. La mujer asiente y entran a comprar azúcar, café, dos cajas de clavos de cuatro pulgadas, una lata de brea, sémola de sagú, canela y un barril de sal gruesa, luego encargan tres sacos grandes de harina de centeno que tendrán que recoger dentro de cuatro días y al final salen con su compra, bajan al muelle, se suben a la barca e izan la vela.

De regreso los impulsa una buena brisa.

Pero Hans es incapaz de mirar a su hermana. Se sienta al otro lado de la caña del timón para que los separe la vela, aunque eso no lo protege de la mirada de Maria. Su esposa tiene veintisiete años, es una mujer fuerte que procede de otra isla, ha ido a la escuela de amas de casas y habría podido conseguir un puesto donde hubiera querido, pero está en Barrøy con él, Hans Barrøy, que a sus treinta y cinco años se está escondiendo de su propia hermana y de una irritante vergüenza, son dos caras de la misma moneda, la vergüenza y el esconderse, pero sigue expuesto a la mirada de Maria, que no cede hasta que Hans reconoce que es un imbécil, le basta con asentir con la cabeza. Entonces Maria traslada la mirada hacia las olas y sus labios esbozan esa sonrisa que la torna aún más invencible.

El viejo Martin los recibe en el embarcadero entre carcajadas.

—¡Ya os lo decía yo!

Vadea hasta la barca, agarra la maleta y se lleva a su hija hacia las casas. Ingrid corretea junto a ellos y va contando cosas del pueblo hasta que al final su voz queda ahogada por los graznidos de las gaviotas. Maria y Hans se quedan en la rampa discutiendo si deben subir por el carro o cargar ellos con la compra.

—Con esto podemos, ¿no?

Maria enfila hacia las casas. Hans la sigue, pero luego suelta la compra, la agarra por las caderas y la vuelca sobre la hierba crecida, donde ni siquiera Dios puede verlos, como tampoco puede escuchar los chillidos semiahogados de ella, ni oír que lo llama de todo hasta que recupera la sonrisa que hace poco dirigía hacia las olas, Hans ha logrado pescarla de vuelta, como quien dice. Y al acabar no continúan hacia las casas, sino que se quedan tirados contemplando el cielo mientras ella cuenta una historia de cuando era una niña en la isla de Buøy y el peso de la nieve hundió el tejado de un establo. Hans la escucha y se pregunta adónde querrá llegar, como siempre, ¿qué quiere decir Maria y qué es lo que desea? Hasta que de pronto Ingrid está a su lado y les pregunta dónde se meten, Barbro quiere saber qué van a comer: ¿arenque, carbonero o el fletán que el padre cogió ayer con palangre?

—Voy a cortar el fletán —dice el padre levantándose.

Al final sí va por el carro, lo carga con la compra y con Ingrid y lo empuja por las cuestas arriba. Maria se queda tumbada. Ella es la filósofa de la isla, la que tiene la mirada crítica porque procede de otra isla y tiene algo con lo que comparar, lo que posee puede denominarse experiencia, incluso sabiduría, pero también puede otorgarle un alma dividida, dependiendo de lo diferentes que sean las islas.

En Barrøy tienen tres sauces, cuatro abedules y cinco serbales, y a uno de los serbales, que está lleno de cicatrices y tiene la cintura tan gorda como un barril, lo llaman el Serbal Viejo. Los doce árboles se inclinan en la dirección hacia la que los ha doblado la naturaleza.

Sobre un peñasco hacia al oeste crecen también unos abedules esmirriados, que parecen abrazarse los unos a los otros y forman la Arboleda del Amor, pero estos, cuando hace viento, apuntan en todas las direcciones.

Además tienen un gran sauce que prácticamente se arrastra por el suelo y ha vivido así desde que tienen memoria, de rodillas en la linde del Jardín de Rosas con el Jardín de Pecho. En vez de talarlo, los ancestros trazaron la cerca en un arco a su alrededor. Probablemente sea el único árbol de toda isla que no se puede talar. Tampoco es que talen los demás, a pesar de que la leña es tanto valiosa como necesaria y la idea a veces se les pasa por la cabeza. Pero a nadie se le ocurre nunca talar el sauce de la linde entre los dos jardines: al estar tumbado, de alguna manera ya está talado y, por lo tanto, protegido, como una tumba.

Las urracas construyen grandes nidos en los serbales más grandes, los que rodean las casas. Los isleños las maldicen a menudo por cagar y robar, y hablan de derribar los nidos. Pero tampoco eso lo llevan a cabo. Así que cuando las enormes construcciones de ramillas se columpian en su batalla contra otra tormenta y, una vez más, sobreviven, los isleños constatan con estoico alivio que tampoco esta vez la naturaleza ha arrasado nada, cosa que de todos modos hace ya con suficiente frecuencia.

Las pocas veces que llueve o nieva en vertical se forman círculos secos en la hierba bajo los nidos del Serbal Viejo y allí se apiñan las ovejas. Los que más rehúyen la lluvia son los corderos, que defecan todo lo que pueden y hacen surgir, bajo cada nido, un ciclo de la vida negro y fangoso; todo está vinculado con todo, igual que una persona no se parte en dos aunque se incline hacia delante.

Así son también las cosas en las otras mil islas del archipiélago.

Las diez mil islas.

Dado lo abierto y expuesto que está el paisaje, a alguien podría ocurrírsele vestir la costa de árboles perennes, de abetos o de pinos, por ejemplo, fundar por todo el reino idealistas escuelas de reforestación, empezar a distribuir por barco enormes cantidades de abetos diminutos y entregárselos gratis a los habitantes de las islas de todos los tamaños, diciéndoles que si plantáis estos abetos en vuestras tierras y los dejáis crecer, las generaciones venideras tendrán combustible y materiales de construcción. El viento dejará de llevarse la tierra al mar y tanto las personas como los animales tendrán abrigo y paz allí donde hasta ahora solo tenían viento en el pelo las veinticuatro horas del día, las islas dejarán de parecer templos flotantes en el horizonte y recordarán más bien a una descuidada espesura de carrizo y carbazas. Pero no, a nadie se le ocurre hacer eso, sería destruir el horizonte y el horizonte es, probablemente, lo más importante que tienen por aquí, el vibrante nervio ocular de un sueño, a pesar de que apenas se fijan en él ni hacen el menor intento de ponerle palabras. A nadie se le ocurrirá hacerlo hasta que el país se haga tan rico que esté a punto de desaparecer.

Una vez más llega la primavera y el cielo está alto sobre las islas, los vientos son fríos y caóticos y a veces traen también breves soplos de calor. Los ostreros han regresado y se pasean por la playa como gallinas blanquinegras, asintiendo con la cabeza y clavando sus largos picos en la arena, taladrando, taladrando y cacareando, no pueden evitarlo, los ostreros son unos pájaros imbéciles, pero llegan con la primavera.

En medio del fiordo, de pronto amaina.

Hans Barrøy tiene que arriar la vela y empezar a remar. Al poco Maria también agarra los remos y, como va sentada detrás de él, le va golpeando la columna con los nudillos hasta que el marido exclama que le está haciendo daño y que esta mujer no sabe remar, coño. Ingrid y Barbro se ríen, van pegadas la una a la otra, con su vestido amarillo y su vestido azul, acomodadas sobre una piel de oveja en el codaste, junto a la pequeña maleta y separadas por la inútil caña del timón.

—No remas como es debido.

—Claro que sí —dice Maria.

Y entonces deja descansar un remo y la barca hace un brusco giro. Barbro vuelve a reírse, aunque sabe lo que se le viene encima; lo mismo que la otra vez, van a deshacerse de ella.

También esta vez atracan en el muelle de la Factoría y luego enfilan hacia el pueblo: Hans delante con la maleta, después Barbro e Ingrid de la mano y Maria cerrando la comitiva. Hoy también Maria se ha arreglado como para subrayar la seriedad del asunto, la decisión, puesto que la última vez salió muy mal; ninguno de ellos dice una palabra.

Vuelven a parar en la tienda para comprar azúcar cande antes de seguir su camino hacia la casa del reverendo, donde los recibe su esposa, Karen Louise Malmberget, una mujer que hasta hace solo tres años se apellidaba Husvik y que resulta extrañamente joven a la vera del reverendo Johannes Malmberget, quien ya ha tenido tiempo de enviudar dos veces antes de que Karen Louise entrara en su casa y en su vida. Ella no tiene hijos, él en cambio tiene cinco

varones, todos dispersos por seminarios de distintas ciudades, como si al marcharse lo hubieran hecho para siempre y después hubieran olvidado de dónde venían.

Karen Louise lleva un vestido claro con un delantal blanco y, en las piernas, medias y zapatos a pesar de estar dentro de casa. Saluda a Barbro — estrechándole la mano—, les da la bienvenida y se muestra agitada y risueña, como si estuviera ilusionada. Los va llevando por los salones y las habitaciones, les enseña los muebles, la máquina de coser y la plancha, y les explica dónde va a dormir Barbro: en una habitación luminosa y agradable de la segunda planta, que tiene las paredes empapeladas, una cómoda con un pequeño florero y un bacín con un sello azul al fondo, de porcelana.

Les explica lo que tendrá que hacer Barbro.

Y no es gran cosa, casi da la impresión de que lo que están buscando en casa del reverendo es compañía, quizá incluso una amiga, las chicas tienen casi la misma edad. En la cocina pintada de blanco coge un libro de cocina del tamaño de una Biblia y pregunta si Barbro sabe leer.

A eso no responde ninguno.

Karen Louise pide disculpas y dice que ha sido una tontería por su parte, pasa las páginas hasta llegar al capítulo de las conservas, empieza a hablar de las mermeladas que preparará Barbro y señala por la ventana un ejército de arbustos de bayas de todos los tamaños, formados en rectas columnas que descienden hacia una valla de madera blanca en la otra punta del jardín, que presenta el amarronado color de la primavera en el norte. Grosellas, casis, uva espina y, junto a las peñas, frambuesas. Barbro cuenta que en Barrøy también tienen bayas, grosellas, y dice que sabe cuánto azúcar hay que echarle...

Para entonces, Hans Barrøy tiene que sentarse.

Se deja caer en una silla situada absurdamente entre dos salones, como si estuviera de adorno, Hans tiene la sensación de que nadie se ha sentado nunca en ella. Y no consigue volver a levantarse, sino que inclina el cuerpo hacia delante, se lleva las manos a la cara y apoya los codos contra las rodillas, como si buscara algo al fondo de un pensamiento, algo que es incapaz de encontrar, cuando de pronto nota que los demás se han parado y lo están mirando.

Levanta la vista y dice algo, pregunta dónde está el reverendo.

La señora de la casa responde que está al norte de la isla, tiene un recado en casa de...

Charlan un poco sobre esta gente a la que está visitando Johannes Malmberget y a la que resulta que Hans conoce. Cuando reemprenden la visita y Hans se ve de nuevo solo en la silla absurda, encuentra por fin lo que está buscando y entonces se levanta, echa a correr detrás de ellas cruzando otro salón más, coge a la hermana de la mano y la arrastra hasta el jardín ignorando sus salvajes protestas, Barbro quiere quedarse en la casa bonita. Los demás salen detrás de ellos y se quedan parados en la amplia escalera de piedra ante la puerta, mirándolos desconcertados, y Maria grita algo con gesto atormentado.

—Quiero quedarme aquí —chilla Barbro.

—Tú no te quedas en ningún sitio —dice el hermano, y la arrastra hacia la verja, salen al camino y allí se queda parado, intentando recuperar el aliento, hasta que Maria e Ingrid los alcanzan. Maria trae la maleta y pregunta qué pasa con la misma expresión de tormento, casi de tristeza.

—Nada —dice Hans.

Pasan en silencio por delante de la tienda, hoy no entran a comprar nada, continúan hasta la Factoría y se suben a la barca. Hans Barrøy se da cuenta de que el viento no solo ha cambiado de dirección, sino que ha subido de intensidad, ahora viene del suroeste. Iza la vela y emprende una rápida travesía. Luego llega la lluvia, que va arreciando a medida que se adentran en el mar. Barbro e Ingrid se refugian bajo la piel de oveja. Allí, al menos, Hans oye risas y esta vez no tiene la menor intención de ocultarse de ninguna mirada, de qué serviría, ni siquiera de la de Maria, que se ha sentado de espaldas a la lluvia y el agua le corre por los largos tirabuzones castaños, que se van ennegreciendo y al final parecen algas ondeantes. Hans no encuentra la sonrisa que los suele salvar.

Llueve a mares hasta bien entrada la noche, un fuerte vendaval se ha extendido sobre ellos y gira reluctantemente hacia el oeste y el norte, hasta que se vuelve más frío y más manso. Cuando Maria abre los ojos y descubre que la cama a su lado está vacía, ya está clareando y el agua ha dejado de fustigar las ventanas. Con la mano, nota que la cama también está fría.

Se levanta y corre a despertar a Barbro y a Ingrid, les pide que se vistan y bajen a la cocina, donde nadie ha encendido la estufa. Las chicas preguntan qué pasa. Maria no tiene respuesta. Encienden la estufa y desayunan con Martin, que tampoco dice nada, y después bajan a la caseta, donde también

falta la barca, y se sientan a atar redes con ambas puertas abiertas para poder mirar todo el rato hacia el norte, hacia la Factoría, la iglesia y el pueblo. Trabajan en silencio, expectantes y con precisión, hasta que por fin avistan la vela ladeada, que sube y baja como la hoja de una sierra en el mar revuelto; para cuando llega, ya es de noche.

Hans Barrøy arría la vela, y la barca topa contra los palos de la rampa del embarcadero y se detiene. Hans hace equilibrios sobre dos baos, se agacha sobre la proa y agarra algo que se agita y patalea, luego lanza a tierra un cerdito que, entre chillidos, echa a correr por la arena de conchas. Ha costado doce coronas, solo tiene una oreja y, en la frente, una mancha negra que parece el agujero de una bala. Pueden llamarlo como quieran, y también trae azúcar cande, en una bolsa marrón que le pasa a Barbro. Acto seguido se mete en la caseta, coge la sogá que usan de relinga y fabrica una correa para el cerdo, en la punta le hace una lazada que le pasa a Ingrid. La niña se queda parada, mirando al animal, que ha empezado a comer hierba.

—Esto no me lo vuelves a hacer —dice Maria.

A continuación les da la espalda tanto al marido como al cerdo y enfila hacia las casas para preparar la cena, mientras que su marido se queda parado con una sonrisa que Ingrid nunca había visto. Nota que su madre sigue enfadada el resto de la noche y todo el día siguiente, pero después pasa algo invisible y su actitud extraña se esfuma. Al cerdo lo llaman Grauten.

Las casas de Barrøy se distribuyen formando un ángulo torcido entre ellas. Vistas desde arriba, parecen cuatro dados lanzados al azar, y además hay una bodega para almacenar patatas que en invierno se transforma en un iglú. Los caminos de baldosas unen unas casas con otras, y los tendederos de la ropa y los senderos de hierba irradian en todas las direcciones, pero en realidad las casas forman una cuña contra los elementos, que impide que se derrumben, aunque el mar entero rompa contra ellas.

Nadie puede arrogarse el mérito de la ingeniosa distribución, es resultado de una sabiduría colectiva y heredada, edificada sobre experiencias adquiridas a un alto coste.

Pero ni siquiera un golpe de genio histórico puede impedir que en invierno se forme un tsunami de nieve compacta entre la vivienda y el establo, un vendaval que tienen que cruzar cargados con cubos de agua y lecheras cuando van y vienen para atender a los animales. Lo llaman la Ola y lo maldicen como a pocos otros fenómenos, porque la Ola se levanta a menudo cuando ya tienen los nervios a flor de piel, en enero y febrero, en diciembre, incluso en marzo, un muro de nieve traída por el viento que separa a los animales de las personas y que resulta inútil eliminar con palas, aunque también lo intenten, porque al momento vuelve a cerrarse. Los hombres se encargan de quitar la nieve y las mujeres de acarrear el agua y la leche, así que por lo general a las mujeres no les queda más remedio que dar todo el rodeo alrededor de la casa y el establo, lo que supone un largo viaje cuando los golpes de viento les impiden incluso mantenerse erguidas.

Pero las casas no estuvieron siempre donde están ahora, erguidas entre los árboles y los arbustos de bayas sobre la loma más elevada; en su momento estuvieron más abajo, en una bahía un poco más al este llamada Karvika. Ya solo quedan los cimientos de dos edificios y los restos de un varadero enterrado por algas y arena. Nadie piensa en ellos en el día a día, los isleños prácticamente ignoran que alguien vivió allí alguna vez. Pero incluso en una vida a pie sobre tierra firme hay momentos en que los pensamientos discurren

por sendas diferentes a las habituales y entonces se les ocurre que debe de haber una razón por la que ya no hay casas en Karvika, ¿qué les pasaría a esas casas y por qué no siguen allí?

Seguramente la explicación es trágica, quizá incluso espantosa.

El viejo Martin es quien tiene las raíces más profundas en la isla y, por tanto, es la fuente de información de estatus más elevado. Y sin duda tiene sus teorías sobre por qué y cuándo desapareció la civilización perdida, al fin y al cabo se trata de sus propios ancestros, y guarda algunos recuerdos de la infancia, algunas imágenes, retazos de frases e historias. Pero ha empezado a perder credibilidad ante ellos a causa de su avanzada edad y de esa debilitación natural que no solo le corroe la memoria, sino que además le produce las rarezas y extravagancias que tornan a un viejo ridículo a ojos de los más jóvenes. Así cada generación puede recordar lo que quiera y seguir sus propios caminos, que seguro que también conducen a algún lado, cuando menos a los mismos círculos, aunque aún falte mucho para eso.

Pero a pesar de no saber absolutamente nada sobre las ruinas de Karvika, y de desconocer la explicación de por qué las dos casas ya no siguen ahí, los isleños les tienen respeto a las ruinas. Dan un rodeo para evitarlas, los niños no juegan en ellas, los pájaros no anidan allí, ni siquiera el pato de flojel, y a las personas no se les ocurre derruirlas y usar las piedras para otros cimientos y otros muros, por ejemplo para los que discurren entre los jardines. Prefieren buscarse otras piedras y dejar que los vestigios sigan ahí como un monumento, o como un cementerio, siniestros y semiocultos entre ortigas y adelfillas, exhumando una sensación de algo que resulta demasiado frío y demasiado caliente al mismo tiempo. Vistas desde el jardín que queda por encima, las ruinas parecen dos signos chinos trazados por manos diferentes. En invierno, cuando los cubren las primeras nieves, los signos se vuelven aún más nítidos en contraste con la hierba ya amarronada y podrida, hasta que por fin también el suelo se pone blanco.

Lo han hablado muchas veces: ¿en qué cuarto dormimos? En el que da al norte hace un frío de muerte y resulta inhabitable en invierno, cuando el viento sopla del noreste, pero en verano es fresco y agradable, y además es muy silencioso porque la lluvia, por lo general, viene del suroeste y monta un enorme estrépito tanto en verano como en invierno. Cuando los veranos son especialmente lluviosos y no consiguen secar el heno ni en tierra ni en secaderos, Hans Barrøy dice:

—Bueno, madre, nos mudamos para el norte, aquí no hay quien viva.

Y en invierno, cuando los cristales de nieve empiezan a relucir sobre la funda del edredón, dice lo contrario, que nos mudamos para el sur:

—Aquí nos vamos a morir de frío.

Así que trasladan sus edredones de plumón del norte al sur, y del sur al norte, dejándose llevar por el tiempo y las estaciones, porque tienen una cama de matrimonio en cada uno de estos cuartos de los hastiales a los que llaman salas, la Sala Norte y la Sala Sur. Ingrid duerme en la alcoba que hay entre ellas, que da hacia el oeste y que, por lo tanto, en la estación con la que sueñan durante las otras tres tiene sol hasta por la noche. Barbro duerme en la habitación que da hacia el este, de donde viene el buen tiempo.

El viejo Martin duerme abajo, en una alcoba pegada al salón. A veces deja la puerta abierta y, como tiene una estufa propia, que usa a conciencia porque es friolero, a menudo el salón de la casa está caldeado en épocas del año en las que por estas tierras no usan los salones para nada, lo cual implica que un domingo cualquiera de octubre o de marzo pueden comer allí. Esos días Maria pone un mantel blanco sobre la mesa.

Es un mantel bordeado por diminutas flores rojas y amarillas, unidas por lianas verdes; fue su madre quien lo bordó, y sobre todo es blanco.

Maria prefiere dormir en la Sala Sur, aunque en verano, con el buen tiempo, haga demasiado calor y, tanto en verano como en invierno, sea demasiado ruidoso cuando llueve. La prefiere porque desde la ventana se ve toda la isla de Barrøy y los islotes que se extienden hacia el sur y, en los días

más claros, incluso puede ver Buøy, la isla en la que se crio y que constituye su base de comparación. Además la Sala Sur es un poco más grande que la Sala Norte, de modo que puede tener su arcón contra la pared y también le caben las dos mesillas, el regalo de boda de su padre, que las llamó «trastos viejos»; también las mesillas vienen de la madre, que murió demasiado pronto en una epidemia que hizo estragos entre la población local y a la que solo sobrevivieron los más fuertes.

Maria se pregunta cuándo se harán sedentarios, en vez de andar dando vueltas como gitanos.

Desde que trajo a casa al cerdo Grauten —que, por el momento, vive en el chamizo de la turba que ahora está vacío—, Hans tiene la impresión de que debe demostrar cierta iniciativa, así que, después de reparar las casas de los patos de flojel y meter las patatas en tierra, cuando por un breve lapso de tiempo los días se hacen más largos, templados y holgados, cuando en realidad deberían estar cortando turba, Hans coge el taladro, el mazo y la dinamita y se encamina al peñón de la ensenada, al noroeste de la isla, donde tienen unos postes embreados, colocados verticalmente en el mar y empernados a la roca, separados medio metro entre sí, para que, con buen tiempo, puedan atracar las embarcaciones mayores, por ejemplo el carguero de la Factoría o el palangrero del hermano de Hans, Erling, que todos los años se pasa por Barrøy alrededor de Año Nuevo y se lleva a Hans con sus palangres a hacer la temporada en el archipiélago de Lofoten. Allí hay también una construcción a la que llaman caseta de Lofoten y que mantienen cerrada todo el año porque es donde guardan las valiosas artes de Lofoten.

Lo que realmente hace falta en esta isla es un muelle en condiciones. Así que cuando el viejo Martin, que lleva viviendo aquí casi ochenta años sin muelle, ve a Hans desde el patio, se pregunta si por fin su hijo va a emprender la ineludible tarea; llevan una generación entera reuniendo madera de deriva, así que no es por falta de materiales.

Pero Hans Barrøy tiene otros planes. Taladra diez profundos orificios en la pared de roca, los carga, pone la mecha y vuela algo más de tres metros cúbicos de piedra. Las que salen demasiado grandes las parte con el mazo.

Cuando va a la casa por el carro y el caballo, pide a Maria que lo acompañe y, por el camino, le explica que para los cimientos prefiere usar «piedras de voladura», que los cantos rodados de la playa no dan más que problemas, mientras que las «piedras de voladura» tienen superficies rugosas que se agarran unas a otras y después no se mueven ni un milímetro.

—¿Cimientos? —pregunta Maria.

Sí, evidentemente, la solución al problema del sueño y la dirección del viento es prolongar la casa hacia el sur, la fachada del hastial es ideal para eso, una prolongación de unos tres o cuatro metros los protegerá tanto del sol como de la lluvia y les permitirá dormir en la Sala Sur todo el año.

Emprende la labor con la pala y la azada, y para llegar a la roca madre tiene que desprender más de un pie de turba; después empieza a acarrear las piedras y, al día siguiente, ya está colocando las primeras piedras del muro de los cimientos, ahora con ayuda de Martin y Barbro. La hermana disfruta con el trabajo duro; coge una piedra grande del carro, da los cinco pasos hasta los cimientos, pregunta al hermano dónde va y no quiere soltarla hasta que le indique el lugar exacto. Pero el hermano le da largas, le está gastando una broma, así que Barbro se pone colorada, empieza a dar voces y al final tiene que soltar. Luego la levantan entre los dos y la colocan en su sitio. Hans le pregunta qué tal.

—Bueno —dice Barbro, y agarra otra piedra.

Martin sacude la cabeza ante sus gansadas y pregunta si la señora de la casa no tiene pensado echar una mano.

Hans finge no oírlo, aunque él también está empezando a preguntárselo. Sin embargo, Maria se ha dado cuenta de lo evidente: si prolongan la casa, desaparece la razón por la que prefiere dormir en la Sala Sur, las vistas hacia su infancia al otro lado del mar. Pero no es capaz de decirlo hasta que el marido tiene colocada la solera sobre el muro de los cimientos y está a punto de empezar con la estructura vertical en madera. ¿Qué pasa con las vistas?, pregunta Maria cuando Hans lleva trabajando cerca de una semana.

Y entonces ve algo que nunca había visto, ve a su marido sentarse sobre el muro de los cimientos y parece que se va a derrumbar, como hombre y como persona. Martin se aleja asqueado y dice maldita sea. Como no estaría bien que Maria consolara a un hombre, ella también se aleja por el patio. Sin embargo, Barbro sí puede sentarse junto a su hermano y preguntarle por qué lloriquea, como le preguntaba él cuando eran pequeños. Hans la aparta de su lado, se seca el sudor y, sin más preámbulos, agarra de nuevo la pala y la azada, desprende también la capa de turba que queda por dentro del muro de los cimientos, la echa al carro y se la lleva al Jardín de Pecho, donde puede servir para alisar algunas de las irregularidades del terreno.

—¿Ahora qué pasa? —pregunta Maria durante la cena.

—¿Tú qué crees? —dice Hans.

Al día siguiente Hans va al pueblo y regresa con la barca cargada hasta la regala de sacos de cemento que ha dejado a deber. Empieza a acarrear arena y luego se pone a aplicar una gruesa capa de enfoscado por dentro del muro que ha levantado, una pared de mortero, a continuación enfosca también la roca madre del suelo, que le queda irregular, pero impermeable. Después clava un encofrado a la solera y levanta otro pie de pared, hasta donde le llega el cemento. Al quitar el encofrado, tienen una caja gris de obra adosada a la casa, de cinco por tres metros de suelo y más de un metro de altura.

Es un pozo.

Hans Barrøy ensambla unas largas tablas, canto con canto, y las monta como canalones bajo los dos aleros del tejado, luego coloca las bajantes en oblicuo para que se reúnan sobre el pozo, donde forman un embudo. Encuentra unas vigas y empieza a fabricar la tapa. La construye como un suelo y le queda igual de sólida, pueden sentarse encima e incluso caminar por ella. También fabrica una trampilla, con bisagras, para que no les estorbe al subir y bajar los cubos.

El viejo Martin se ríe entregado.

La tarde que terminan de hacer los canalones del tejado del establo y los conducen también hasta el pozo hace buen tiempo, así que se sientan a cenar sobre la tapa. Un lluvioso mes de junio más tarde, el pozo está lleno. El agua está clara, cristalina, a diferencia de la que sacan de los humedales, que a partir de ahora solo darán a los animales. Después de la próxima temporada en Lofoten, Hans se hará también con una bomba de mano que instalará en la cocina. El problema no es la bomba, sino el tubo de cobre, que habrá de pasar por debajo de toda la casa y probablemente se hiele en invierno. Porque lo ideal habría sido que el pozo estuviera al norte, junto a la cocina. Cuando el calor aprieta por el sur o la lluvia monta demasiado estrépito, duermen en la Sala Norte. Cuando el frío arrecia por el norte, trasladan sus edredones a la Sala Sur. Es una buena vida.

Para el apareamiento, intercambian toros sementales y moruecos con isleños de otras islas. Cuando tienen carnero propio, no lo dejan pastar junto con las ovejas y los corderos. Tiene un islote para él solo llamado Værholmen, el islote del Carnero. Se pasa allí casi todo el año comiendo hierba y algas, y solo vuelve a casa un mes por Navidades y en el momento en que lo llevan con las ovejas. Cuando Hans va a buscarlo, Ingrid lo acompaña.

Ingrid le tiene miedo al carnero, es un animal malvado. Pero el padre lo acorrala en un cabo con una larga vara, luego lo agarra de los pelos, lo derriba, le ata las patas y lo mete en la barca ante la mirada estremecida de Ingrid. El carnero es un animal salvaje, de pelambre largo e indomable, cubierto de saladas costras de arena y tierra que le van golpeando las pezuñas, es un tanque enorme y bamboleante que apesta a mar y a establo. Al llegar a Barrøy, la travesía lo ha dejado tan manso y entumecido que, tras ponerle una cuerda, Hans puede llevarlo al establo sin que presente mayor resistencia. Una vez que el carnero ha hecho lo suyo, lo devuelven a Værholmen, a veces a algún otro islote donde no haya ovejas.

Todos los islotes tienen nombre. Uno de ellos se llama Knuten. En una ocasión el carnero intentó huir y cruzó a nado hasta Knuten. Cuando se dieron cuenta, lo dejaron allí. Al cabo de tres días, regresó a nado. Según Hans, se había llevado una lección, pero a Ingrid le dio miedo. Si se sentía solo, ¿por qué no se fue a un islote donde hubiera ovejas? También piensa que quizá esté ciego. Eso lo hace aún más aterrador. Pero incluso un carnero ciego podrá oír, ¿no?

Cuando el sol desaparece entre un mar de llamas a lo lejos, intuyen la silueta del carnero contra el horizonte, un minúsculo insecto sobre una balsa de piedra en medio del mar. Y cuando el viento sopla en la dirección adecuada, también lo oyen balar.

—Le está berreando a Dios —dice Barbro.

Al carnero le pasa como al resto de los animales, que acaba muriendo. Pero a él hay que enterrarlo. El carnero es el único animal que no se comen.

Tampoco se comen a los patos de flojel, claro que estos no son animales domésticos, a pesar de que les construyen casitas de piedra para hacerse con el plumón y de que, desde hace años, uno de ellos empolla debajo de la escalera de la entrada. El gato tiene que pasarse semanas dentro de la casa y no le gusta nada, porque no le dejan salir de la alcoba de Martin, donde no hay cortinas que pueda desgarrar. El gato se llama Bonken y es un macho, dicen que no pueden tener una gata porque paren constantemente gatitos a los que Hans luego tiene que matar a palos, aunque con los gatos pasa lo mismo que con todos los demás habitantes de una isla: ¿cómo van a tener crías si están solos?

Al final de la primavera, cuando hace tan mal tiempo que no pueden estar fuera, Barbro y Maria se sientan con la criba y el palo para limpiar el plumón. El plumón es lo más valioso y enigmático que manejan. Pueden tocarlo, llevárselo a la cara y sentir un calor lejano y sagrado. Pueden aplastarlo en la mano y experimentar en sus propias carnes que no es más que aire, pero, al abrir la mano, lo ven hincharse hasta formar de nuevo una nube gris, como si nada hubiera pasado.

Cuando lo van a vender, lo apelmazan en sacos de lienzo y enganchan una nota al cordel con el que atan el saco. En la nota pone el año en el que han recogido el plumón, el nombre de la isla y un kilogramo. Un kilogramo de plumón es algo enorme e increíblemente ligero. Así que incluso el elevado precio que les dan por él es ridículo. Por eso se quedan gran parte del plumón. La idea es de Hans. Prefieren usarlo para sus propios edredones, como la gente fina de las ciudades, o lo almacenan en la troje más seca del establo, a la espera de que mejoren los precios y puedan venderlo por el doble de lo que les darían en el mercado en verano o de lo que les daría Tommesen en la Factoría, puesto que el precio del plumón está muy bajo cuando la gente quiere venderlo y muy alto cuando solo lo vende Hans. Es el único de los isleños que consigue hacerlo de esa manera. Quizá se deba a que en Barrøy andan un poquito más holgados que los demás, gracias a que a Hans le

corresponde un quiñón entero del reparto de los ingresos de Lofoten, pero también puede deberse a que tienen más paciencia. Los isleños tienen que ser más pacientes que nadie.

A Barbro no le gusta limpiar plumón, tiene las manos demasiado bastas para la labor, así que a partir del verano en que Ingrid cumple cuatro años, la niña empieza a ayudar a su madre. A Ingrid le encanta el plumón, al principio solo quiere jugar con él y acaba desordenándolo todo en el banquito en el que están sentadas. Pero luego descubre que si sostienes una bola de plumón limpio con una mano y una de plumón sucio con la otra, no puedes soportar la idea de no limpiar el sucio, está tan horrible con todas las ramillas, hierbajos y conchas diminutas que preferirías morir a no limpiarlo.

Es su madre quien se lo ha enseñado. Le ha pedido que cierre los ojos y palpe con delicadeza dos puñados de plumón, uno de plumón limpio y otro de sucio, mientras ella va contando en voz alta y no ha llegado más que a diez u once cuando, por la sonrisa de la hija, ve que esta ha entendido de qué se trata. Entonces le dice que ha aprendido algo que nunca olvidará.

A partir de ese día, Ingrid limpia plumón mucho más rápido que Barbro, que por tanto se libera de esa esclavitud y puede irse al establo o a la caseta del embarcadero y atar redes como un hombre.

Barbro también sabe armar redes, hacerlas nuevas, tanto redes de bacalao como redes de arenque o de platija, incluso redes de trasmallo. A eso le dedica la mayor parte del invierno, mientras Hans está en Lofoten. Lo bueno de las redes nuevas es que están limpias, secas y no apestan, puedes instalarte en la cocina con el mallero y aguja y tejer y tejer al abrigo de la estufa, haga el frío que haga afuera.

Pero a Martin no le gusta que metan el trabajo en la cocina, las artes hay que manejarlas afuera, en los campos o en la caseta del embarcadero.

Limpiar y reparar redes con temperaturas por debajo de cero es el peor trabajo de todos, el que ha destrozado las manos de toda la costa, porque es lo único que no puede hacerse con las manoplas puestas; por eso Martin ya considera un privilegio trabajar con redes nuevas y secas, como para que encima quiera hacerlo dentro de casa junto a una estufa llena de turba. No solo le parece innecesario, sino incluso cretino, y no necesita más recordatorios de cómo es su hija.

Pero a Barbro le da igual lo que diga su padre.

Y a los demás también. Debió de pasar hace pocos años, aunque ninguno de ellos es capaz de señalar exactamente cuándo fue; el caso es que, de un día para otro, Martin dejó de mandar en la isla y a partir de entonces mandó Hans.

El único que recuerda lo que pasó es el propio Martin. Fue cuando andaban bregando con el tronco ruso al que nadie le encontraba solución. Su hijo y él iban a subirlo a un palo con una palanca, pero en el momento de empujar, las fuerzas abandonaron su cuerpo como cuando clavas una azada en un cenagal. Fue como un breve estallido de la conciencia. Tuvo que sentarse a recuperar el aliento y dejó al hijo con todo el peso sobre sus hombros.

A partir de ese momento cambió el tono.

Los demás también lo notaron.

Incluso Ingrid ha empezado a perder las buenas costumbres. No acepta,

por ejemplo, las prohibiciones impuestas por el abuelo, sino que acude a su madre, que a menudo le da permiso para hacer lo que Martin le ha prohibido. También hay ocasiones en las que Maria apoya a su suegro, pero es casi a su conveniencia, como si sencillamente le importara un rábano dónde esté el suegro, lo que diga o lo que decida.

Martin se ha resignado, aunque está un poco enfadado. Cuando era joven, como lo son los hombres durante muchos años, nunca se enfadaba, pero ahora está siempre enfadado, sin que a nadie le importe lo más mínimo eso tampoco. En las noches de principio de verano, el gato duerme sobre su vientre en la alcoba. A través de la fina pared, oyen los ronquidos del abuelo y los ronroneos del gato, y les resulta ridículo. Cuando el pato de flojel bajo la escalera por fin termina de incubar sus huevos y consigue conducir a sus pequeños retoños hasta el mar dejan salir al gato, que se pasa el resto del año durmiendo debajo de la estufa de la cocina, cuando no sale a cazar ratones y polluelos.

El gato Bonken tuvo un final trágico.

Lo cogió un águila. Ocurrió durante la siega. Oyeron los chillidos, levantaron la vista de los rastrillos y las pilas de heno y lo descubrieron como un borrón de tinta bajo la imponente envergadura de un águila marina. El gato pataleaba, arañaba y bufaba y, por un momento, creyeron que lograría soltarse. Y de hecho lo logró. Pero hasta que empezó a caer no se dieron cuenta de lo alto que estaba. Lo vieron desplegar las patas como el murciélago las alas y planear infinitamente, hasta que empezó a mover las patas sin motivo aparente, quizá porque estaba harto de caer y quería empezar a correr, pero en su lugar dio una media voltereta en el aire y cayó de espaldas sobre el peñón junto a la caseta de Lofoten.

Era demasiado alto incluso para un gato, dijo Hans. Y aquello quedó como un dicho en la isla, al que Hans siempre recurría cuando algo superaba incluso las fuerzas de un isleño.

Ingrid y Barbro enterraron a Bonken a las afueras del Jardín de Rosas y sobre su tumba dibujaron un corazón de conchas. Barbro cantó un salmo, Ingrid lloró y, una semana más tarde, Hans trajo otro gato. Era una hembra y la llamaron Karnot, por un chico con el que Hans había ido al colegio y que decían que parecía un gato; de hecho, lo apodaron Hombre Gato. La gata Karnot era bonita y clara como el dulce de leche, era elegante y cariñosa y, cuando los hombres estaban fuera, la dejaban dormir sobre la mesa de la cocina. Por la noche dormía a los pies de la cama de Ingrid. Decían que era

una gata diurna, puesto que dormía las mismas horas que las personas. Pero también Karnot tenía que quedarse encerrada cuando llegaba el pato de flojel para preparar su nido bajo la escalera de la entrada. El pato de flojel es un animal sagrado.

El invierno empieza con una tempestad, que se llama la Primera Tempestad del Invierno. Ya han pasado otras tormentas, por ejemplo en agosto y en septiembre, que suponen bruscos e implacables giros de la existencia.

Pero por lo general estas son breves, aunque una de ellas se lleva las hojas de los árboles. Como se ha dicho, no es que haya muchos árboles en la isla, pero abundan las matas de bayas, los abedules enanos y las mimbreras, cuyas hojas empiezan a amarillear hacia finales de verano y se van poniendo marrones y rojas a velocidad variable hasta que, durante algunos días de septiembre, la isla parece un arcoíris en la tierra. Y ese es el aspecto que conserva hasta que, de pronto, cae sobre ellos una tormenta que se lleva todos los colores al mar y transforma Barrøy en un animal de pelambre marrón y ralo, como lo será también la próxima primavera, o a veces en un cadáver de pelo blanco bajo las ventiscas y el aguanieve, cubierto por una nieve que cae, se retira y vuelve a caer, formando cúmulos como si quisiera imitar al mar en la tierra. Aun así, esa tormenta no es más de lo que han vivido antes, incluso recuerdan la última vez que pasó, fue el año pasado.

La Primera Tempestad del Invierno, en cambio, es algo completamente diferente.

Cada vez que llega resulta igual de descomunal, trae consigo una inmensa gravedad y, a pesar de que también sucedió el año pasado, nunca han vivido una tempestad semejante. De ahí procede la expresión *guardar memoria*; no guardan memoria de cómo fue aquella tempestad, no les quedó más remedio que capear el infierno como buenamente pudieron y luego olvidarlo tan pronto como fue posible.

Ahora tienen sobre ellos una tempestad que lleva más de veinticuatro horas arrasando con una fuerza inalterable: las bolas de espuma recorren la isla como mechones de lana, la lluvia cae tan fuerte que parece granizo y la marea viva no se retira. Hans ha salido ya tres veces y ha amarrado cosas que nunca habría creído que pudiera amarrar. Ha visto al viento llevarse una de las ovejas al mar antes de que le diera tiempo a refugiar a las demás en la

caseta del embarcadero —como aún no han hecho la matanza, no les caben todas en el establo—. Una vez que las tenía dentro, las ha amarrado a la barca, que a su vez también ha asegurado; son ridículas las ideas que se le ocurren a un hombre bajo la influencia de la Primera Tempestad del Invierno.

También ha asegurado la tapa del nuevo pozo y le ha llevado varias horas hacerlo. Luego ha tenido que recoger los canalones nuevos, que se habían dispersado por los campos, y les ha colocado pesadas piedras encima antes de volver a casa a gatas. Al llegar, está tan empapado y tiene una expresión tan extraña en la cara que Ingrid no lo reconoce.

A la niña no le gustan estas tempestades, los crujidos de la casa y los trompetazos en la chimenea, un universo entero en rebelión, un viento que le extrae el aire de los pulmones cuando acompaña a su madre al establo, que le arranca el agua de los ojos, que la lanza contra las paredes y los árboles encorvados y que obliga a toda la familia a dormir en la cocina y en el salón, donde de todos modos no pegan ojo. Incluso Martin se queda sentado cuando la Tempestad de Invierno asola su isla, con el gorro puesto y sus grandes manos como conchas vacías e inamovibles sobre las rodillas. A no ser que abrace con ellas a Ingrid, que no para de dar vueltas entre el abuelo, la mesa, la estufa y la despensa, que se sienta sobre la caja de turba a balancear los pies y que luego regresa junto al abuelo y le agarra las manos como si fueran osos de peluche.

Las caras de los mayores están esculpidas en piedra. Susurran, miran de soslayo y tratan de reírse, aunque enseguida desenmascaran su propio juego y retoman la seriedad, porque es cierto que las casas de Barrøy han resistido hasta ahora, pero eso no demuestra más que el pasado, y, en su día, hubo en Karvika unas casas de las ya no queda nada.

Lo peor es mirar al padre. Si Ingrid no supiera lo contrario, pensaría que tiene miedo, pero su padre nunca tiene miedo. Los isleños no tienen miedo porque si lo tuvieran no podrían vivir aquí, tendrían que agarrar sus casas y sus trastos y mudarse a otro lado, pasar a ser como todos los demás, como la gente que vive en los bosques y en los valles, y eso sería una catástrofe. Así que los isleños tienen el gesto grave, no paralizado de pánico, sino de seriedad.

Y la seriedad no afloja hasta que el cabeza de familia sale una vez más y, al regresar con la cara ensangrentada, anuncia con una sonrisa:

—Ahí afuera ya hace buen tiempo.

Pasa un rato hasta que entienden que es una broma y, cuando le limpian la

sangre y descubren que solo tiene un rasguño en la barbilla, y él pide café y dice que el Serbal Viejo empieza a inclinarse hacia el este, comprenden que el viento ha cambiado una vez más, que ya no sopla desde suroeste sino del oeste, la primera señal de que un huracán se está transformando en una borrasca normal y de que después seguirá virando hacia el norte hasta que se contraiga hasta ser un dócil vendaval y, por fin, amaine lo suficiente para que puedan acarrear agua al establo sin llegar con los cubos vacíos.

Barbro y Maria salen a llevar agua a los animales y consiguen llegar con los cubos medio llenos, mientras Hans se queda reflexionando en la cocina, hurgándose la herida de la barbilla. De pronto, llevado por un impulso repentino, dice a Ingrid que van a salir a ver el mar para que aprenda a no temerlo, porque ahora está en su momento más poderoso y, por lo tanto, en su momento más instructivo.

No sabe por qué se le ocurre esto.

Y la niña tampoco lo sabe. Pero mientras Martin niega con la cabeza, Hans abrigo a la hija y luego le engancha una cuerda a la cintura. Salen bajo el cielo de espuma y empiezan a abrirse camino hacia el sur, vadeando contra corriente en un río de viento y agua, trepan laboriosamente por encima de tres cercas de piedra, se refugian del viento para recuperar la respiración y después logran saltar una más. El padre va riéndose de cada obstáculo, mientras que Ingrid tiene que taparse la cara con ambas manos para poder respirar, hasta que por fin remontan la suave pendiente que sube por detrás del tronco ruso y constituye el último bastión contra el bramido que los golpea: los furiosos muros de agua que se erigen en la noche se derrumban y rompen contra las rocas, la playa y los peñascos haciendo que la arena, las conchas y el hielo bramen contra ellos, esto no hay quien lo mire ni quien lo entienda ni quien lo recuerde, son las trompetas del apocalipsis y solo cabe olvidarlas de inmediato.

—No es peligroso —le chilla el padre al oído.

Pero ella no lo oye. Ninguno oye nada. Hans le grita que sienta con el cuerpo lo imperturbable que es la isla, a pesar de que vibre y de que el cielo y el mar estén de remodelación, una isla nunca se hunde, aunque tiemble, es inamovible y eterna porque está agarrada al mismísimo globo terráqueo. Es casi una experiencia religiosa la que Hans quiere compartir en este momento con la hija, puesto que no tiene un hijo varón con quien hacerlo y cada día está más convencido de que tampoco lo tendrá, así que tiene que conformarse con la hija y enseñarle el principio fundamental de que una isla jamás se

hunde.

Más tarde Ingrid recapacitará sobre esta noche y dirá que nunca la olvidará, pero para entonces hará mucho que la tempestad habrá amainado y solo quedará lo imperturbable, la cuestión de si una isla es algo más que un montón de granos de arena. Esta duda no la desencadena el padre, sino la madre, quien, cuando logran volver a rastras a la casa, los recibe a gritos, se queja de que no puede ni ir al establo sin que el imbécil de su marido ponga en peligro la vida de su hija y dice que como vuelva a hacer algo así, se da por divorciada y se marcha.

No es la primera vez que se pronuncia una frase como esa en la casa salina, tienen los nervios de acero, pero es la primera vez que Ingrid se entera de lo que significa: que una isla es algo que se puede abandonar.

La niña rompe a llorar y Maria tarda un rato en comprender que lo que ha alterado a la niña no es la tempestad, sino sus propias palabras, que en el fondo no significan nada, no son más que ruido, gruñidos. Pero la madre es incapaz de decirlo, no logra expresar que, naturalmente, no abandonará Barrøy jamás, que ese es un pensamiento imposible, sobre todo ahora que la Primera Tempestad del Invierno está dando sus últimos coletazos al otro lado de las paredes, que en momentos como estos una se desequilibra y se olvida de que, una vez que vives en una isla, no sales nunca de allí, porque una isla retiene lo que tiene con todas las fuerzas de las que dispone.

Durante los días siguientes recorren las playas del sur, Hans Barrøy con un tridente, Martin con un bichero corto y las demás con un rastrillo cada una. Hurgan en los montones de algas que ha vomitado el mar y que forman grandes salchichas marrones sobre los campos y las cercas, entrelazadas como sogas fuertes y viscosas. Desenredan las marañas y encuentran trozos de madera, cestas de palangre, achicadores y una ambigua lata de té con un escorpión en la tapa, un reloj de pared sin maquinaria y un libro hinchado sin letras, objetos que levantan en el aire y se muestran asombrados los unos a los otros antes de echarlos al carro tirado por el chepudo caballo que está rumiando y, al cabo de un rato, se tumba en la hierba porque le da pereza seguir de pie, se echa entre las varas de su propio carro, como una vaca.

El caballo.

No es joven. Tampoco lo era cuando llegó. Vino en barco, en el primer buque que vio Ingrid, lo pasaron a tierra con una grúa y lo soltaron sobre el peñón junto a la caseta de Lofoten, donde algún día construirán un muelle. Traía la mirada salvaje y desquiciada, volvía los párpados, daba coces y mordiscos, relinchaba... Lo único que podían hacer era soltarlo y dejarlo correr hasta que recuperara la cordura. En principio era un caballo tranquilo, o al menos eso parecía cuando Hans lo descubrió en un prado junto a la Factoría donde ya había cumplido su deber. Por eso a Hans se lo dejaron tan barato, se lo dieron por casi nada.

Fue divertido observar al nuevo habitante de la isla. Cruzó Barrøy como alma que lleva el diablo y, al toparse con el mar por el este, giró en redondo y se precipitó hacia el sur, donde volvió a encontrarse con el mar y cambió de nuevo el curso, galopó hacia el norte, el viejo rocín sacudía el cuello virilmente, pero volvió a encontrarse una pared de mar y así continuó hasta que hubo visitado tantos rincones y escondrijos de su nuevo hogar que tuvo que reconciliarse con la idea de que estaba en una isla y de que él tampoco la abandonaría nunca.

Sin embargo, no era un caballo bueno.

Vivía en el establo con los demás animales, pero necesitaba su propio pesebre y un mamparo que lo separara de las vacas, porque mordía y daba coces y solo Hans podía manejarlo, al principio a golpes y patadas. Pero con el tiempo llegaron a una especie de acuerdo consistente en que el caballo hacía lo que le daba la gana sin que nadie le dijera nada, siempre que tirara del carro cuando recogían el heno o cortaban la turba, de la segadora, que solo podían usar en los cuatro prados más llanos, y de un sencillo arado que le había correspondido a Hans con la compra, gracias al cual los patatales fueron creciendo y resultaron más sencillos de manejar. Mientras el caballo cumpliera su parte del acuerdo, Hans podía hacer la vista gorda con el hecho de que se pasara el día tumbado, de que durmiera la mayor parte del tiempo y de que, a veces, sacudiera el cuello repentinamente e impidiera que su hija lo montara, incluso cuando él agarraba el freno. Pero el caballo no tenía nombre.

Todo lo salvaje de la isla tiene un nombre.

Cuernecillos, tréboles, rodiolas, picos de cigüeña, botones de oro, satiriones manchados, reinas de los prados, angélicas, campanillas de cantil, dedaleras, saxifraga púrpura, manzanilla del mar y acedera. Gaviotas argéneas, alcas, cormoranes, araos, frailecillos, garzas, zarapitos reales, collalbas grises y lavanderas blancas. Ratas de agua y erizos de mar, navajas, marmitas de gigante y la loma de viento del norte, camarinas negras, brezos, ruibarbos, ortigas y cisnes cantores que saludan dos estaciones del año con sus tristes fanfarrias de trompeta... Y todo lo manso tiene dos nombres: las vacas, las ovejas, los gatos e incluso el cerdo, que solo tuvieron medio año. Pero el caballo no los tiene, lo cual es doblemente extraño, puesto que es un animal doméstico que además es muy distinto a todos los demás, pero así son las cosas con este animal, diferentes a todo.

Ya tienen el carro lleno, así que Hans le roza las costillas con la punta de la bota, consigue que se ponga en pie, chasquea la lengua y lo va llevando por los jardines hasta la caseta del norte, donde le da algo de heno seco de un saco de cuero que ata a la puerta para que el animal no lo arranque y se lo lleve.

Descargan todo lo que les ha traído la tormenta y lo clasifican: hay sobre todo leña, que sierran y apilan, pero también hay veintiocho boyas de cristal de las que se encargará Martin, cinco mástiles de boya con barril y sin barril, uno de ellos con treinta brazas de orinque a rastras, que Hans desenreda y cuelga de un gancho en la caseta. Cuatro palangres recogidos y completos,

cinco cajas de pescado que distribuyen entre la caseta del embarcadero y la caseta de Lofoten, tres cestas de palangre (a una de ellas le falta un palo pero Martin la reparará), varas para medio secadero de pescado, una escotilla que tienen que levantar entre dos y seis botas de mar, todas del pie izquierdo. Solo una no podrán reutilizarla porque alguien le ha cortado el tacón, o quizá se lo hayan arrancado de un mordisco.

Y una máscara de carnaval.

Hans se la pone en la cara para darle un susto a Ingrid, pero enseguida tiene que quitársela porque apesta y hay que lavarla en agua caliente.

Es una máscara de demonio: las cejas son rayos rojos, el bigote es negro y los ojos están vacíos, la boca no tiene dientes y unos marcados pómulos blancos con ondas rojas le proporcionan un aspecto peligroso y bonachón al mismo tiempo, es un rostro temerario y boquiabierto. Y una vez que la limpian de algas, de babas y de bellotas de mar, resulta ser tan bonita —con un lustre propio en el color, como de barniz agrietado, y una profundidad especial— que acaban colgándola en el salón de las visitas, donde permanecerá durante una generación hasta que la descubra un forastero que ofrecerá por ella una elevada suma de dinero, diciendo que evidentemente no vale tanto, pero que el hecho de que la máscara esté allí, como un objeto exótico en una casa humilde de una isla desierta, la torna especialmente interesante. El visitante opina que debe de ser una señal, aunque no entra en mayores detalles.

Pero toda esta cháchara despertará la suspicacia de los isleños, que acabarán decidiendo no vendérsela, bien puede seguir en el salón, ahora que se han enterado de que es francesa no les cuesta nada quedársela, y además ellos creen en Dios, no en las señales.

Después de la tormenta encuentran también cinco troncos embreados, todos con orificios de taladrado y muchos de los pernos intactos, ni siquiera tienen musgo, lo cual los lleva a la conclusión de que proceden del mismo muelle. De modo que en esta tempestad alguien ha perdido un muelle entero, un muelle bastante nuevo, y además no puede haber sido muy lejos, quizá incluso sea de algún conocido suyo de las islas hacia el sur, así que Hans y Martin arrastran los troncos y los colocan con el resto de materiales que han reunido para lo que en su día será su propio muelle, pero en una pila separada. Consideran que unos troncos tan valiosos como estos deben exceptuarse de la regla de que todo lo que traen las tormentas pertenece a quien lo encuentra, esto es casi como encontrarse un barco a la deriva, con su

nombre y su número, y por ahora sigue perteneciendo a su dueño. Pero ya tienen tantos materiales acumulados que, aunque no usen estos nuevos troncos enseguida, la idea se ha vuelto aún más acuciante, la idea de que ya no pueden seguir viviendo aquí sin un muelle.

A veces, en febrero, el mar se pone como un espejo turquesa. Cuando está cubierta de nieve, Barrøy parece una nube del cielo. Es la helada la que pone el mar tan verde, está más claro y apacible, con una densidad como de gelatina. Después puede secarse del todo hasta que queda cubierto por una película, transformado de un estado a otro. A la isla le ha salido un ribete de hielo, igual que a los islotes más cercanos, y con ello ha crecido de tamaño.

Ingrid se ha puesto los tarugos en los pies y se encuentra sobre un suelo de cristal que se extiende entre la Barrøy y Moltholmen. Bajo sus pies distingue algas, peces y conchas en un paisaje de verano, erizos de mar y estrellas marinas, piedras negras contra la arena blanca y peces que atraviesan los cimbreantes bosques de algas; el hielo es una lupa, clara como el aire. Ingrid está flotando y tiene seis años, es imposible no pisar el hielo una vez que se ha formado.

Lo ha observado tornarse más grueso y seguro, lo ha agujereado con piedras, le ha clavado una de las hachas del padre, se ha adentrado una braza gateando, luego otra, hacia el exterior, y lo que no se puede quebrar, se puede pisar.

Como en un sueño, ha cruzado ahora hasta el islote Moltholmen, que también parece una nube del cielo, y está sentada en la nieve recuperando el aliento, luego descubre que la tierra no es más segura que el hielo. De puntillas, se adentra de nuevo por el hielo y regresa hacia Barrøy haciendo equilibrios, no hay sonido alguno en el mundo, ni viento ni pájaros, ni siquiera se oye el mar.

Coge carrerilla y se desliza, corre y se lanza sobre la tripa, se desliza en dirección a Barrøy y no está a más de diez o doce brazas de tierra cuando una voz corta el silencio. Es la madre, que la ha visto desde la granja y acude corriendo, agitando los brazos y con la boca de par en par, saltando por encima de las cercas y las rocas, levantando una nube de nieve en polvo a su paso.

Pero al llegar a la playa se detiene, como quien se topa con un muro, y

empieza a correr adelante y atrás, detenida por un obstáculo que no está. Ingrid tiene que reírse. Vuelve a coger carrerilla y se desliza, mientras la madre grita «¡No, no!», y continúa corriendo adelante y atrás, al otro lado del muro invisible, hasta que algo se le quiebra en la mirada y da el primer paso sobre el hielo, con los brazos extendidos como una trapecista, contiene la respiración y se muerde los labios, y su furia no amaina hasta que puede abrazar a su hija y sentir que ambas están salvadas.

A continuación se pone rígida y mira a su alrededor, no se lo puede creer: están flotando.

—Vamos —dice.

Dan unos pasos resbaladizos, luego cogen carrerilla y, entre risas, con la respiración entrecortada, se deslizan las últimas brazas hasta tierra. Pero entonces Ingrid se suelta y vuelve a adentrarse. Maria grita de nuevo «¡No, no!», pero la sigue. Van cogidas de la mano mientras patinan hacia el norte en paralelo a la costa, se meten en bahías y rodean cabos, pasan entre pequeños escollos e islotes, hasta que oyen una voz y ven a Barbro salir de la caseta del embarcadero con su silla, las mira aterrada. Regresan a tierra y la arrastran a ella también hacia el hielo, la sientan en la silla y la hacen girar, la empujan alrededor de la punta del norte y tampoco allí regresan a tierra, porque ahora Barbro también se ha emocionado, de modo que siguen dándole vueltas mientras chilla, y rodean Ytterneset, el cabo más expuesto, hasta llegar a las ruinas de Karvika.

Suben a la nieve y llevan la silla a casa. Barbro no tiene permiso para sacarla, ni siquiera cuando va a la caseta del embarcadero a atar redes.

El único que no pisa el hielo es Martin. El viejo se queda en casa y se niega a creer que sea hielo, aunque ellas insistan, nunca antes se ha formado hielo allí, lo imposibilitan las mareas, por mucho que bajen las temperaturas y por inmensa que sea la calma. Y tampoco tiene la menor intención de ir a comprobarlo. Pero cuando su hijo regrese de nuevo con vida de Lofoten, coincidiendo más o menos con la llegada de los ostreros, y pregunte por las novedades, Martin le contará que ese invierno se ha formado hielo alrededor de toda la isla, que solo duró unas horas, pero que era tan fuerte que pudieron pisarlo. Al final vino un vendaval que lo quebró y lo arrastró a tierra, donde formó una loma de cristales rotos que permaneció allí varias semanas antes de derretirse a finales de marzo.

El hijo le preguntará si ha perdido la cabeza. Y el viejo Martin se arrepentirá de habérselo contado.

A los dos días de Año Nuevo, avistan una luz en la oscuridad invernal. Es el palangrero del tío Erling, que emerge de la noche y fondea junto al peñón hasta que los isleños consiguen espabilar. No les lleva mucho tiempo. Lo han estado esperando.

Si hace buen tiempo, Hans tiende una tabla vacilante entre el peñón y la borda del barco y, como un artista de circo, sube a bordo diez cestas de palangre, tres cajas de boyarines, doce mástiles de boya, cabos y su enorme baúl de Lofoten, con el que tiene que ayudarle uno de los marineros contratados, jarapas, la tina de leche y la ropa impermeable. Mientras tanto el tío Erling está asomado a la ventana de la caseta de cubierta, mirando el tiempo y conversando con el padre, Martin, que se ha quedado sobre el peñasco con las manos en los bolsillos. Hablan como si se hubieran visto ayer mismo, cuando en realidad fue hace ocho meses, en mayo, cuando dejaron a Hans en el mismo sitio al final de la última temporada. Pero desde entonces no ha pasado nada, no ha muerto ni ha nacido nadie, y Helga manda saludos.

También cuando hace mal tiempo, Hans extiende la tabla, pero entonces tarda infinitamente más en subir a bordo las artes. El tío Erling se asoma del mismo modo por la ventana de la caseta y berrea las mismas frases, pero el viento se las lleva antes de que alcancen el peñón y con la mano izquierda tiene que maniobrar el barco en las sacudidas, esquivando en el último momento el peñasco cada vez que Ingrid cree que va a suceder una catástrofe y cierra los ojos.

Martin sigue sin echar una mano.

Ejerce de capitán de la isla y mientras su hijo menor se afana con las artes, él conversa con el mayor sobre asuntos tan cotidianos como cuando no hace viento.

Maria y Barbro también están presentes, tienen los brazos cruzados sobre el pecho, el cuerpo inclinado contra el viento y sus pañuelos ondean como estandartes. A veces Maria le grita una broma al tío Erling, y este se ríe y contesta algo que Ingrid no capta, pero que hace que también Maria se ría,

mientras que Martin lo ignora. Barbro tiene ganas de ayudar a su hermano con las cestas, pero sabe que no quieren que ninguna mujer suba a un barco que se dirige al mar. Por si acaso, tampoco llevan pasteles a bordo, ni queso de cabra, y jamás silban, quien silba en el mar está como quien dice acabado, ya crea en Dios o en el destino, da igual en lo que crea.

Ingrid tiene frío, lo siente hasta la médula, siempre tiene frío mientras espera a que se marche su padre. El segundo día del año es el más triste de los trescientos sesenta y cinco, y finaliza con la visión de una bamboleante luz de alcance que se pierde entre los rugidos de la noche como las chispas que desaparecen por el tubo de una chimenea.

Luego les embarga la gravedad.

No la gravedad de una tormenta, sino la lenta y fundamental escuela de soledad de la isla. De pronto son menos, vagan desorientados y les falta el cabeza de la isla. Callan o bajan el tono de la voz, se enfadan o están impacientes. El archipiélago de Lofoten no es un lugar del que necesariamente se regrese sano y salvo, hacer la temporada es jugar a la lotería con la muerte, cada invierno caen más de doscientos hombres. Y sin embargo no hablan de ello en voz alta, se conforman con entonar algunas canciones a media voz, a pesar de que no hay cementerios con más cruces sin cadáveres que los que Nuestro Señor mantiene bajo su mano a lo largo de esta costa.

Y así pasan los días de enero.

Aún les quedan otros tres meses de heladas, tormentas de nieve y demonios.

Hasta que un día, por sorpresa, la gravedad se ilumina con una nueva esperanza, que va creciendo a medida que el sol asciende por el negro cielo. Al principio, en enero, está muy bajo y parece un ojo amoratado; después, a lo largo de febrero, se va poniendo cada vez más ensangrentado hasta que, por fin, se prende como el cráter que ha de ser en el cielo: han abandonado a un hombre a su suerte en la rugiente oscuridad y ahora corren el riesgo de que vuelva a casa con vida, quizá incluso con los bolsillos llenos de dinero, al fin y al cabo eso es lo que infunde esperanza a la isla, que su dueño tiene artes propias y quiñón entero.

También reciben cartas, al menos una.

Se la entrega Thomas, de Stangholmen, la isla vecina, o alguien que venga desde Havstein, donde los hombres pasan el invierno en casa dedicados a la pesca de bajura; por lo general ocurre un día de buen tiempo de Semana

Santa.

Pero es una carta breve.

Y tampoco está escrita tal como recuerdan perfectamente que hablaba el marido, el hermano, el hijo y el padre, sino que mantiene un tono bíblico y enrevesado, como si la hubiera redactado alguien a quien no conocen. Así que los deja con la sensación de que Hans se ha alejado aún más, hasta el punto de que en el fondo podrían haber prescindido de todo el escrito. Y Maria no se anda con tapujos, lo dice abiertamente, porque lo único de lo que se han enterado es de que al menos sigue con los miembros intactos, por ahora, de que las capturas han sido como han sido porque a veces el mal tiempo les ha impedido faenar y de que un cocedor de aceite de hígado de bacalao, que además es zapatero, le ha fabricado unas botas de clavos nuevas, para que no siga pasando frío con las viejas, lo cual sí que es algo, la verdad, ahora que lo piensa.

Y por fin Hans regresa en su propia y escuálida persona, tres años más viejo y con la mirada medio desquiciada, tanto de agotamiento como por las ansias de empezar a trabajar, y no parece capaz de decidir si debe empezar enseguida a construir el muelle que les falta o si simplemente debería meterse en la cama y dormir, para siempre.

Son extraños estos días posteriores al regreso, al retorno de un padre, un marido, un hermano y un hijo. Además están ya a finales de abril y la luz ha ahuyentado para siempre a la oscuridad, ya ni siquiera hay tardes, solo mañanas; la llegada de los corderos ha coincidido con los primeros brotes de hierba y los patos de flojel han empezado a contonearse por la isla. El retornado se tranquiliza al comprobar que todo sigue como siempre, porque es el que se ausenta quien más disfruta de que el tiempo haya estado parado.

Por la mañana se oyen risas en la Sala Norte antes de que los padres bajen a la cocina, donde vuelve a oler a café después de una interrupción de cuatro meses, puesto que las mujeres no beben café cuando están solas y Martin ahorra, o eso dice. Hans cuenta historias de su estancia en el norte, anécdotas que han de explicarse y alargarse. Repite una y otra vez lo mucho que ha crecido Ingrid y dice que ya es casi demasiado grande para sentarse sobre sus piernas, aunque ahí está de todos modos y ahí seguirá algunos años más. Llega la recogida de los huevos, la siega de primavera, el plumón y los apacibles meses de verano en los que trabajan las veinticuatro horas del día, después llegará el otoño, cuando por fin construirán el muelle, aunque no será de troncos embreados, como estaba planeado, sino de piedra, y la razón es

que no todo está bien en la feliz infancia de Ingrid, hay turbulencias por el mundo, el planeta está en llamas.

Dicen que tienen que cumplirse dos condiciones, el dinero y la guerra. Y este invierno no solo ha sido frío, sino también avaro, puesto que las capturas han sido escasas. Pero un día de junio que Hans ha ido a la Factoría, oye hablar una lengua extranjera, es sueco. Hay cinco forasteros en el muelle, están en círculo alrededor del tratante Tommesen, dueño de la Factoría, y uno de ellos habla sueco. Los demás no dicen nada, pero también son suecos.

En el saladero, Hans se entera de que las cosas andan mal por Suecia a causa de la guerra, los cinco forasteros son albañiles y quieren trabajar a cambio de la comida y el alojamiento, ahora van a levantar los cimientos del nuevo establo de Tommesen y después la base de un nuevo almacén de pescado seco.

En realidad, Hans ha ido a la Factoría para comprar sal y barriles de arenques, pero en su lugar decide comprar pernos, tablas y seis troncos embreados, además de ciento sesenta metros de maderos, de dos pulgadas y media, por un dinero del que solo tiene la mitad. Para colmo necesita que se lo lleven a casa. Tampoco eso puede pagarlo, pero le importa un bledo.

Cuando regresa a la isla, habla a solas con Maria y al día siguiente empieza a excavar en la playa, sin consultarlo antes con Martin. Pero no lo hace ante el peñón de Lofoten, sino que introduce los pilares en la ensenada que queda más adentro. Es el comienzo de un alpendre sobredimensionado, que irá apoyado sobre unos puntales. Desde tierra, se podrá acceder a la construcción por algo que recordará a la rampa del pajar, pero que será plano. En la pared del oeste tendrá un portón, una especie de terraza y una escalerilla que baje hasta la playa, para que las barcas puedan atracar allí con la marea alta. Pero, por lo que puede juzgar el viejo, esto no es más que la mitad del sueño, como si su hijo careciera del coraje de ir a por todas, ¿o será, como siempre, por falta de dinero?

Llueve durante todo junio, día y noche. El mes de mayo ha sido demasiado seco, pero ahora el pozo vuelve a llenarse, al igual que los charcos y las

marmitas de gigante en las que beben los animales. Los hoyos de la turbera, de donde han extraído la turba los últimos años, se desbordan y se transforman en pozas marrones y cuadradas, y tienen que vigilar para que los animales no se caigan dentro.

Y no pueden segar.

Pero a mediados de julio cambia el viento y se estabiliza por el este, el cielo se despeja y todo empieza a secarse, las pozas marrones de la turbera se hunden y desaparecen y dejan tras de sí una corteza negra y agrietada. Consiguen guarecer la mitad del heno antes de que empiece a llover de nuevo, de modo continuado. El resto del heno se pierde. Pero a principios de septiembre tienen terminado el nuevo alpendre y no lo llenan con las artes y las herramientas que tienen tiradas a la intemperie. En el interior de la nueva construcción hay cinco literas, con paja limpia y jarapas, una mesa delante de la ventana, dos sillas y un banco.

Tres días más tarde, el carguero de la Factoría trae a cinco albañiles suecos. Vinieron a pie desde su país, cruzando bosques y montañas, tardaron tres semanas en llegar, cada uno con una mochila a la espalda cargada con comida y herramientas; durante el verano han estado trabajando en la Factoría, ahora están aquí y trabajan bien.

Vuelan las piedras que necesitan en el peñón y construyen conforme al mismo principio que siguió Hans con el pozo. Al cabo de una semana, ya están por encima del nivel de la marea alta y pueden trabajar con la ropa seca, el otoño es luminoso y agradable, los colores duran y un viento templado acaricia como un húmedo aliento a los animales y las personas. En el veranillo de San Miguel consiguen además salvar parte del heno perdido, luego la familia al completo se pasa más de una semana segando los humedales de los islotes, por la tarde llevan el heno a Barrøy y lo secan en las pendientes al sur de la granja, luego lo guardan en el pajar, está verde, pero seco.

Y los suecos han subido otro metro.

Pero consumen cantidades insospechadas de comida. Maria y Barbro les preparan pan con mermelada de ruibarbo, los domingos además les dan café y mantequilla y todos los días Maria hierva pescado, que sirve con toda la patata vieja que tienen. De hecho llegan a vaciar la bodega de las patatas y, por primera vez desde que llegó a la isla, tiene la oportunidad de limpiarla a fondo. Friega y cepilla y encuentra tres agujeros de ratón que Hans tapa con cemento. Una de las paredes exteriores está dañada por el frío, así que la

fوران con turba nueva y reconstruyen las casillas para cuando traigan las patatas. Las recogen mientras los suecos se afanan por subir otro metro. Ahora la cuestión es la cubierta del muelle: ¿será de piedra o de madera?

Hans ha usado todos los materiales que tenía para el alpendre nuevo en el que se alojan los invitados, incluso algunos más, así que la cubierta del muelle también tendrá que ser de piedra.

Acaba siendo una obra maestra. A Hans se le saltan las lágrimas el día que puede pisarlo, un mosaico regular y sólido como una montaña, construido con el granito de todas las tonalidades de rojo de Barrøy, un suelo de iglesia con llagas de arena blanca. En el costado exterior, ocho postes empernados al mar y tres de ellos se yerguen casi un metro por encima del cuerpo del muelle, para que los barcos tengan algo en lo que amarrar. Pueden recibir un barco de vapor y pueden tenerlo atracado, con dos esprines. Pero ahora la orgullosa caseta de Lofoten se ha quedado tan pequeña que parece una letrina, desubicada y grisácea. Hans ya tiene los planes listos para una continuación, el año que viene.

Ha sido curioso tener forasteros en la isla. Al fin y al cabo, la población se ha doblado. Y ya desde la primera semana tienen que mantener a Barbro alejada de la obra.

—¡Quiero follar! —grita Barbro, y Maria tiene que taparle las orejas a Ingrid. La cuñada está como una cabra.

Barbro grita otras frases que Ingrid tampoco debería oír. Pero a Ingrid no le gusta que le tapen las orejas y acaba entendiendo de qué va la cosa, es Barbro quien se lo cuenta, al mismo tiempo que le revela que el sueco se llama Lars Klemet. No tiene más que veinte años y es el único que habla un dialecto que ella entiende. A Ingrid también le gusta Lars Klemet, es un chico divertido y, cuando no está trabajando, juega y conversa con ella. Además sabe cantar, igual que Barbro. La tía se va al peñón con su silla y se sienta como una digna reina a ver cómo trabajan los albañiles: esbeltos cuerpos desnudos en los que relucen la sal y el sudor, cada día más bronceados por el sol del largo final de verano, músculos y tendones que operan bajo la piel de unos hombres en pleno desarrollo. Barbro hace pan y se lo lleva recién hecho, con un nuevo tarro de mermelada, si hay algo que les sobra es el ruibarbo. Lars Klemet también es el único que se lava en el mar, de modo que huele más a mar y algas que a caballo, además dice que nunca ha comido mejor y,

cuando nadie los mira, pellizca a Barbro en los jamones. Pero ¿cómo de grande es la isla?

No llega a un kilómetro de norte a sur y, de este a oeste, tiene medio, hay muchos peñascos, pequeñas gargantas y cuencas cubiertas de hierba, está recortada por pronunciadas calas y ensenadas, tiene cabos largos e irregulares y tres playas blancas. Y aunque en un día normal pueden mantener controladas a todas las ovejas desde la granja, no son fáciles de ver cuando se tienden en la hierba crecida, y lo mismo pasa con las personas, incluso una isla tiene sus secretos.

También contribuye que, a la larga, Hans y Maria, por no decir Martin, pierden interés por lo que anda haciendo Barbro, suficiente tienen con la siega y el secado del heno.

Cuando los suecos finalmente se marchan, estrechan la mano a todos en señal de gratitud, incluida Ingrid. Además de la comida y el alojamiento, han recibido algo de dinero, Hans les ha dado más de lo que tiene, pero es consciente de lo que ha obtenido a cambio, un muelle de piedra que durará eternamente, y no quiere despedir a los trabajadores sin darles más de lo que le han pedido. Querría darles lo que se merecen, pero no lo tiene, así que acaban a medio camino y ambas partes quedan contentas. Se marchan con un nuevo temporal que, a principios de octubre, llega para quedarse, y aunque los isleños suspiran aliviados de volver a ser los de siempre, también se apenan. Tiene sus cosas alojar a un forastero. Después de su marcha, se quedan solo consigo mismos y piensan que quizá no sea suficiente. Un huésped genera una añoranza, muestra a los isleños que les falta algo, algo que seguramente ya les faltaba antes de que él llegara y que continuará faltándoles cuando se marche.

Hans tiene un catalejo. Lo curioso es que se limita a tenerlo, en algún sitio, pero nunca lo usa. No recuerda de dónde lo sacó. Pero cuando empiezan a trasladar las artes y herramientas desde la abarrotada caseta del embarcadero al alpendre de los suecos, Hans encuentra un rollo de lona engrasada y se queda mirándolo perplejo. Ha formado parte de sus enseres desde que tiene memoria. Al desenrollarlo, se dice sencillamente: «Aquí está el catalejo, sí...».

Es un catalejo de largo alcance y cuarenta aumentos, negro, de fabricación alemana, hecho con algo parecido al cuero o al esmalte, con cuatro anillos de latón, un ocular, también de latón, y un tornillo para enfocar.

Se lo enseña al padre.

Martin dice lo mismo: «Sí, ahí está el catalejo».

A la pregunta sobre su origen, sin embargo, no logra dar una respuesta más precisa que las que da cuando hablan de las ruinas de Karvika: seguramente lo heredó de su padre que, cuando no era pescador, era piloto y farero sustituto, da la impresión de proceder de un velero.

Hans saca el catalejo a la claridad otoñal para estudiarlo más detenidamente, a la vez que se pregunta por qué no jugaría con él de niño. Entonces se acuerda. Se lo tenían prohibido. Cuando se lo menciona al padre, Martin sonríe y dice que a él también le tenían prohibido jugar con el catalejo de pequeño, se lo prohibía su padre.

Hans apoya el artilugio sobre una plancha de pizarra que han colocado sobre tres piedras, una mesa de trabajo delante de la caseta, y se pone en cuclillas para enfocar. Puede ver las montañas del interior con tanto detalle como si se encontrara a sus pies, y relucen porque ya han caído las primeras nieves. Pero no ve la línea de playa, donde sabe que hay casas. Las casas han desaparecido detrás del mar, las ha eliminado la curvatura de la tierra.

También Martin mira las montañas sin pie.

Sonríen.

Hans dirige el catalejo hacia el pueblo y mira la iglesia, la Factoría, la casa

del reverendo y las casas, una a una, mientras va murmurando: «Ahí vive Konrad, ahí Olav...». Puede distinguir quién tiene cortinas en las ventanas y quién ha pintado la casa, pero al final se incorpora con la sensación de haberse colado en un sitio donde no pintaba nada.

Pasa el catalejo al padre. Martin enfoca, pero tampoco él tarda mucho en apartar la vista. Hans tiene la impresión de que están de acuerdo en algo, en que quizá no necesitan este catalejo. Tienen uno más pequeño que llevan a Lofoten, aunque tampoco lo usan porque todo lo que pueden ver por él desaparece en cuanto dejan de mirar.

Sin embargo, el catalejo grande es sólido y pesado, es artesanía industrial de primera calidad, y debe de ser muy valioso. En ese momento, Hans no recuerda tener nada igual de valioso, quizá el sextante, o la brújula del palangrero de Erling, que también han heredado.

¿Algo más?

¿Qué objetos valiosos tiene en realidad?

Se lleva el catalejo a la casa y pide a Maria que lo acompañe a la Sala Sur. Allí coloca el catalejo en el alféizar de la ventana e indica a su mujer que mire hacia Buøy, la isla en la que se crio. Maria se arrodilla en la cama, mira hacia la casa y se sorprende. Cuando Hans le pregunta qué ve, responde que no está segura, luego guiña un ojo y se concentra. Hans se tiende en la cama y la mira. Maria dice que cree que ve gente y, por su mímica, Hans entiende que está perpleja, como si estuviera saboreando algo sin estar segura de si le gusta.

—Déjame ver —dice Hans.

Puede ver las casas y contarlas, dieciocho edificios incluidos las casetas y los cobertizos. Delante de un alpendre hay una embarcación atracada, que se hunde despacio hasta que solo se ve la punta del mástil y que luego se eleva con la misma lentitud. Son las olas las que la hacen desaparecer y las olas las que vuelven a hacerla visible. No ve personas, pero sí algo que quizá sean ovejas, o un caballo, y un campo labrado de otoño...

Maria vuelve a coger el catalejo.

Hans se tiende de nuevo, se introduce los brazos bajo la cabeza y anuncia que no tienen dinero. Maria aparta el ojo del ocular y lo mira. El marido repite sus palabras, pero esta vez sin mirarla. Ella dice que ya lo sabía, en un tono que indica que además no le hace gracia. Ninguno de los dos mira ya por el catalejo.

Maria pregunta por qué lo menciona precisamente ahora y Hans contesta

que no sabe.

—¿Es grave? —pregunta Maria.

Como Hans no responde, ella pregunta cómo de grave es y él se arrepiente de haberlo mencionado. Entonces ocurre algo en la mirada de Maria y a continuación golpea al marido con el catalejo, en el estómago. Hans pregunta si pretende matarlo y Maria responde que sí, levantando de nuevo el catalejo. Él le agarra las manos y siente el impulso de arrancarle la ropa y sacarle la sonrisa, en medio de la jornada, a plena luz del día. En su lugar, se levanta, ignora sus gritos, baja las escaleras y sale al patio, donde se encuentra al padre y a Ingrid.

—¿Qué estáis mirando? —les pregunta.

Martin tiene cara de que lo han pillado con las manos en la masa, pero se da media vuelta y enfila hacia la caseta del embarcadero columpiando los brazos. Hans se queda mirándolo y se pregunta si debe seguirlo, todavía tiene el catalejo en la mano.

Ingrid pregunta qué es. El padre le dice que un catalejo. Ella le pregunta qué es eso.

«Mira», le dice a la niña acercándose a la rampa del pajar, luego enfoca sobre un matojo de hierba y se lo muestra. Ella mira por el ocular y se sobresalta. Esta risa de la niña... no siempre ha sido un placer oírla. Ingrid vuelve a mirar, distingue las casas de Stangholmen y mantiene la sonrisa hasta que el padre se harta y se lleva el catalejo a la caseta del embarcadero. Hans y Martin se miran como si tuvieran una cuenta pendiente, algo que resolver.

No les dura mucho.

Martin coge una caja de pescado con rollos de palangre y bandejas de cebos y se dirige hacia el alpendre. Hans envuelve el catalejo en la lona, sigue al padre y coloca el instrumento sobre uno de los estantes superiores, donde permanecerá hasta la próxima vez que alguien lo encuentre y se diga: «Sí, ahí está el catalejo». Y piensa confusamente que tiene que haber una razón por la cual el ojo no ve más allá de lo que ve, que tal vez suponga una ventaja tanto para el ojo como para aquello que este mira, y con ello al menos se ha olvidado del asunto en el que no quiere pensar, del problema del dinero, la amarra más deprimente que tienen a la tierra firme.

Al despertar, Ingrid se dio cuenta de que pasaba algo por los ruidos procedentes de la cocina. Faltaba uno, faltaba el ruido de Barbro.

Además, la voz de la madre sonaba demasiado alta y se interrumpió bruscamente cuando Ingrid bajó la escalera. En el exterior era invierno, todo estaba oscuro y no había viento. Al cabo de unas horas, el cielo se aclararía y, a mediodía, quizá vislumbrarían un sol rojo por el sur. Pero Barbro no estaba. Tanto ella como la barca habían desaparecido, no les había hecho falta buscar, las huellas sobre la nieve recién caída solo conducían a un sitio, a la caseta del embarcadero, y además Barbro se había dejado las puertas abiertas. No se había llevado la vela, había usado los remos, y en el mar no se veía nada.

Tenían más embarcaciones: dos gabarras, una grande y otra pequeña, y otra barca como la que se había llevado Barbro, una *Bindalsfæring*. Pero no sacaron ninguna de ellas al mar.

—¿Dónde está Barbro? —preguntó Ingrid.

—Se ha marchado —dijo la madre.

Y ese día no se dijo más. Ni siquiera las manos del abuelo estaban como de costumbre. A la hora de acostarse, Ingrid recibió permiso para dormir en la cama del padre, como hacía de pequeña cuando Hans estaba en Lofoten. Maria le dijo que a partir de ahora tendrían que dar a las ovejas más ramillas de abedul, que como tardaban más en ingerirlas, el heno les cundiría más, pensando también en las vacas y el caballo. Dijo además que esperaba que las temperaturas se suavizaran para que pudieran soltar a los animales; si mejorara el tiempo y lloviera un poco, quizá pudieran pastar algo de la hierba vieja.

Ingrid pidió permiso para quedarse sentada en la cama haciendo punto.

Maria le preguntó si no hacía demasiado frío.

La hija pensaba que podía cubrirse los hombros con el edredón.

Maria se tendió a su lado y le explicó cómo hacer el punto hasta que se quedó dormida. Entonces Ingrid soltó la labor y también se durmió. Al

despertar, vio que la madre seguía dormida. Igual que el gato. Por la pálida luz que entraba por la ventana, comprendió que habían dormido más de la cuenta. Era la primera vez que pasaba.

Ingrid se levantó, bajó a la fría cocina, echó astillas y leña fina a la estufa, y al final metió turba, era Barbro quien le había enseñado a hacerlo, Barbro había sido la encargada de las estufas. Ahora era Ingrid. Se dio cuenta de que la caja de turba estaba vacía, así que se la llevó al chamizo que estaba pegado a la pared norte del establo. Hacía frío. Apartó algo de nieve a patadas y consiguió entornar la puerta haciendo chirriar las bisagras, luego llenó la caja, pero, al darse cuenta de que pesaba demasiado, tuvo que sacar la mitad de la turba, al final cerró la puerta y regresó a la casa. Para entonces tenía las manos heladas. Las mantuvo sobre la estufa hasta que enrojecieron y notó un cosquilleo. Luego fue a la alcoba a ver al abuelo y descubrió que también estaba dormido. Lo sacudió. El hombre se incorporó como sacado de un mal sueño.

—Qué carajo —dijo al descubrir el amanecer tras los cristales cubiertos de escarcha—. ¡Hay que ver cómo dormimos!

Y a continuación volvió a echarse y siguió durmiendo.

Los adultos tampoco madrugaron a la mañana siguiente, como si de pronto se hubieran vuelto holgazanes o necesitaran descansar tras una dura prueba. O como si Barbro hubiera sido el reloj de la casa, la maquinaria, y ahora esta se hubiera parado. Pero Ingrid sí se levantó, encendió la estufa y fue a coger turba. Al tercer día oyó a la madre y al abuelo pelearse en el establo, donde Martin no entraba casi nunca. Discutían por la barca, estaban enfadados con Barbro porque se había llevado la buena habiendo otras tres.

Pero Ingrid detectó otro detalle mientras los escuchaba: no parecían sorprendidos de que Barbro hubiera desaparecido, incluso lo más inconcebible se puede prever y, por tanto, aceptar. Fue entonces cuando comprendió que Barbro estaba muerta.

También esa noche se quedó sentada en la cama del padre haciendo punto. La lana era fuerte, amarilla y rojo cobre, y olía a lanolina, le suavizaba y fortalecía los dedos al mismo tiempo, y la niña se los doblaba hacia atrás hasta hacerlos crujir, así contenía las lágrimas. Maria le pidió que parara. Luego dijo que había visto las señales del tiempo y que las temperaturas se iban a suavizar, luego preguntó si, con lo bien que Ingrid hacía punto, no sabría también tejer redes, ¿redes de bacalao?

—Un poco —respondió Ingrid, lo que Barbro le había enseñado.

Había tejido una pequeña malla con hilo bramante, la usaba para llevar leña fina, como una bolsa o una redecilla, y también le servía para recoger huevos. Pero no haría falta, añadió a la vez que se le calentaba hasta el último rincón del cuerpo, tenían redes de sobra, Barbro no había hecho otra cosa en todo el invierno y no tardaría en volver.

—No —dijo la madre—. No va a volver.

—Sí —dijo Ingrid—. Volverá.

La helada arreció y, cuando un vendaval entró por el noreste, bajaron aún más las temperaturas. Ingrid y Maria se mudaron a la Sala Sur, que estaba encima de la alcoba de Martin. Como el abuelo mantenía siempre encendida su estufa privada, ellas dejaban abierta la trampilla del suelo para que subiera el calor. Cuando la madre dormía, Ingrid podía oír también la respiración del abuelo, como si vivieran todos en el mismo cuarto.

Con la helada, Martin no podía dedicarse a la pesca de bajura. Así que comían carboneros y arenques en salazón, patatas, pan y mermelada. Cuando se les acabaron las ramillas de abedul, Martin no quiso salir a recoger las algas con las que cocían pienso de emergencia, hacía demasiado frío, tendrían que haberlo hecho antes, ya era tarde, tendrían que soltar a las ovejas.

Ingrid y Maria se las llevaron hacia la playa. Pero, en cuanto salieron, se les formaron crujientes madejas de hielo alrededor de las pezuñas, así que empezaron a dar patadas y a rodar sobre la nieve hasta que acabaron cubiertas de hielo, pesaban tanto que se tambaleaban. Ingrid vio que la madre se asustaba. Cuando las condujeron de vuelta al establo, tuvieron que arrastrar a varias de ellas, y el hielo no se derritió de la lana hasta veinticuatro horas más tarde. Acabaron alimentándolas con el heno que deberían haber reservado para las vacas y con las algas que Maria e Ingrid lograban arrancar con grampines y arrastraban hasta la casa con el trineo. Tampoco en esto participó Martin, el viejo estaba en la cama, guardando luto por una hija. También daban a las ovejas el poco hígado de bacalao que tenían y les cocían carbonero en salazón que mezclaban con todos los restos. Madre e hija estaban temblonas y mareadas.

Al final Martin se levantó, se puso toda la ropa que le cupo alrededor del cuerpo, empujó al mar la gabarra chica y caló una red frente al alpendre nuevo. Pero las redes se convertían en planchas de hielo tan pronto como intentaba halarlas. Tuvo que dejarlas allí, una noche tras otra, y cada día las desmallaba como podía, pero al cabo de dos semanas estaban tan llenas de algas que ya no capturaban nada y no le quedó más que abandonarlas, eran

las redes más nuevas de Barbro.

Pero todavía les quedaba pescado fresco, con su hígado, y pan sin levadura, además tenían patatas. Aunque ahora lo importante era bajar lo menos posible a la bodega, para que la helada no se colara también allí. Echaron aún más nieve sobre la pequeña construcción de piedra y almacenaban patatas en el salón de las visitas, en cajas de pescado, así solo tenían que bajar una vez por semana a la bodega. En el horno de la cocina hacían tartas de patata, un plato que normalmente solo preparaban antes de Navidad. La casa entera olía a Navidad. Y por fin se fue la helada.

El invierno anterior había hecho tanto frío que se había formado hielo alrededor de la isla. Este invierno era mucho más frío porque había viento.

Ingrid fue la primera en avistar el barco. Estaba de rodillas en la nieve del cabo junto a la caseta del embarcadero y ya no sentía el frío en los dedos, ni siquiera al hacer bolas de nieve y lanzárselas a las gaviotas, que creían que era comida y se precipitaban sobre ellas. En la cabeza llevaba un solo pañuelo, cuando había helada se ponía tres, y otro delante de la cara. Ahora se lo quitó, lo ondeó y, por primera vez ese año, sintió el viento en el pelo: el invierno había pasado.

No era un barco, eran dos, y el segundo lo traían a remolque. En el primero venían cuatro remeros vestidos de negro, además de otras tres personas; el segundo iba vacío, era la *færing* de Barrøy, la que desapareció con Barbro.

Ingrid la reconoció por los colores del casco y corrió hacia la casa para avisar a la madre. Pero Maria ya los había visto y estaba en camino, también Martin acudió desde el alpendre nuevo arrastrando los pies, de modo que los tres estaban en el embarcadero en el momento en que el hierro de la quilla del primer barco tocó tierra.

En la proa estaban sentadas la esposa del reverendo y otra mujer a la que Maria no reconoció en un principio. En la popa, detrás de los remeros, estaba Barbro con ropa extraña. Entonces se levantó, pasó por encima de los remos, puso una mano sobre el hombro de la esposa del reverendo, pasó a tierra y enfiló hacia las casas sin decir una palabra. Se quedaron mirando cómo se alejaba hasta que se metió en la casa y cerró la puerta. Ingrid salió corriendo detrás de ella.

Karen Louise Malmberget dijo que Barbro ya no quería seguir en su casa, lo había intentado todo para retenerla, pero le había sido imposible, Barbro lloraba y quería volver a Barrøy, sin embargo no había podido traerla hasta ahora, a causa del viento y del frío.

De pronto se llevó las dos manos a la boca al entender que Barbro no se había marchado, sino que había huido, y que la habían dado por perdida. Entonces Karen Louise se quedó parada, mirando a su alrededor del mismo

modo en que lo había hecho su esposo hacía una eternidad, y miró el pueblo del que procedía como si fuera la primera vez que lo veía.

—Qué bonito tienen esto —dijo.

La frase sonó tan absurda que Martin dijo «¡por Dios!» y rechazó de malas maneras la ayuda que le ofrecieron los remeros para meter la barca en la caseta. Luego fue a buscar dos borriquetas, les hizo subir la barca por la rampa y enfiló hacia la casa. Lo cierto es que resultó conveniente porque por fin Maria había reconocido a la otra mujer, se llamaba Elise Havstein y habían ido juntas a la escuela.

Se estrecharon la mano con una sonrisa.

El reencuentro fue tenso. Elise Havstein vestía ropa que evidentemente no había cosido ella misma, era matrona y llevaba al cuello un pañuelo blanco que la hacía parecer una monja. Barbro estaba embarazada y daría a luz en verano. Karen Louise había traído a Elise para que se familiarizara con el lugar.

Maria no entendía nada, tanto en Barrøy como en el resto de las islas habían parido siempre a los niños sin comadronas. Pero Karen Louise se mostró firme y dijo que Barbro necesitaba más ayuda que otras, había comprobado con sus propios ojos que Barbro no era como los demás. Y Elise Havstein parecía estar de acuerdo, al menos asintió con la cabeza de un modo que hizo innecesario que dijera nada más.

Cuando la esposa del reverendo hubo trazado una especie de plan de parto, volvieron a estrecharse las manos, las señoras recibieron ayuda para subir a bordo y los remeros remaron.

Maria se quedó parada preguntándose por qué no les habría ofrecido café y algo de comer, siempre servían algo a quienes venían a la isla.

Empezó a pasear por la playa, cavilando sobre cómo dar la noticia a los demás, a la hija y al suegro, y decidió empezar por Ingrid, que ya era mayor. Además tendría que informar al marido tan pronto como regresara de Lofoten. Pero se resistía a subir a la casa.

Se quitó el pañuelo de la cabeza y se encaminó hacia el muelle nuevo, luego continuó hacia el sur prestando atención a los arroyuelos que habían empezado a llevarse el invierno hacia el mar. Se sentó en una piedra, se descalzó y metió los pies en el agua, aguantó hasta que se le pusieron blancos y después los sacó y se los secó con el pañuelo, al igual que las lágrimas, por fin se calzó las medias y los calcetines y regresó hacia la casa. Al entrar en la cocina, vio a Ingrid jugando con las manos del abuelo, el viejo estaba sentado

en la mecedora con la mirada clavada en Barbro, como esperando la prueba definitiva de que efectivamente estaba viva. Barbro no decía nada. Era como si no hubiera vuelto a casa y no fuera a volver nunca.

Maria se acercó a ella y le puso una mano sobre el hombro, notó que olía a rosas, lilas y ortigas, y se fijó en que tenía el pelo cortado y peinado como las mujeres de un pueblo o de una isla grande. Valoró la posibilidad de darle un guantazo, pero la mano se mantuvo quieta. Barbro la cogió, la sostuvo y miró hacia el fondo de un pozo perdido, luego la soltó y se metió en la despensa, de donde volvió con la caja del pan. Dijo que lo que más había echado de menos en la puta casa del reverendo era comer en condiciones.

La helada había pasado y el viento soplaba del suroeste, acompañado de fuertes lluvias, así que madre e hija se trasladaron de vuelta a la Sala Norte. Allí podían charlar sin mirar de reojo la trampilla del suelo como si Martin las estuviera escuchando.

Ingrid se enteró de lo que ya sabía, Barbro se lo había contado el primer día para que pudieran compartir un secreto a espaldas del abuelo. Pero la madre le contó también que, al nacer Ingrid, el padre había tenido miedo de que fuera como Barbro, era algo que estaba en la familia y cada dos o tres generaciones nacía una Barbro. Maria dijo además que ella, en cambio, se había dado cuenta de cómo era Ingrid desde el momento en que la parió, de modo que había sido el padre quien había desconfiado de ella, quien había tenido miedo.

—¿Miedo de qué?

Maria tomó aire y dijo que era en ella en quien tenía que confiar.

Fueron palabras muy graves y no vinieron acompañadas de ninguna explicación, solo de algunas evasivas sobre cuestiones que Maria había tenido tan reprimidas que hubiera sido mejor que no las sacara.

Ingrid fue incapaz de decir nada.

Habían llegado al final de un camino.

Pero a medida que avanzaba la noche, la niña empezó a pensar que era en la madre en quien no debía confiar, puesto que era ella quien le había dicho algo que le daba miedo y quien permitía que siguiera asustada, aunque le dejara hacer punto, ahora ya sin el edredón sobre los hombros puesto que había llegado la primavera. Maria le explicó cómo hacer el talón de un calcetín para que pudiera dar un regalo de bienvenida al padre cuando regresara de Lofoten.

Ingrid tenía siete años.

Y esta conversación a medias le volvía una y otra vez a la cabeza, pero no se le ocurría qué preguntar a su madre para conseguir eliminarla. Se le había atragantado una bola dura y un punto rojo flotaba ante sus ojos haciendo que

le temblaran los brazos. Pero un día se le explotó una burbuja cuando estaba a solas con Barbro en el establo, Barbro que había regresado de la muerte con la ropa de otra y con un niño en el vientre que tampoco era de nadie.

La tía dijo que si Ingrid no dejaba de llorar, acabaría como ella, que era como si le estuviera lloviendo por dentro y que por tanto no había impermeable que valiera, que el miedo solo iría en aumento, pero que era posible detenerlo.

Ingrid la miró.

Barbro estaba sacando las boñigas por la trampilla de la pared y dijo que Ingrid tenía que sobreponerse y que sus preocupaciones solo eran señal de que estaba haciéndose mayor. En otoño empezaría el colegio en Havstein, con otros niños de las islas. A partir de entonces sería todo distinto, pero no debía tener miedo, no debía tener miedo a nada, había demasiadas islas para eso. Y entonces el punto rojo se desintegró en un vapor blanco. Ingrid abrazó a su tía y nunca más la soltó.

Hans Barrøy no había regresado bien de la temporada del año anterior. Este año volvió más fuerte. La helada también había arrasado Lofoten, pero no había obstaculizado demasiado la pesca con palangre. Además ahora tenía un muelle en Barrøy, gracias al cual el palangrero del tío Erling no solo pudo atracar, sino que permaneció más de veinticuatro horas amarrado con traveses, largos y esprines. Ingrid pudo subir a bordo a pesar de ser mujer y le enseñaron la caseta de cubierta, los camarotes y la cocina, era una casa flotante que navegaba bajo el nombre de *Guerrero de Barrøy*.

La tripulación desembarcó y les dieron de comer. El tío Erling estaba sentado en el salón de las visitas junto a su hermano y su padre, bebía café y aguardiente ante un mantel blanco, tomaba tortitas y se reía a carcajadas, como hacía cuatro meses que nadie se reía en la isla. Entonces Maria oyó a su esposo preguntar por las novedades y al suegro responder que la helada había sido espantosa, pero que la habían superado, a pesar de que estuvieron a punto de perder a los corderos cuando a las mujeres se les ocurrió sacarlos a pastar algas.

 Maria tenía la cafetera en la mano.

 La dejó sobre la mesa, se acercó al perchero donde colgaba el gorro rojo del suegro, lo agarró y lo echó a la estufa.

 A continuación entró al salón, les sirvió café a todos y anunció lo que había hecho, se acabó el gorro rojo, estaba viejo y asqueroso, y a partir de ahora el suegro se bañaría por lo menos una vez por semana, en un barreño en el establo, era un cerdo. Y una cosa más: seis de las redes nuevas de Barbro, con boyas, plomos y orinques, seguían caladas y formaban un muro negro en la bahía al sur del alpendre de los suecos, así que Erling debía estar atento cuando navegara hacia el sur y era mejor que rodeara Moltholmen por fuera.

 Se quedaron mirándola.

 Ah, y otra cosa: dentro de un mes se marcharía a Mo i Rana para pasar allí el verano.

—¿Mo i Rana?

Martin soltó unas cuantas frases que Ingrid no debería haber oído, la niña había retomado el regazo del padre. Hans cruzó miradas con el hermano. Erling asintió con la cabeza y Hans dejó a la niña en el suelo y se fue a la cocina.

Desde el salón sonó como una conversación normal. Luego oyeron la puerta de la entrada. Ingrid se levantó y, desde la ventana del salón, vio a los padres cruzar los prados amarronados de primavera. Conversaban. El padre llevaba el brazo alrededor de la cintura de la madre, ella tenía la cabeza contra su hombro, fueron de la mano, se soltaron, la madre se cruzó de brazos, el padre se metió las manos en los bolsillos, se detuvieron, hablaron, miraron a su alrededor, continuaron y desaparecieron. Ingrid no había visto nada raro ni nada que diera miedo, tampoco había visto nada que no comprendiera, pero había visto algo que nunca olvidaría.

A partir de ese día, Martin empezó a bañarse en el establo. Con respecto a las redes, explicó que las temperaturas habían sido tan endiabladas que ni siquiera pudo plantearse recogerlas y que después las había olvidado. Luego cogió la gabarra y remó hasta las redes, cortó el orinque porque no consiguió soltar el rezón y arrastró el resto a tierra con ayuda del caballo. Allí se quedaron todo el verano, un montón pestilente que solo dejó de oler con la llegada del invierno y que con el tiempo empezó a transformarse en tierra, un redondeado montículo entre las resbaladizas peñas, sobre el que más tarde crecerían acederas, rodiolas y dedaleras. Tenía un aspecto extraño, era como si ese montón de tierra en concreto necesitara una justificación o una explicación. Con el tiempo por lo menos adquirió un nombre, lo llamaron el Ojo de la Helada, y fue Ingrid quien se lo puso.

Todo fue como Maria había anunciado el día del regreso, salvo por lo de Mo i Rana, que nunca se volvió a mencionar. Esas palabras que jamás debieron pronunciarse y, por eso, tardaron en desaparecer, al igual que lo que Maria había contado a Ingrid sobre su padre y su miedo a que estuviera enferma, o lo que le había dicho Barbro sobre la lluvia por dentro, el colegio y el resto de los niños que eran como ella, la idea de que no había que tener miedo a hacerse mayor.

Ese verano, Barbro dio a luz un niño con tantas fatigas que Martin y Hans

tuvieron que ausentarse de la casa durante más de veinticuatro horas, y fue Maria quien la asistió en el parto. Cuando Elise Havstein llegó ocho días tarde, le sirvieron café y torta en la cocina, mientras que a los remeros les dieron pan con mantequilla y sirope en el prado. Ese día hacía buen tiempo. También les sirvieron leche. Y la matrona Elise se quedó mucho tiempo en la isla para atender al niño, que era rechoncho y blanco como una bola de manteca y berreaba en cuanto Barbro se lo apartaba del pecho; la madre se había instalado en la mecedora de Martin y había dejado de trabajar. Se limitaba a cantar y amamantar. Elise Havstein tenía una hija de la edad de Ingrid, se llamaba Nelly y también empezaría el colegio ese otoño, seguro que se hacían amigas. Elise Havstein se quedó tanto tiempo que las montañas de tierra firme ya se habían puesto azules para cuando perdieron de vista las relucientes palas de los remos por el norte. El niño se llamó Lars, por el sueco Lars Klemet, que llegó con sus compañeros por culpa de una guerra y que, antes de desaparecer, construyó un muelle.

Cortan turba. Hay que hacerlo en junio, entre las siegas, para que tenga tiempo de secar. Usan hojas de guadaña viejas, para las que Hans fabrica mangos de madera. Solo él corta la turba con pala, una pala a la que le ha afilado la hoja, de modo que corta como una guadaña. Por eso es el único que trabaja de pie, los demás están arrodillados en las turberas. Barbro también, mientras que el niño duerme a su lado, sobre una piel de oveja en la hierba.

Los bloques de turba parecen libros gruesos, negros y húmedos, los dejan alrededor de una semana sobre el brezo hasta que se les forma una costra, y luego Hans y Martin los van apilando en círculo y construyen una torre cilíndrica de la altura de un hombre, con incontables ranuras, como almenas; después echan el resto de los bloques dentro del cilindro, a trancas y barrancas, y al final techan hacia el centro de la torre, formando una cubierta que parece una media naranja. Ese tejado no se parece a ningún otro, es distinto a los de las casas y las iglesias, pero no deja pasar una sola gota de agua. Sin embargo, el viento entra como mil arroyos secos a través de las ranuras del cilindro y, al salir por el otro lado, se lleva toda la humedad.

Una torre de turba bien hecha no solo es hermosa, una llamada de atención en el terreno creada por el hombre, sino que además es una obra de arte. Una torre chapucera y descuidada es una tragedia, que da la cara en el peor momento, en enero, cuando regresan vadeando por la nieve con la caja a la espalda y descubren que la turba se ha congelado y está dura como una piedra. Entonces puedes arremeter contra los bloques con el mazo o el hacha, con dinamita si hace falta, y recoger los pedazos en diez kilómetros a la redonda, pero cuando los pones a derretir ante la estufa, descubres que lo que tienes no es combustible, sino un fango negro y pegajoso que no sirve absolutamente para nada. Y acabas teniendo que remar hasta la Factoría para comprar lo que tienes gratis en tus propias turberas, más idiota no se puede ser.

Ingrid es la única que no corta turba, es demasiado pequeña, una vez más, así que se dedica a mover los bloques de turba medio seca, los coloca de

costado, como fichas de dominó, para que formen un patrón de espiga que permita que el viento se cuele entre ellos y los seque, un cálido viento de tierra que lleva varios días soplando sobre la isla, pero que de pronto amaina por completo.

Lo notan al mismo tiempo.

Interrumpen la labor, levantan la vista, se miran y escuchan.

Ya no se oye tampoco a los pájaros graznar, ni a los insectos zumbar o frotarse las patitas entre las briznas de hierba. El mar está como un espejo y el chapoteo del agua entre las piedras de la playa ha enmudecido, no hay un solo sonido entre los horizontes, a pesar de que están al aire libre.

Un silencio así se produce muy rara vez.

Lo que tiene de especial es que surja en una isla, donde resulta más brutal que el que aparece de improviso en un bosque, puesto que en los bosques se producen con frecuencia. En una isla es tan poco habitual que las personas se paran, miran a su alrededor y se preguntan qué pasa. Están perplejos. Les resulta misterioso y les produce un cosquilleo rayano en la expectación, el silencio es un forastero sin rostro y con capa negra que recorre la isla con pasos sigilosos. La duración depende de las estaciones, en invierno pueden ser más largos, como cuando se formó hielo en el mar, mientras que en verano son siempre una brevísima pausa entre dos vientos, entre la marea alta y la baja, o el milagro que acontece en una persona en el momento en que pasa de tomar aire a soltarlo.

Y de pronto una gaviota vuelve a chillar, una nueva ráfaga de viento surge de la nada y el niño rollizo berrea sobre la piel de oveja. Cogen de nuevo las herramientas y siguen trabajando como si nada hubiera ocurrido. Y es que eso es precisamente lo que ha pasado: nada. Se habla de la calma antes de la tormenta, de que el silencio puede ser una señal, como cuando se carga un arma, o de que puede significar algo cuya envergadura solo puedes comprender tras una larga búsqueda en la Biblia. Pero el silencio en una isla no es nada. Nadie habla de él, nadie lo recuerda ni le pone nombre, a pesar de lo mucho que les afecta. Es la ojeada que consiguen echarle a la muerte mientras aún siguen con vida.

Esa primavera, Hans Barrøy regresó de Lofoten con herramientas nuevas. Las guardó en el alpendre en el que habían alojado a los suecos. Desmontó dos de las literas y, con las piezas, fabricó un banco al que le instaló el tornillo de carpintero que también había traído. Martin fue a mirar los nuevos cepillos, el berbiquí, las brocas, los gatos, las tres hojas de sierra diferentes y el nivel, que también servía para aplomar.

—Esto ha costado un dinero.

Hans no respondió.

También había traído unos elegantes listones de pino, de color dorado como la miel, que le habían estibado junto con las artes y el equipo. Levantó unas finas bisagras de latón ante la cara de su padre y le preguntó si echaba de menos su gorro de imbécil.

Martin se llevó la mano a la cabeza desnuda y estuvo a punto de marcharse hecho una furia. Pero esto ocurrió después de que hubiera vuelto a dejarse las artes en el mar, así que en su lugar fue a coger la barca, recogió las redes y se pasó el resto del día limpiándolas y tendiéndolas en el secadero detrás de la caseta del embarcadero, parecía una colada que el mundo entero debiera descubrir y admirar.

Tres días más tarde les despertaron unos fuertes golpes procedentes de la cocina. Al bajar, Ingrid vio que faltaba la ventana de la pared oeste y que el padre estaba instalando una nueva. Hans colocó los tacos y las cuñas, niveló y clavó, instaló un marco nuevo con su alféizar, luego nuevos tapajuntas, tanto por dentro como por fuera, y por último puso el vierteaguas. Era una ventana batiente. Una ventana de dos hojas que se podían abrir.

Por fuera enroscó dos hembrillas con un gancho en cada hoja, para que las ventanas no se dieran golpes con el viento cuando estuvieran abiertas. Como tantas otras cosas, debería haberse hecho ya en época de Martin, porque en Barrøy no tenían una casa en la que cocer el pan, así que lo hacían en el horno de la cocina y, para sacar el humo, tenían que abrir la puerta, y aun así el humo no quería salir. Ahora podrían abrir la ventana. De hecho, se pasó

abierta prácticamente todo el verano, también cuando lloviznaba, porque al igual que el resto de las cosas nuevas, había que usarla constantemente. Al final la cerraron. Aunque seguía pudiéndose abrir, por ejemplo cuando Maria, unos meses más tarde, tenía que llamar a comer a su gente cuando estaban trabajando en los patatales.

—A lavarse las manos todo el mundo.

El otro cambio fue mayor. Se trataba del nuevo muelle, al que le faltaba un alpendre en condiciones, una casa para los aparejos. El carguero de la Factoría entregó los materiales en agosto y los almacenaron bajo una vela vieja. Maria se acercó, hizo recuento y calculó lo que había costado todo, pero no dijo nada, de ese modo en que siempre evitaba hacer comentarios.

Y Hans hizo como si no oyera.

Hans y Martin se pasaron un mes trabajando, fabricaron las vigas del tejado en el suelo y las fueron levantando una a una con polispastos. A principios de septiembre, empezaron a revestir las paredes con tablas. Discutieron con qué pared empezar y al final se decidieron por la pared larga del suroeste, que era de donde venían los vientos más fuertes, así estarían resguardados mientras revestían el resto de la casa. Martin se anotó que había participado en la toma de esa decisión.

La mañana en que iban a ponerse con el primer hastial, se levantó viento. Hans miró el cielo y concluyó que no había nada que hacer.

Se fueron a casa y, por la nueva ventana de la cocina, vieron cómo la tormenta hacía astillas la construcción, como una casita de cerillas, y se llevaba los materiales al fiordo, en dirección norte. El vendaval fue amainando a lo largo de la noche. A la mañana siguiente salieron con la barca y recorrieron el fiordo en busca de los materiales. Buscaron por los islotes y los peñascos, y hablaron con Thomas de Stangholmen, que había visto lo ocurrido por su catalejo y ya había recogido los materiales que habían llegado a su isla. Lo recuperaron casi todo.

Al día siguiente empezaron a colocar una nueva solera sobre los cimientos, pero esta vez la empernarón mejor. A principios de octubre, habían levantado de nuevo la estructura. Una semana más tarde, habían revestido la pared del suroeste por segunda vez. Le pusieron más riostras de las necesarias, y la aseguraron con cuerdas. Lo mismo hicieron con las otras paredes. A finales de mes, cayeron las primeras nieves. Para entonces tenían

revestidas las cuatro paredes y estaban empezando a techar.

Pero una tarde el cielo se puso extraño, y el que el cielo no solo se oscurezca, sino que también se ponga extraño, bajo y difícil de interpretar constituye una señal en sí misma, un aviso de lo peor. Invirtieron la siguiente hora en asegurar la construcción con todas las cuerdas y cabos que encontraron. Con la caída de la noche, se oyó el primer trueno sobre la isla.

Habían conseguido guarecerse dentro de la casa.

Y esta vez se ahorraron presenciar la catástrofe porque ocurrió en la profundidad de la noche. Aunque sí oyeron el estruendo. Esta tempestad fue además más violenta, de modo que pasaron casi dos días antes de que pudieran salir con la barca a buscar los materiales. Esta vez recuperaron muchos menos. Hans calculó que, tras tres días de búsqueda, habían recuperado alrededor del sesenta por ciento de la casa, y gran parte de las maderas había sufrido tanto que ya solo podía usarse para leña.

Al día siguiente empernaron una nueva solera, pero esta vez giraron el edificio noventa grados de modo que los hastiales quedaban hacia el norte y el sur, y la pared larga hacia el oeste, frente al muelle. La orientación les parecía un poco ridícula, pero no estaba en sus manos decidir. Cuando llegó la helada a principios de diciembre, habían levantado la estructura por tercera vez, incluida la armadura del tejado, aunque esta vez la pusieron medio metro por debajo de lo planeado. Pero con eso se les acabaron los materiales. Usaron los últimos para riostras y reforzaron la estructura hasta que al final parecía un enorme regalo de Navidad blanco, luego se metieron definitivamente en casa; ahora la decisión estaba en manos del invierno: si el armatoste sobrevivía, lo revestirían en primavera.

Pero el día siguiente amaneció igual de apacible.

Desayunaron en la cocina, observando la clara penumbra de la mañana y la nueva criatura sobre el peñón, que ya no parecía un regalo de Navidad, sino un bloque de hielo. Por todas partes el mar estaba negro y tranquilo como un pegamento bajo un cielo sin estrellas.

Hans se levantó, se metió en la despensa, donde colgaba el almanaque, y descubrió que era Santa Barbro, el 4 de diciembre. Tuvo que sonreír, volvió a la cocina, abrió la ventana y miró hacia fuera, la calma era casi nueva: estable y total, como un sosiego que canturrea haciéndote creer que puede durar. Después de cruzar unas palabras con el padre, se vistió y bajó a la caseta del embarcadero, echó la barca al mar, puso la gabarra mayor a remolque y remó hasta la Factoría. Allí cargó la gabarra con todos los materiales que le

cupieron, luego compró doce kilos de clavos, una lata de café y veinte kilos de harina, remó de vuelta y esa misma tarde empezaron a revestir la pared del suroeste. Poco después de la media noche la tenían terminada.

Durmieron unas pocas horas y a la mañana siguiente recibieron el carguero que les traía más materiales. A lo largo de la mañana y de la tarde, revistieron la siguiente pared y comieron a pie de obra, con lo que les llevaron Maria y Barbro. Por la noche siguieron trabajando y, al cabo de otras veinticuatro horas, tenían todas las paredes revestidas. Habían instalado la vieja ventana de la cocina en la pared del norte, dos portones abrían hacia el muelle y la otra pared larga disponía de una puertecita que daba a la vieja caseta de Lofoten. Las dos casas daban la impresión de abrir la boca la una contra la otra. Podían empezar con la tablazón del tejado.

Tardaron dos días.

Maria y Barbro les llevaban la comida a la obra y, por lo demás, estaban en el suelo pasándoles los materiales. Sobre la cumbrera colocaron dos tablas anchas. Luego otras dos. A continuación clavaron los listones y surgió la cuestión del tipo de cubierta que iban a poner. Hans decidió que sería de pizarra, había visto muchas casas así tanto en Lofoten como en el interior, la compraría en invierno y la traería a casa con el palangrero del tío Erling.

A Martin no le gustó la idea de la pizarra, se la llevaba el viento como las hojas de un libro sin cubiertas y acababa perdiéndose en el mar. Pero el hijo no quiso escucharlo. Estaba taladrando dos agujeros en la roca para tender dos cables hasta los dos aleros del tejado, con tensores, parecían las jarcias de un velero. Fue la única construcción de la isla a la que le pusieron estayes. Aún no sabían si era un progreso o una derrota, eso lo determinaría el invierno.

Pero el tiempo se mantuvo tranquilo hasta pasada la Navidad, también el día que llegó el tío Erling y todos presenciaron como Hans subía a bordo las artes y el equipo. Pero esta vez Martin lo ayudó con las cestas de los palangres. Y Barbro tenía al niño en brazos, el pequeño Lars pataleaba y se reía. Ingrid se dio cuenta de que ya no le apenaba despedirse del padre, como mucho sentía cierta nostalgia. Se despidieron con un apretón de manos, volvieron a casa y se enfrentaron a la soledad.

Ingrid empieza el colegio. Es la madre quien la lleva el primer día, a remo, hasta la isla de Havstein. Por el camino se ríen mucho. Maria tiene cosas que contarle de cuando ella iba al colegio, da la impresión de echarlo de menos. Ingrid le pregunta si ella también ha sido niña. Maria se ríe, dice que sí y de pronto parece la mezcla de un secreto y una pregunta. Luego dice muy seria que ella no tenía un padre tan bueno como Ingrid. La niña pregunta si su padre era malo. Cuando Maria responde que no, a Ingrid no se le ocurre nada más que preguntar y a la madre nada más que contar.

Atraviesan una bandada de frailecillos y la madre sugiere que cuente los colores que tienen en los picos. Ingrid dice que le aburre, que ya lo ha hecho muchas veces. También la niña rema un poco, porque el colegio queda lejos. Después se pasa al banco delantero y siente la espalda de la madre contra la suya en el momento en que Havstein emerge del mar y puede distinguir un ala de tierra llena de casas. Una de ellas es blanca. Es la vivienda de la mayor granja de Havstein, donde se ubica la escuela itinerante, un maestro y quince alumnos, ocho de ellos nuevos. Proviene de diversas islas, unas mayores que otras, pero todas pequeñas.

Se alojarán dos semanas en el desván de la granja, después volverán dos semanas a casa, mientras el maestro Olai Christoffer Christoffersen atiende la escuela de otra isla. Después de enseñar a los nuevos alumnos a levantar la mano y a pedir permiso antes de decir algo, plantea su primera pregunta: ¿saben nadar?

Perplejos, los nuevos cruzan miradas, mientras que los más experimentados empiezan a mirar bajo las tapas de sus pupitres. Ingrid levanta la mano y cuenta que su madre sabe nadar.

—Pues vosotros también vais a aprender, y ahora mismo —dice el maestro Olai con su peculiar dialecto.

Luego les explica que, para un isleño, es igual de importante saber nadar que saber navegar, remar o rezar. A continuación manda a los nuevos salir y los distribuye en dos filas.

Los niños obedecen y enfilan hacia una ensenada con una playa de arena tan blanca como las que tiene Ingrid en Barrøy. Pero esta traza prácticamente un círculo entero y tiene muy poca profundidad, de modo que se seca cuando baja la marea y el sol puede calentar la arena, que a su vez calienta el agua cuando la marea vuelve a subir. Por la orilla del este corre una peña recta que parece una calle labrada en la roca. Allí se sitúa el maestro Olai con una larga vara de bambú, aún más larga que el bichero que usa el padre de Ingrid para enganchar peces sueltos y subirlos a bordo, y a continuación ordena a los niños que se metan en el agua, en ropa interior.

Está fría, pero aun así cálida para ser el mar. Se agarran por turnos a la punta de la vara mientras el maestro Olai se pasea por la peña diciendo cosas que no entienden, los conduce adelante y atrás, parecen peces blancos coleando en el agua. Chapotean con los pies y el maestro los corrige hasta que lo hacen bien. Luego se quedan parados con agua hasta el cuello y aprenden a hacer los movimientos de los brazos, por último les ordena sumergir la cabeza bajo el agua, una y otra vez, y el que no la mete recibe un golpe de la vara de bambú; así aprenden a contener la respiración, que es un arte en sí mismo.

Al final tienen que zambullirse y mover los brazos y las piernas como les han enseñado, ahora que ya saben contener la respiración, es indiferente si tienen la cabeza por encima o por debajo del agua. El maestro Olai mira el reloj, mira el sol y la línea de pleamar, y no los deja salir del agua hasta que tienen los labios amoratados y han empezado a castañetear con los dientes.

—Un buen comienzo —dice.

Enfilan hacia la granja con la ropa interior empapada, entran por detrás para que no los vea nadie y suben al desván. Los chicos duermen en el desván del norte y las chicas en el del sur. En los cuartos encuentran unas hileras de cuerdas extendidas de pared a pared, allí han de tender la ropa interior mojada, y luego se ponen la otra muda que les han indicado que se traigan de casa.

Al cabo de tres días todos saben nadar y se organiza un concurso, que tiene lugar bajo una intensa lluvia. Han de cruzar la bahía de lado a lado, ida y vuelta, y ganará el primero que toque la vara de bambú, que ahora flota como una culebra amarilla amarrada con dos cuerdas a los pies del maestro Olai, que desde la peña es testigo de la victoria de Nelly Elise, la hija de la matrona. Como es absurdo que gane una chica, el maestro Olai llega a la conclusión de que seguramente ya sabía nadar, y como Nelly es tartamuda,

no protesta. Tampoco en el aula dice una sola palabra, por mucho que la reprenda el maestro Olai, de hecho el hombre insiste e insiste hasta que por fin se da por vencido. Nelly es fuerte.

Ingrid no. Ingrid se alegra de estar con los demás y no tiene miedo alguno, pero está agitada y se ríe todo el rato. Se lo prohíben. En el aula está prohibido reírse por tres motivos que el maestro Olai enumera con sus largos dedos finos: porque molesta, porque es contagioso y porque haces el ridículo.

También está prohibido reírse durante las comidas.

Ingrid no entiende nada. Que te prohíban reírte cuando quieras es como que te prohíban tener una pierna.

Pero la vida es un infierno, eso desde luego le ha quedado claro, así que deja de reírse y, en su lugar, empieza a llorar. Cada noche. Ingrid comparte cama con Nelly, que sigue sin decir palabra, y echa tanto de menos Barrøy que siente llamaradas en el pecho. El punto rojo ante la vista ha reaparecido. Se levanta, sale y corre semidesnuda bajo la lluvia, alrededor de la casa, hasta el muelle y de vuelta, llega incluso a la playa en la que han aprendido a nadar, pero no se encuentra a un alma. Al final regresa, porque también Havstein es una isla, aunque se sepa nadar y remar. Sube al desván, se quita la ropa mojada, la tiende en la cuerda y se pone otra seca, luego vuelve a meterse en la cama y continúa llorando hasta que Nelly abre la boca y le dice que se calle. También dice:

—Ti-ti-ti-enes el pe-pe-pe-lo boni-ni-ni-to.

Y le pregunta si puede cepillárselo y trenzárselo. Ingrid responde que sí, de hecho no solo deja que la peine esa noche, sino también las siguientes. Hay que hacerlo. Y cuando Maria la recoge a la semana siguiente, dice lo mismo:

—Qué bonito tienes el pelo.

Como si no lo hubiera descubierto hasta ahora. De camino a casa dice también:

—Qué seria estás.

Ingrid no cuenta gran cosa sobre sus primeras semanas en el infierno, no cuenta que ha llorado ni que ha vomitado ni que ha sentido un incendio en el estómago, tampoco dice que se ha desmayado dos veces. En cambio cuenta que ha aprendido a nadar, que tienen cerraduras en las puertas y que hay habitaciones en las que no se puede entrar, que ha aprendido muchas letras y números y que se ha visto a sí misma en un gran espejo que cuelga en el salón de la casa, una día que se dejaron la puerta abierta.

Maria la mira largamente, como buscando algo.

Es Nelly quien ha enseñado a Ingrid a callar, porque lo curioso del contagio es que afecta tanto a lo bueno como a lo malo. Ahora tiene quince días libres. En esas dos semanas, el padre y el abuelo levantan el primer alpendre en el muelle nuevo. Día tras día dejan a Ingrid participar y la niña les pasa los clavos y el nivel que su padre se trajo de Lofoten, ese instrumento que asegura que lo que ha de estar horizontal está horizontal, y que lo que ha de estar vertical está vertical.

Martin dice que hay una razón por la que el escollo de Hestskjæret se llama así, escollo del Caballo, y por la que Oksholmen, el islote del Toro, está rodeado de aguas turbulentas. Estos nombres de animales son advertencias, señales que encubren los verdaderos nombres de estos escollos y su naturaleza más profunda, son signos del diablo que hay que interpretar. También tienen un escollo del Cabrón, Bukkeskjæret, y un islote del Carnero, Værholmen. Por la misma razón. Son animales de pezuña. Con cuatro patas. Eso de embarcar a un caballo, por ejemplo, atenta contra todos los instintos y solo se hace en casos de extrema necesidad, para su transporte. Basta recordar el infierno que supone traer al toro para el apareamiento, o cuando hay que llevarse las vacas, nunca supone un esfuerzo normal. Sencillamente hay algo que no encaja en la operación en su conjunto, y eso se siente en el cuerpo.

El hijo está harto de esta cháchara, en su opinión no son más que chorradas y supersticiones de viejo, muy diferentes a la fe, que se funda en Dios, que es quien rige el destino, el tiempo y las capturas, eso lo puede constatar cualquiera. La superstición, en cambio, se basa en la imbecilidad.

Pero también Hans está más meditabundo desde que su hija ha empezado el colegio, el silencio de la niña y la extraña seriedad que adquirido su mirada hacen resurgir la antigua inquietud. Y en una pausa del trabajo, sentado sobre una pila de tablones, los ojos de Hans recaen sobre el caballo que pasta en el Jardín de Rosas. Entonces, como si hubiera llegado la hora, pregunta al padre si realmente necesitan a esa criatura, al caballo.

Se pasa ocho meses del año metido en el establo y consume el mismo pienso que una vaca y media, es verdad que tira de la segadora, del arado y del heno, pero por lo general la turba la llevan ellos mismos, así que, en el fondo, el caballo no es más que un hábito, una mala costumbre, un grillete en el pie.

Y además está viejo, viejísimo.

Martin se da cuenta de que el hijo le está reconociendo algo, puesto que el viejo, en su día, se mostró escéptico ante aquella inversión, por eso dice que

la compra del caballo fue una decisión sabia en su momento, aunque hubiera que traerlo en barco, cómo iban a traerlo si no... Y deja el resto del razonamiento en el aire para que el propio Hans saque la conclusión.

El hijo se mete en la caseta de Lofoten, agarra la escopeta y conduce al caballo al humedal que se extiende hacia el oeste —no se mata al caballo a la vista de las mujeres—. Le pega un tiro y lo entierran en el sitio, como a un morueco. Les lleva el resto de ese día y buena parte del siguiente, pero no dejan que les afecte, maldicen al animal, se enjugan el sudor y, al acabar, regresan a la obra y siguen construyendo. Ya han empezado a revestir la pared del sur y están deseando acabarla para estar a resguardo del viento durante el resto del trabajo.

Pero Hans Barrøy sigue notando una inquietud al mirar a la hija o cuando recorre la isla con la vista y registra que las cosas no están como antes. En todo momento, siempre que está despierto, sabe dónde están los animales, cada uno de ellos, porque en Barrøy hay águilas y escarpadas caídas del terreno, pero ahora se sorprende constantemente enderezando la espalda a la busca del caballo ausente, hasta que se acuerda de que está muerto y sigue trabajando.

Se repite.

Cavila sobre la fuerza de la costumbre y se está preguntando si se arrepiente del asesinato en el momento en que el cielo se llena de movimientos; se trata de la primera tormenta, la que en breve arrasará la nueva construcción.

No cabe otra que volver a empezar.

Cuando la tormenta se lleva también la segunda, Hans Barrøy comienza a leer la Biblia. La lleva consigo cuando va a hacer la temporada en Lofoten y la ojea en los días festivos y cuando el mal tiempo les impide faenar. En abril dirigen el palangrero de vuelta hacia el sur. Llevan la bandera izada para indicar a quienes los esperan que una vez más regresan todos con vida y Hans interpreta como una buena señal que la nueva edificación siga en pie sobre el peñón, tan entera como la abandonó cuatro meses antes, en plena oscuridad del invierno, solo que de color algo más grisáceo. En la bodega trae las piezas de pizarra con la que pronto cubrirá el tejado.

No saca ninguna conclusión desmedida del hecho de que la temeraria construcción haya sobrevivido, pero le invade un colosal alivio, y además su hija lo está esperando en el muelle de la mano de un niño pequeño, Ingrid señala la bandera del asta y le susurra algo al oído al niño. El padre descubre

la sonrisa originaria de la hija, esa sonrisa que lo desarma por completo aunque Ingrid no sea varón. Este año además trae regalos de Lofoten, a diferencia del año pasado, cuando se trajo herramientas y materiales para una ventana; este invierno tiene otros planes en la cabeza.

También Martin recibe un regalo, una navaja de afeitar con mango de marfil. A las mujeres les trae azúcar y tela para vestidos, y a Ingrid una cajita de música y un libro titulado *El burro y el samaritano*. A Lars no le ha traído nada.

A Ingrid le regala también un espejo. Es la tercera vez que la niña ve su reflejo. La primera fue el año pasado, en el colegio de Havstein. La segunda cuando su madre le dejó jugar con uno que guarda en su arcón y que normalmente no saca, Ingrid había vuelto del colegio con puntos rojos en la visión y no quería comer.

Ahora podrá mirarse al espejo todo lo que quiera.

También se lo enseña a Lars, aunque el niño no se entera de nada. Ingrid refleja al gato y al abuelo, y el padre le enseña que cuando escribes delante de un espejo, la mano derecha se convierte en la izquierda y las letras se vuelven ilegibles, la persona entera se invierte, como si se pudiera ser otro al mismo tiempo que se es uno.

Luego Ingrid sube a su cuarto y guarda el espejo en su arcón.

Todas las mujeres tienen un arcón, lo tienen desde antes de tener silla. En la tapa del arcón de Ingrid aparece un nombre, Petrine, y un año. Petrine era la abuela materna de Hans. Pero es Maria quien se encarga de que el contenido sea el correcto. Cuando no lo es, a veces saca algo.

Eso no te hace falta, dice por ejemplo de un pañuelo, de una taza o de un mantel, y en su lugar le da algo que saca de su propio arcón. También ese lo heredará Ingrid alguna vez. Así que la cuestión es si hay necesidad de cambiar los objetos de uno a otro. Pero la hay. Se trata del tiempo y de la edad, de dos familias que se van a fundir en una. Y el arcón de Ingrid está bastante equilibrado, sobre eso la niña y Maria están casi de acuerdo.

Cuando Maria y Hans recorren la isla y él vuelve a verlo todo, no menciona que ese invierno ha pensado mucho en el caballo, pero sí suelta que quizá haya vuelto algo más piadoso. También dice que se alegra de estar en casa, incluso tienen una palabra para esas cosas: casero. No es un síndrome necesariamente positivo para un hombre, así que Maria responde que

probablemente no se haya vuelto más piadoso ni más casero, que simplemente está mayor y que le han salido algunas canas en las sienes.

Hans siente un sorprendente alivio, que no tiene nada que ver con la cuestión, y se fija en que también a Maria le han salido algunas canas. Pero cuando suben la última cuesta de regreso hacia las casas, se coge de nuevo percibiendo una ausencia, la de un animal, un caballo.

Se detiene y pregunta cuántos corderos han nacido esa primavera y escucha a su mujer hacer el recuento y señalarlos uno a uno. Hans se mete entre ellos y los vuelve a contar, oye los nombres que les han puesto y sabe que, a partir de ahora, nada será como antes. Ha pasado un año, que no retornará, y si le preguntara a Maria cómo está en realidad Ingrid, ella respondería como hace siempre, como si Hans siguiera sin poder confiar en lo que ven sus ojos.

Lars no tenía más de siete meses cuando se agarró a las redes de Barbro, se levantó y se columpió un poco antes de caer de espaldas y golpearse la cabeza contra el suelo. Repitió la operación. Una semana más tarde era capaz de mantenerse en pie agarrado a una red de bacalao y mirar a su alrededor por la cocina. A Lars le encantaba estar de pie.

Ingrid le apelmazaba nieve alrededor de la parte baja del cuerpo para que también pudiera mantenerse en pie al aire libre, agitando los brazos. Tenía el pelo rubio como la mantequilla, los ojos castaños y los mofletes colorados y rechonchos. Con solo ocho meses ya era capaz de levantarse solo en medio de la cocina, daba unos pasos, se caía y se volvía a levantar, incluso podían mandarlo a buscar algo a la despensa, porque, aunque no hablara gran cosa, entendía lo que le decían y distinguía entre una taza, una cuchara y un cucharón.

Cuando la nieve se retiró de los campos, era capaz de ir de la casa al establo y hasta la torre de turba más alejada. En marzo volvió la helada. Llovió, bajaron las temperaturas y una capa de hielo se extendió sobre la isla, tenían que andar con crampones. Ingrid arrastraba al niño en trineo por los prados más llanos y enganchó unos anzuelos en unos tarugos viejos para que él también tuviera crampones, fue como enseñarle a andar de nuevo.

A principios de abril, Lars desapareció por primera una vez, al poco volvió a desaparecer, y en ambas ocasiones lo encontraron en la playa de Kvitsanda, escarbando en la arena con un palo. Durante la encarcerada tuvieron que atarlo en el patio. Pero la quincena que Ingrid no estaba en el colegio, esta lo cuidaba desde que el niño se levantaba hasta que se acostaba. Cuando se marchaba, Lars se pasaba el día con el abuelo, en la caseta del embarcadero, jugando con las boyas de cristal y los sedales, o metido en una cesta de palangre mordisqueando pan duro. El día antes de que Hans regresara de Lofoten, Martin le metió la manita en una lata de brea y dejó sus huellas en la pared de la caseta, dos manitas derechas que parecían cabezas de liebre y que no desaparecerían nunca.

Aunque la brea tampoco desaparecía de la mano, así que el día de Pentecostés, cuando iban a escuchar misa al pueblo, Barbro se la restregó tanto que se la dejó roja como la sangre y hubo que escondérsela dentro de una manopla. Pero Lars fue por su propio pie desde el muelle hasta la iglesia y después acordaron con el reverendo que lo bautizarían el primer domingo de agosto, a pesar de que reconocieron que no tenía padre.

—Todos tenemos padre —dijo Johannes Malmberget—. Somos hijos de la naturaleza.

Palabras que en realidad no son más que mentiras que pretenden ser un consuelo, porque todos provenimos de dos sitios, y Lars era en primer lugar hijo de un forastero y, en segundo, de Barbro, y por tanto se cernía sobre él una doble sospecha, aunque también algunas expectativas y esperanzas. A lo largo de ese año, a medida que fue creciendo, se mitigaron tanto las sospechas como las esperanzas, que solo resurgían cuando rompía algo o realizaba una hazaña, y en el fondo no hacía ninguna de las dos cosas.

Lars bajó corriendo de la iglesia al muelle y se quedó mirando al abuelo, que se había adelantado y se había sentado sobre uno de los baos de la barca, de espaldas y con la cara oculta entre las manos. El viejo oyó al niño chapotear en el agua, pero no se movió.

Cuando llegaron los demás, se lo encontraron en la misma postura ensimismada y al ver a Lars metido en el mar, con el agua a la cintura, se dieron cuenta de que ocurría algo.

Maria le preguntó qué pasaba.

Martin respondió entre los dedos que era la última vez que iba a la iglesia. Le preguntaron por qué. Martin no contestó, pero cuando le preguntaron si era por la tumba de Kaja, asintió y dijo que ya no aguantaba más el texto de la tumba, que nunca deberían haber escrito eso, el reverendo tenía razón, había que quitarlo.

Maria lo llamó bobo y le pidió que se apartara. Los demás también subieron a bordo y envolvieron a Lars en una manta. De camino a casa, Ingrid preguntó qué le pasaba a la lápida de la abuela, pero no obtuvo respuesta. Volvió a preguntar. Maria le preguntó para qué hurgaba tanto. Ingrid no se dio por vencida. Maria dijo que no sabía, que no llegó a conocer a la suegra y que tendría que preguntarle a su padre. Ingrid preguntó a su padre. Hans sonrió y dijo que el verso era bonito, que la abuela sabía lo que

se hacía. Ingrid asintió con la cabeza y miró a la madre y después al abuelo, el viejo iba sentado en la proa, dándoles la espalda, y mantenía la mirada clavada en sus propias manos.

Cuando llegaron a la rampa del embarcadero, dijo que para qué coño querían ese muelle tan grande al otro lado, con alpendre incluido, si solo tenían dos *færings* y dos gabarras.

Maria sacudió la cabeza.

Hans no dijo nada. Barbro levantó a Lars en el aire y le hizo cosquillas. Martin enfiló hacia las casas y de pronto Ingrid se dio cuenta de que sentía lástima por él. Era un sentimiento completamente nuevo y no tenía la menor idea de de dónde salía. Al día siguiente, el sentimiento había desaparecido. Pero resurgía en momentos que en realidad estaban teñidos de algo muy distinto. Solía reconocerlo como el sentimiento que tuvo al volver de la iglesia, entre los remos y aquellos rostros. Pero nunca se acostumbró a él y jamás lo mencionó.

Ingrid se encuentra en la sala grande de la granja Havstein, con las rodillas juntas bajo el pupitre y un pizarrín en la mano, mirando por la ventana el sol bajo de febrero que no tardará en abandonar el turbio cristal. Ha terminado de escribir. Sabe que no ha puesto ninguna falta de ortografía. Siente el calor de la estufa, sabe que sus manoplas están tendidas con las demás, que sus botas están con las otras, que su abrigo cuelga en el pasillo con los otros. Es una más. Ella procede de una isla y los demás de otras. Están juntos. Ya no se ríe cuando no debe y lleva el pelo trenzado. Observa al maestro Olai hasta que el hombre siente su mirada y levanta la vista.

Pero no dice nada. Están esperando. Los demás niños siguen escribiendo. Luego el maestro le pregunta en un susurro, por encima de tres cabezas agachadas, si ya ha terminado. Ingrid asiente. El maestro también asiente y sigue escribiendo en su cuaderno mientras que Ingrid vuelve a dirigir la mirada hacia la ventana, donde el sol abandona el cristal dejando un triángulo oscuro sobre el suelo lavado con arena, es la vela de un barco que, al surcar la habitación, se lleva el día consigo. Gabriel traerá pronto las lámparas, Gabriel es un alma silenciosa y el más anciano de la casa. Hoy es sábado, Ingrid vuelve a casa.

Pero por primera vez no añora su isla.

Aparta la tapa del pupitre, se levanta sin pedir permiso y deja la pizarra sobre la mesa del maestro Olai. El hombre la mira sorprendido, pero ella da media vuelta, coge la ropa, las botas y la mochilita y abandona la estancia, sin pedir permiso y sin siquiera mirar al maestro.

Sale al pasillo, se abriga y se enfrenta a la helada, ha visto en el gran reloj de la pared que faltan diez minutos para que acabe el colegio. Se dirige hacia el muelle, donde ve al abuelo charlando con dos hombres tan viejos como él, se ríen de alguna cosa. Es la primera vez que no echa de menos su casa. Es la primera vez que no tiene miedo. Ha cumplido nueve años. Y se da cuenta de que el abuelo es otro cuando está con extraños, de que es diferente a cuando está en casa con los suyos. Piensa que ella también lo es.

Se planta delante del viejo con una sonrisa. El abuelo se la devuelve y le pone una gran mano sobre la mejilla. Después la deja caer y continúa charlando con los dos hombres como si nada, así que Ingrid enfila hacia la playa y se sienta a esperar en el bao del medio. Martin no viene, Martin está charlando.

Ingrid se levanta, suelta la amarra, se sienta a los remos y se pone a remar; cuando el abuelo la descubre y empieza a correr por el muelle dando voces, la niña ya está lejos. El abuelo agita los brazos gritando que vuelva a recogerlo. Pero Ingrid no vuelve. Ingrid rema. La calma es total, el mar está como un espejo, los islotes blancos tienen bordes negros, el mar es verde. Ingrid rema con movimientos largos y enérgicos, como la madre, y está ya a medio camino de Barrøy cuando la alcanza un barco desconocido con dos remeros y el abuelo salta a bordo. Ingrid se da cuenta de que el viejo, a quien conoce mejor que a nadie en el mundo, no sabe si regañarla o reír. Al final dice que ahora Ingrid va a remar sola hasta casa, que él, personalmente, piensa sentarse en el bao de popa a fumarse una pipa.

Cuando Barbro creció en Barrøy, las chicas no tenían silla. Comían de pie ante la mesa. De las mujeres de la casa, solo la madre, Kaja, comía sentada, y no empezó a sentarse hasta que tuvo a su primer hijo. Cuando Kaja murió, Barbro quiso su silla. Pero Hans decidió que fuera para Maria, acababan de casarse. Al poco se casó también Erling, el hermano mayor, que entonces se mudó a una isla más grande y más rica. Así fue como Barbro y Maria consiguieron una silla más o menos al mismo tiempo. Ingrid solo tenía tres años cuando el padre le fabricó una a ella y le puso unos reposabrazos sobre los que podían colocar un tablón. Así la niña podía sentarse en el tablón y apoyar los pies sobre el asiento hasta que fue lo bastante grande para que se lo quitaran.

Una época había acabado.

Nada de esto se discutió. Tampoco sería fácil determinar si las mujeres consiguieron sentarse gracias a la reivindicación de Barbro o por alguna idea que Hans se trajera de Lofoten. Sencillamente se llevó a cabo, del mismo modo en que las personas de pronto encuentran un nuevo camino entre la maleza, le cogen el gusto y vuelven a recorrerlo hasta que crean un sendero, palabra que no es más que un sinónimo de costumbre.

Pero Barbro se acordaba de cómo era no tener silla, así que desde que consiguió una, se la llevaba a todas partes: a la caseta del embarcadero, al alpendre y también a los campos, donde se sentaba a mirar los animales, el cielo y los ostreros que deambulaban entre las piedras de la playa. Un mueble al aire libre. Eso era como transformar el cielo en un tejado y el horizonte en las paredes de una casa llamada mundo. Eso no lo había hecho nadie nunca. Y los demás no lograban acostumbrarse.

Más adelante, hubo que hacerle también una silla a Lars. Hans la fabricó en el banco de carpintero del alpendre de los suecos, bajo la estrecha supervisión de Barbro, que le llevaba café y comida. Hans intentó deshacerse de ella.

Y Barbro se limitó a quedarse al otro lado de la puerta, pero allí no podía

quedarse, no paraba de llover, así que Hans la invitó a entrar otra vez, para que pudiera barrer el serrín y recoger las herramientas a medida que él no las iba necesitando.

Acabó siendo la silla más bonita de la isla. Era igual que la de Ingrid, también con unos reposabrazos sobre los que colocar un tablón, pero además le hizo unas tallas en la parte alta del respaldo, parecían las hojas de una flor que ninguno de ellos había visto nunca. También tenía un agujero ovalado en el asiento, a través del cual Lars podía hacer de vientre, en un orinal; de modo que la silla fue también una letrina, hasta que el niño fue lo bastante grande para ir a la que usaban los demás, que estaba adosada al establo.

A veces reciben visitas de las demás islas. A los recién llegados se les sirve café y algo de comer, y luego hablan atropelladamente, unos en boca de otros, porque a los isleños se les acumulan las palabras y en algún momento tienen que soltarlas. Cuando se vacían, retornan a sus casas y acumulan frases nuevas. Pero nunca aparece un extraño por casualidad.

Y entonces, ¿qué es esto?

Comienza con una sombra gris que se destaca contra las relucientes olas por el este, y poco a poco se transforma en una barca. Hans es el primero que la avista, viene sin vela y con un solo hombre a bordo, todavía está lo bastante lejos para que tengan tiempo de averiguarlo todo sobre él antes de que llegue. En primer lugar, navega por aguas desconocidas, de eso no cabe ninguna duda, y no es gran remero, así que debe de ser del interior.

Pero hay algo certero en sus movimientos, parece saber exactamente adónde se dirige, viene hacia Barrøy, lo cual les lleva a preguntarse si le habrán contado algo sobre ellos, puesto que ha decidido venir para acá, o si será un conocido o algún pariente lejano.

Pero ellos no tienen ni conocidos ni parientes en el interior.

Así que quizá quiera venderles algo, nunca ha ocurrido, pero no se puede descartar. ¿O quizá viene a entregarles un mensaje?

Pero de eso suele encargarse Thomas de Stangholmen, o alguno de los remeros de la Factoría. Y en tal caso, ¿de qué se trataría? ¿De una defunción?

Hans repasa la lista de los que podrían haber fallecido de entre los más cercanos y llega a la conclusión de que no les enviarían a un desconocido para contárselo, aunque podría traerles otro tipo de mensaje.

¿Como por ejemplo?

Y entonces reconocen la barca, es la *færing* de Adolf de Malvika, que vive a los pies de la montaña, y Adolf no presta sus barcas, sobre todo a gente que no sabe remar y no tiene ni idea de dónde está. De modo que una ola de incertidumbre precede al que se aproxima y, para colmo, al verlo levantarse sobre la barca vacilante, descubren que tiene un aspecto amenazador, con el

pelo largo y negro, barba y algún tipo de estrabismo.

Su primer impulso es echarlo de nuevo al mar. Pero son corteses y además se les ha despertado la curiosidad, así que se quedan parados mientras lo observan desembarcar y lo oyen hablar rápido y a voces en un dialecto que no conocen. Comprenden que ha huido de algún sitio, de un castigo, según dice, y luego añade que tienen que apiadarse de él.

—Veo que sois personas humildes, que no estáis acostumbrados a tratar con gente como yo. Podría abusar de vosotros, pero prefiero no hacerlo, prefiero recibir vuestra hospitalidad...

A Hans le tranquiliza que parece culto. Y la voz le inspira confianza, quizá porque habría sido peor que el aspecto brutal viniera acompañado solo de silencio. De modo que hace un gesto tranquilizador al resto de la familia, aunque al forastero le dice:

—Aquí no te puedes quedar.

Y entonces cambia todo.

—Ya te he dicho que me quedo —dice el hombre parodiando su dialecto, luego resopla, se echa un saco al hombro y abandona la barca sin amarrarla, alejándose en dirección a las casas, y los deja como atónitos testigos de la invasión de su propio reino.

Martin se mete en el agua y consigue recuperar la amarra. Suben la barca a tierra y se miran los unos a los otros, giran la barca para que los colores del costado se vean desde el mar, la *færing* de Adolf en tierra seca donde no le corresponde, es una señal, un grito de auxilio que ni ellos mismos se creen.

Se encaminan hacia la casa siguiendo las huellas de un presidiario, todas las miradas se dirigen hacia Hans, él lo nota, y, en el momento en que ven al forastero entrar en la casa como si viviera en ella, sabe lo que tiene que hacer: tiene que matarlo.

Se forma una especie de reunión ante la puerta, que el en el fondo no es más que una vacilación, hasta que Hans entra el primero, luego Maria con Ingrid y por último Barbro con Lars en brazos, a pesar de que el niño ya tiene cuatro años y patalea queriendo bajar.

Martin se queda fuera, apostado ante la ventana de la cocina, y ve a la familia a lo largo de las paredes del interior, como mendigos en su propia cocina, mientras que el intruso ha tomado la silla de Hans y los estudia uno por uno, como valorando qué tipo de instrucciones ha de dar a sus criados.

—¿Quién eres? —le pregunta a Ingrid, y no tienen claro si se está mofando de ellos.

Ingrid suelta la mano de su madre, da un paso al frente y dice su nombre. El forastero asiente, pero parece que no se le ocurre nada interesante que ordenarle, así que traslada la mirada a Barbro y repite la pregunta. Barbro no contesta.

—¿No tenéis comida?

Comprenden las palabras, pero se quedan parados como si no supieran dónde tienen las cosas, la puerta de la despensa, la estufa, la chimenea, la cafetera, los botes de sal y de azúcar, los cubos junto al fregadero que Hans se trajo de Lofoten en primavera, es como si fuera la primera vez que los vieran, y el intruso no solo da la impresión de vivir allí, sino que además parece estar a gusto en su propiedad. Cuando repite la palabra comida, la familia se sobresalta y solo Ingrid es capaz de preguntarle qué quiere.

El hombre responde a voces, como si estuvieran sordos, dice que seguro que tienen pan, mantequilla, carne..., que ha visto que tienen ganado, novillos...

Maria abre la puerta de la despensa. El forastero le da un grito y ella se detiene y mira por encima del hombro. Y eso ya es demasiado para Hans, así que abandona a sus tres mujeres y a su único sobrino y sale ignorando los gritos del nuevo propietario, aunque sus palabras resuenan en sus oídos:

—¿Adónde crees que vas?

Hans baja al patatal, donde interrumpieron el trabajo cuando avistaron la barca, y se sienta de espaldas a la casa.

Ingrid lo ve desde la ventana. El abuelo lo sigue y se sienta a su lado. Hablan. Está empezando a llover. Barbro se sienta en la mecedera con el niño demasiado grande en brazos, empieza a mirar al forastero, que le devuelve la mirada y le hace burla, Barbro sigue meciéndose y da un pellizco a Lars para que se esté quieto, y el forastero parece que va a explotar cuando Maria le pone la comida en la mesa. Entonces Ingrid tampoco aguanta más.

Se mira las manos negras de tierra, pero se siente incapaz de salir sin pedir permiso. Y no se lo pide a la madre, sino al forastero, que está comiendo pan, pescado frío y mantequilla, le pide permiso para salir.

El hombre responde que haga lo que quiera.

Ella le hace una reverencia, sale y baja al patatal, donde se para delante del padre, que está de rodillas entre los surcos, arrojando las patatas furiosamente en una caja, cosa que nunca hace. Hans Barrøy no es un hombre arrodillado, son las mujeres las que sacan las patatas, mientras que él lleva las cajas a casa. Ahora da la impresión de estar rezando. Ingrid se queda parada

hasta que el padre le pregunta qué está mirando.

Hans repite la pregunta.

A su espalda, Ingrid ve al abuelo, que está sentado con las manos contra las rodillas. Martin sacude la cabeza. Hans se levanta y alza una mano como para darle un guantazo. Ingrid no tiene miedo. Hans baja la mano y mira de reojo a su padre, que se acerca y se sitúa a su lado.

Se dicen algo. Ingrid parpadea.

Salen hombro con hombro del Jardín del Edén, se dirigen hacia el muelle y se meten en la caseta de Lofoten, Hans sale con la escopeta de arpones que usan para cazar marsopas, el abuelo lleva el mango del mazo, enfilan hacia la casa y entran.

Ingrid quiere detenerlos, pero no consigue pronunciar palabra, corre detrás de ellos, se sitúa delante de la ventana de la cocina y mira por el cristal mojado por la lluvia, aunque no ve nada. Se está acercando a la entrada en el momento en que la puerta vuelve a abrirse y ve al forastero salir de espaldas, de pronto parece más pequeño.

Detrás de él sale primero el padre, con la escopeta al hombro y, en la mano, el saco, que arroja contra él. Después sale Barbro con Lars en brazos, y a continuación el abuelo, que tropieza con el escalón y, al caer hacia delante, golpea al forastero en la cara con el mango del mazo y lo hace caer también a él.

Ingrid ve al padre apoyar la escopeta contra el hombro y guiñar un ojo. Maria le pone una mano sobre el brazo. El abuelo se incorpora. El forastero tiene sangre en la cara, maldice y de pronto descubren algo en su ropa, algo que no habían visto hasta ahora, que el hombre va bien vestido, lleva un traje caro, un chaleco de botones relucientes, los pantalones planchados y una cadena de oro que cuelga de un bolsillo, un hombre rico que recula hacia el sur, a través de los campos, seguido por la comitiva al completo.

Al llegar a la barca se detienen, se miran.

El forastero se pasa una mano por la cara y se encoge de hombros. Lo ven afanarse para sacar la barca mientras Hans continúa apuntándolo con la escopeta. Lo ven subir a bordo, sentarse a los remos y empezar a remar con la misma torpeza que lo trajo hasta aquí, primero en dirección a Malvika y las montañas, de donde venía, luego hacia el norte y hacia el este, en dirección a la Factoría. Desaparece en un gris aguacero, por un momento lo avistan de nuevo y al fin se desvanece definitivamente bajo la lluvia.

Están empapados. No saben nada sobre él, ni cómo se llama ni de dónde

viene ni adónde va. Solo saben que ha estado en Barrøy. Ingrid mira a su padre, pero él no le devuelve la mirada, sino que se encamina de vuelta a la granja, con Maria del brazo y la escopeta al hombro, Martin los sigue blandiendo el mango del mazo y Barbro suelta por fin a Lars para que pueda corretear como siempre.

A la mañana siguiente, Ingrid se despierta porque llegan barcos de todas partes, de nada sirve darles la espalda, de nada sirve mirar para otro lado, cerrar los ojos, olvidar, correr, sus pies se mueven tan poco como sus párpados.

Va al dormitorio de los padres y despierta a Maria, que está a punto de mandarla de vuelta a su cuarto, pero luego cambia de idea, se levanta y la acompaña a su alcoba. Se acuesta a su lado y la niña pregunta si el hombre va a volver.

—No —dice la madre.

Eso mismo dijo cuando desapareció Barbro.

Y al día siguiente, cuando Ingrid ve a su padre de pie en el patatal, mirando a su alrededor como en busca de un barco, o de un caballo, y lo oye decir que se arrepiente de no haber matado a ese cabrón, que fue una estupidez dejarlo marchar en una barca que no era suya, en la barca de Adolf, Ingrid no entiende por qué no lo hizo. Aun así, el forastero les ha robado lo más importante que tenían, algo que nunca recuperarán. Ingrid piensa que tiene algo que ver con el reparto, con quién abandonó la cocina porque no soportaba seguir allí y con quién se quedó. Ingrid es una niña sentimental.

Hans Barrøy pisa un clavo y se daña un dedo del pie, que se le infecta. Cada día que pasa cojea más y, al final, tiene que ir al hospital de la ciudad, donde se lo amputan. Regresa con bastón, no le han quitado un dedo, sino dos, porque acudió demasiado tarde y Maria decide que ya no puede hacer la temporada en Lofoten.

—Y entonces, ¿de qué vamos a vivir?

—No puedes faenar con bastón, supongo —responde Maria.

El tío Erling se muestra completamente de acuerdo cuando llega con el palangrero a los pocos días de Año Nuevo. Dice que ese invierno Hans tendrá que pasarle las artes a uno de los hombres, quedarse con medio quiñón por el alquiler y dedicarse a la pesca de bajura, con bastón, ja, ja.

Hans accede y les entrega la mitad de sus artes, luego se queda con la familia en el muelle nuevo, contemplando al *Guerrero de Barrøy* zarpar sin él por primera vez en quince años.

Sucede una mañana, es el 3 de enero.

Los que tienen que ir al establo van al establo. Pero Hans se queda parado y mira a su alrededor. La situación es curiosa y no hay nada que mirar. En algún lugar a lo lejos se extiende el horizonte, en algún lugar por aquí cerca está la tierra. Puede oír el mar. Eso es todo. Así que reúne materiales, se instala en el alpendre nuevo y empieza a fabricar mesas de trabajo. Continúa trabajando hasta al día siguiente. Al acabar, tiene terminadas dos mesas. Luego dice a Barbro que va a enseñarle a cebar el palangre.

—Como si yo no supiera cebar —dice Barbro.

—Bueno, ya, pero también vas a reparar —dice Hans—. Y a desenredar.

Pero Barbro no puede desenredar. A ella le gusta cebar los anzuelos con trozos de arenque y disponerlos en círculos perfectos en la cesta, pero cuanto más toca las marañas, más se le lían. Ingrid, en cambio, sí puede, cuando no está en el colegio. Y Maria también, cuando no está en el establo o preparando la comida.

Fue un invierno extraño, un invierno vacío, sin soledad ni gravedad. El mejor invierno de la vida de Ingrid, un auténtico verano. Incluso el tiempo se comportó. Hans y Martin se levantaban tempranísimo, como en la cosecha, largaban cuatro cestas de palangre en las aguas entre Barrøy y Havstein y, cuando el tiempo lo permitía, también a las afueras del archipiélago. Además calaban algunas redes.

Cada vez más redes.

A mediados de enero instalaron el primer secadero. En Barrøy nunca habían tenido más secadero que el que usaban para tender las redes. Ahora levantaron primero uno, y luego otro. A finales de marzo tenían tres, todos en las lomas del oeste. A lo largo de estos meses, secaron doce toneladas de pescado, que no está nada mal para dos hombres con dos mujeres y media a los anzuelos, eso supone casi tres toneladas de pescado seco. Cuando hacía mal tiempo, no salían a faenar, y era Maria quien determinaba qué era mal tiempo. Estaban tan sobrados que podían quedarse en casa tan pronto como se levantaba el menor vendaval.

Pero Hans volvió a arrepentirse de haber matado al caballo, porque había que acarrear los pescados, debidamente emparejados, hasta los secaderos.

Se lo pensó a conciencia. Las cuentas del caballo seguían sin salir, debido a su enorme consumo de pienso. Así que la familia acarreaba el pescado en cajas que Hans les enganchaba a la espalda, y Lars los arrastraba por la nieve, de dos en dos. Era una labor titánica. Pero, joder, ¿no podían poner el secadero justo detrás del alpendre, donde lo limpiaban y lo emparejan? Pues no podían, los secaderos tienen que estar sobre peñas desnudas, no sobre la hierba y los humedales, porque estos desprenden gases y moscas que traen el Armagedón al pescado.

Hans iba también al establo, un hombre en el establo.

Martin estaba escandalizado.

Y con esto, Ingrid empezó a echar de menos su casa cuando estaba en el colegio en Havstein, aprendiendo cálculo, historia bíblica y canto, a pesar de que ahora tenía amigos a los que añoraba cuando estaba en casa. Pero a lo largo de aquel invierno le quedó claro una vez más que su sitio estaba en Barrøy, una isla que ya no tenía estaciones, en la que ya no era necesario que estuviera siempre presente para asegurarse de que no desaparecía.

Pero si aquel invierno fue diferente, el verano no lo fue menos. A principios de mayo, el tío Erling volvió con los palangres hechos jirones y, en Lofoten, la temporada había sido magra. Aun así, el precio que recibieron por

su propio pescado seco en la Factoría también fue bajo; según el tratante Tommesen, dueño de la Factoría, las capturas en las islas habían sido buenas.

—Siempre podéis llevar el carbonero pequeño a Åsværet, a ver qué os dan allí.

Además no era material de primera suerte, Tommesen decidió que había mucho pescado de segunda.

Así que ese verano no se pudo construir nada nuevo en Barrøy. Pero a lo largo de junio, Hans y Martin rascaron la turba de las rocas al sur del peñón y trasladaron allí uno de los secaderos, así no tendrían que acarrear el pescado tan lejos. Los demás empezaron a preguntarse qué significaba eso, ¿tendría Hans planes de pasar otro invierno en casa, de asentarse, de ser como ellos?

¿Era acaso posible?

Hans y Maria deciden que es posible, son personas libres, son fuertes y están juntos.

Pero Hans ya no tiene artes que enviar con su hermano al norte, necesita el resto de los palangres para él. Además les está costando conseguir el cebo, los arenques y el carbonero pequeño, de modo que a medida que avanza enero, largan más redes que palangres, también en las afueras del archipiélago. Pero de pronto el tiempo se pone imposible y se pierden gran parte de las artes de Barbro. Ella empieza a armar redes nuevas como una posesa, pero también se pierden. En febrero, una tempestad les vuelca uno de los secaderos lleno de pescado. Tienen que lavarlo y volver a tenderlo, Hans se despierta cada vez más a menudo por la noche y tiene que bajar a la cocina, observar el tiempo, encender la estufa, deambular echando de menos el café, comprobar los barcos y los secaderos, todo ello llevado por esa inquietud que dejó el forastero, por un extraño arrepentimiento. Si lo hubiera matado, nunca habría podido regresar. Tampoco es que ahora se le vea el pelo, pero aun así no desaparece del todo y Hans se pregunta qué habría pasado si hubiera hecho lo que debía, quitarle la vida, quizá lo habrían asediado otros demonios.

La única manera de apaciguar la cabeza es trabajar hasta la extenuación. Pero ahora el agobio convive con el agotamiento.

Llegó la helada, amainó el viento y las capturas fueron buenas hasta Semana Santa. Luego resultó ser uno de esos años sin primavera, uno de esos años en los que la primavera no llega hasta una tarde a principios de junio, y hasta

entonces no hay más que hielo y turbiones de nieve, y después una lluvia fría y oblicua que resulta más dañina que estimulante para la cosecha, los animales y las personas.

La cosa se puso tan mal que Hans Barrøy llegó a preguntarse si su propia isla se le habría quedado pequeña, si a lo largo de estos dos inviernos habría cosechado una valiosa experiencia o si se habría estrellado contra su propio destino, porque tenía que enfrentarse a la verdad, recapituló, después de un buen invierno con una buena excusa para quedarme en casa, había tenido un mal invierno por pura y simple comodidad. Para colmo iban a tardar por lo menos otro invierno en remontar, porque ya no tenían ni redes ni palangres. Y todo a causa de un dedo del pie. De dos dedos. En cualquier caso, ya no se sentía casero.

Estaban construyendo una línea de ferrocarril en el interior del país, la Línea de Nordland, que fue la salvación de más de un pobre desgraciado. Lo fue también para Hans Barrøy. Era un buen artificiero, tenía mucha vista para los secretos de la roca. Se marchó tan pronto como terminaron de colocar el heno en los secaderos y no regresó hasta mediados de diciembre, con las mejillas hundidas, la espalda erguida y tan falto de sueño como una noche de verano, pero trajo artes nuevas —soga, plomos y anzuelos— y vino con más ganas de volver a Lofoten que nunca.

Se pasó las Navidades en el alpendre nuevo, armando los palangres, ocho cestas. Y se había traído otra novedad: puesto que Martin estaba mayor y Lars todavía era pequeño, había traído un molinete, que montó al fondo de la caseta del embarcadero, para que tuvieran algo que les ayudara a meter y sacar las barcas, solo había que girar la manivela, como una muela.

Maria y Barbro cocinaron y llenaron una vez más el baúl con la comida básica para cuatro meses, prepararon las sábanas, la ropa... En el neceser: gafas, navaja de afeitar, gotas de alcanfor, lapicero, terrones de azúcar... Y el 2 de enero se despidieron una vez más de un padre, un hermano, un marido y un tío, agitaron la mano gritando a oídos sordos, mientras la luz de alcance del tío Erling se mecía en la oscuridad invernal y les hacía pensar en un entierro. A continuación se fueron para casa y se enfrentaron a la soledad y a la gravedad; Barbro, Maria, Ingrid y Lars, una población de cuatro. Porque este día señalado, Martin estaba en cama, ya no era más que medio hombre, avejentado y exhausto tras los dos inviernos más duros de los que se

guardaba memoria. En los próximos meses dormiría a fondo, ojalá su hijo se quedara mucho tiempo en Lofoten, ojalá lo acompañara la suerte.

Martin prácticamente había dejado de trabajar. Antes, en invierno, faenaba por el litoral con palangre vertical y además calaba algunas redes; ahora se conformaba con salir una vez por semana y pescaba a la cacea. Solía llevarse a Lars, que iba emocionado y loco. Martin también iba a coger turba, cuando le daba por ahí, encendía las lámparas de aceite, que no dejaba tocar a nadie, troceaba pescado y explicaba a Barbro cómo hacer esto o aquello, sin que hiciera la menor falta ni sirviera para nada. Por lo demás jugaba con el pequeño Lars, con el sueco, que había pasado a ser su niño.

Gateaban por el suelo, luchaban y Lars, que era robusto y bruto, se levantaba y tiraba al abuelo de los pelos. Cuando Martin consideraba que se había pasado un poco, le pagaba con la misma moneda. O fingía estar herido y clamaba venganza, con lo que el niño salía corriendo entre carcajadas y el abuelo lo perseguía por toda la isla. Hasta que se cansaba. Y cuando dormía, no quería jugar. El gato Karnot seguía por allí, era tan viejo como Martin y había empezado a dormir sobre su vientre. Cuando se echaban la siesta, Lars entraba con un palo y arreaba primero al gato y luego al abuelo.

—Ay, ay, ay, qué viejo estoy —decía Martin.

Luego se levantaba y salía a ver si había algo que pudiera hacer. Por lo general no lo había, así que cortaba algo de leña y enseñaba a Lars cómo se hacía.

Ingrid ya no quiere cortar leña; hace el pan sin levadura, las tortas y el pan normal; sabe ordeñar, desnatar, mazar y cocer dulce de leche, preparar conservas, hilar, hacer punto, remar y nadar. Ingrid sabe hacerlo prácticamente todo. Sabe limpiar plumón, desenredar redes, cebar palangre, limpiar pescado —labor de hombres—, emparejarlo para los secaderos —labor de mujeres, en caso de necesidad—, buscar huevos de gaviota, coger bayas y sacar patatas, que curiosamente es una labor tanto de hombres como de mujeres, aunque en el patatal ocurre como en la turbera, el padre está de pie y las mujeres de rodillas. También Martin está de rodillas, cuando no está

tumbado a la bartola.

No hay niña de doce años en la tierra que sepa más que Ingrid, es hija del mar y no considera las olas revueltas un peligro ni una amenaza, sino un camino y una solución, a casi todo. Un día, cuando el padre ha vuelto a marcharse a las obras del ferrocarril, Ingrid propone a Lars que cojan la *færing* y remen hasta Stangholmen, para ver si Thomas e Inga tienen algo de tabaco para el abuelo, que últimamente se queja mucho de la falta de café y tabaco.

—Tengo dinero —dice Ingrid.

Se lo dio su madre por limpiar y salar el arenque que han vendido en la Factoría, desde entonces lo ha tenido guardado en su arcón.

Sacan la barca al mar, que es pan comido ahora que tienen el nuevo molinete, izan la vela y están ya a medio camino cuando la madre los descubre y corre hacia la costa. Fingen no oírla, el viento los impulsa con fuerza y están ya tan cerca de Stangholmen que pueden ver las casas y los peñascos.

Pero en Stangholmen no tienen puerto natural, solo una playa larga y pedregosa, así que tienen que maniobrar entre algunos escollos y, en el momento en que rodean el último y arrían la vela, descubren a Thomas en tierra, gritando tan furioso como Maria.

—¡Para casa ahora mismo! ¡¿No estáis viendo el tiempo?!

Señala el cielo y sacude la cabeza entre maldiciones.

No hay trato, ni siquiera llegan a arribar, pero Ingrid no quiere volver con las manos vacías y además no ve nada en el tiempo, Lars tampoco.

Vuelven a izar la vela y van culebreando entre los islotes rumbo a la Factoría, solo les falta pasar la dársena cuando el primer golpe de viento arranca las escotas de las manos de Ingrid y están a punto de zozobrar. Lars chilla y casi se cae por la borda. Ingrid vira hasta colocar de nuevo el codaste contra el viento, consigue arriar casi toda la vela y navega en popa redonda hacia una mancha verde del monte entre la Factoría y la iglesia, no es el rumbo de Ingrid, es el rumbo del mar y del vendaval, que están cada vez más revueltos y les entra agua con cada sacudida. Ingrid manda a Lars asomarse por la proa y saltar a tierra con la amarra antes de que topen con la montaña, de lo contrario se van a estrellar.

No se estrellan contra la montaña, varan contra la mancha verde. La barca penetra un mullido edredón de hierba y algas con un húmedo suspiro y queda encallada, el timón da golpes como una puerta en las rachas de viento.

Consiguen saltar a tierra y tratan de arrastrar la barca por la pendiente. Pero no se mueve, Ingrid sabe lo que va a pasar: el mar seguirá encrespándose, la marea continuará subiendo y, al final, la barca quedará inexorablemente hecha astillas, su valiosa barca.

Y eso no puede presenciarlo.

Así que arrastra a Lars peña arriba, en dirección a la Factoría. Están empapados de lluvia y mar y nadie los ve llorar, tampoco cuando entran en la tienda y se plantan ante Margot, la mujer que custodia el mostrador, la robusta Margot que los reconoce y les pregunta qué hacen allí con ese tiempo tan horrible. Cuando se da cuenta de que están solos, pierde la compostura.

—Queremos tabaco para el abuelo —grita Lars.

—¿Qué tipo de tabaco?

—Para el abuelo, para el abuelo...

El niño se desborda, los mocos corren. Ingrid tiene que cortar su propio llanto y calmar al niño, que se desembaraza y sale corriendo. Ingrid corre detrás de él y lo caza en un prado, donde de pronto se ha quedado parado, como si el cuerpo se le hubiera agarrotado, tiritando y castañeteando los dientes.

Consigue llevárselo de vuelta y se sientan sobre la coquera, no tienen nada que decir. Ni que hacer. Ingrid puede echarse a llorar otra vez. Están en tierra, pero quieren volver al mar. Entonces nota que el viento amaina, se asoma por debajo del alerón del tejado y nota que también ha escampado, está clareando por el sur, el cielo está despejado.

Vuelven a entrar en la tienda, compran azúcar de cande y una lata de sirope, pagan y se marchan haciendo caso omiso de los gritos de Margot. Corren de regreso a la barca y se la encuentran meciéndose en el mismo sitio, igual de entera.

Achican, se ayudan de las olas para volver a sacarla al mar y empiezan a remar.

Ingrid no da crédito.

Reman contra el oleaje a cuatro manos, al principio Lars mantiene el compás, luego va enloqueciendo el ritmo a la vez que grita algo, Ingrid se da cuenta de que está contando y aumenta su velocidad hasta que consigue acompañarse. Han pasado el último islote. Lars se marea, tiene que vomitar y pierde un remo, al verlo desaparecer lo despiden con la mano. Ingrid rema. Lars se arrodilla y se acurruca en el agua del fondo adoptando una postura fetal, se tapa las orejas. Ingrid rema, está sofocada y tiene torbellinos rojos en

la visión, rema y aguarda con cada nervio el golpe de viento definitivo, la señal de que no pueden, de que no se puede, porque están demasiado lejos y el mar está demasiado revuelto, el viento arrecia, están rodeados de blanco y la niña sabe que están perdidos en el momento en que una sacudida recorre la barca, una sacudida de fondo.

Pero aquí no hay escollos.

Han chocado contra otra barca.

Al volverse, descubre la gabarra grande. Maria y Barbro a los remos y el abuelo de pie en las violentas rachas del viento, rostros lívidos y tensos, voces mudas, el abuelo que coloca un pie sobre la regala, espera, se hunde, se eleva, espera y salta como un jovenzuelo a la barca, le arranca los remos de las manos y la empuja hacia el hueco entre los baos. Ingrid se acurruca junto a Lars y clava la mirada en el abuelo, lo ve introducir uno de los remos en la siguiente ola, lo usa de palanca y vira la barca para que el mar los azote por la popa, luego se sienta y agacha la cabeza, los remos son como dos alas al viento.

Al despertar, Ingrid estaba muerta. Yacía de espaldas en una cama estrecha de una habitación vacía y veía luz en la ventana, sol. Bueno, sí. Pero el edredón no era de plumón, sino que pesaba como el plomo, y además le dolía la espalda, le temblaban los brazos y tenía los pensamientos adormecidos.

Consiguió girarse hacia la derecha y vio una puerta pintada de blanco. Estaba en un cuarto con suelo, paredes y techo, todo blanco. Había una cama, en la que yacía, una ventana, que miró fijamente, y una puerta que estudió. Se estaba preguntando si podría abrirse, adónde conduciría y si ella sería capaz de abrirla cuando un ruido lejano penetró la blancura, quizá fuera una risa.

Se llamaba Ingrid. Tenía doce años y su pelo seco y peinado, aunque no trenzado, se extendía como una corona alrededor de su cabeza. Contuvo la respiración. Soltó el aire y cerró los ojos. Los abrió. Luz del sol en la ventana. Ni una ráfaga de viento, ni un ruido, las voces lejanas, la risa.

Apartó el pesado edredón y se incorporó en la cama. Podía mover los miembros, así que se levantó, se tambaleó y, por la ventana, vio un prado cuadrangular con la hierba pastada a conciencia, parecía un papel verde sobre un tablero marrón. También vio a algunas personas. Estaban tumbadas o recostadas sobre los codos. Eran hombres, que vivían y charlaban. Un poco más allá había unas mujeres, también ellas charlaban, pero del mismo modo callado, y entre ellos correteaba un niño que llevaba una larga fusta en la mano y con ella trazaba ochos sobre el papel verde. Los mayores se volvieron, lo siguieron con la mirada y le gritaron algo entre risas.

Los dedos de Ingrid eran garras.

Intentó estirarlos. Sabía quiénes eran esas personas, eran la madre, Barbro y el abuelo, el chiquillo era Lars. Además había un hombre al que no conocía. Entonces otra desconocida se incorporó a la imagen. Y los demás se volvieron hacia la mujer y le sonrieron. La desconocida repartió unas pequeñas tazas blancas, les sirvió algo que traía en una cafetera y bebieron mientras seguían charlando. Por fin Ingrid reconoció la isla de Stangholmen, el desconocido era Thomas y la mujer era Inga. Ingrid había estado allí antes,

algunas veces, aunque casi siempre se había limitado a saludarlos con la mano. Al levantar la vista, vislumbró Barrøy en la lejanía.

Estaba en el lado equivocado del mar.

Lo malo: Consiguió estirar las garras y vio que tenía los nudillos rojos y rozados. Se miró las rodillas que asomaban por debajo del borde de la camisola y descubrió un fino reguero de sangre que corría por su rótula y continuaba pantorrilla abajo, otro corría por la parte interior de la otra rodilla. Abrió la boca para chillar, pero no oyó nada. Allá abajo, en el papel verde, todos se pusieron rígidos y levantaron la vista, vio a la madre abrir la boca, cerrarla de nuevo y echar a correr hacia ella.

Lo bueno: Volvieron juntos a casa, remando, Maria e Ingrid en la *færing*, Barbro y Lars en la gabarra, con un remo cada uno. En el bao de popa iba Martin, burlándose de ellos y señalando todo lo que no sabían hacer, ante todo remar. El mar estaba como un espejo y las olas eran largas. Era octubre. Remaron a la carrera. La madre le había explicado lo de la sangre. Ingrid entendió que no debía remar más fuerte que ella. Lars y Barbro llegaron los primeros. El chiquillo estaba exultante. Las vacas mugían en el establo. Las ovejas estaban en el Jardín del Edén, pastando los rastros de las patatas. Un águila alzó el vuelo en el tejado del alpendre nuevo. De uno de los secaderos salió otra volando. Pero la sangre estaba limpia. Y cuando Ingrid se volvió, vio a Thomas y a Inga como dos pequeñas fichas en el cabo más al sur de Stangholmen.

—Ahora tienes que hacerles señales —dijo la madre virando la barca—. Para que sepan que estamos en casa.

Ingrid subió al peñasco y agitó los brazos pensando en todo lo que tenía que olvidar, en el hombre que vino y les robó algo que no sabían que tenían. Y desde la lejanía le devolvieron el saludo, ondeando un pañuelo verde, lo llamaban el pañuelo de señales. También tenían uno rojo, que usaban cuando necesitaban ayuda. A su espalda, Maria le pidió que la acompañara al establo mientras Barbro preparaba la comida. Y luego preguntó:

—¿Qué es esto?

Una bola marrón sobre la quilla de la barca. El azúcar de cande. Pero la lata de sirope estaba igual de entera. Ingrid la sopesó con ambas manos y sintió su gravedad, lo importante que era que estuviera intacta, luego se la llevó para arriba.

Nelly está de visita. Es Semana Santa, Viernes Santo, hay marea viva y el mar está más bajo que nunca, de modo que, por un breve lapso de tiempo, la isla es mayor y pueden rodear todo el reino caminando por arena blanca, salvo bajo el peñón y el muelle nuevo, donde siempre hay profundidad suficiente para que Lars pueda zambullirse, los demás no se zambullen. Aunque Ingrid nadó una vez alrededor de toda la isla, con marea alta, cuando Barrøy estaba en su tamaño mínimo, fue en medio del verano más caluroso de todos.

Ahora hace la ronda con Nelly, que está aquí porque su madre ha ido a visitar a unos parientes. Del padre no dice nada, tampoco de los hermanos.

Nelly plantea preguntas que nunca se han formulado en Barrøy: ¿Por qué no tenéis cerraduras en las puertas? ¿Quién es el padre de Lars? ¿Por qué no tienes hermanos? ¿Qué dice tu abuelo?

Ingrid distingue las preguntas que no debe transmitir a su madre. Pero se queda rumiando la más importante, se la replantea una y otra vez, la cuestión de por qué no tiene hermanos, al fin y al cabo, en las demás islas tienen hasta nueve o trece. Nelly tiene seis hermanos y en Stangholmen se criaron cinco chicas y tres chicos, los hijos de Thomas e Inga, que se fueron marchando uno tras otro al acabar el colegio y ahora solo vuelven en verano para echar una mano con la cosecha, por lo demás están solos, llevan solos desde que Ingrid tiene memoria.

Pero tienen dos pañuelos con los que ondear, uno es verde y el otro rojo.

Nelly tiene también unas cuantas pegatas que ponerle a Barrøy. Para empezar están solos en la isla, en la suya; en cambio, en Lauøy, viven cuatro familias completas. Además no tienen perro. Y las casas no están pintadas. La casa de Nelly tampoco lo está, pero en su isla hay una casa roja que pertenece a otra familia y es el único edificio de Lauøy que se puede ver desde el colegio en Havstein, así que Nelly se la ha enseñado a Ingrid, es el establo de su vecino.

A Nelly tampoco le gustan el carbonero hervido ni el hígado. Pero está

claro que exagera, porque come igual de bien que Lars. Y además hay muchas otras cosas que le gustan, lo admita o no: la torta con mantequilla, la mermelada de ruibarbo del año pasado, la leche fresca, el pan sin levadura y el edredón de plumón bajo el que duerme junto a Ingrid en la Sala Norte, en Lauøy no tienen plumón. También aprecia tener silla propia y poder comer sentada. Es la silla de Hans, que está en Lofoten como siempre, así que Nelly se sienta en el extremo de la mesa, como una reina, en un sitio que no debe de haber ocupado muchas veces, frente a Martin, que ocupa el extremo opuesto. Y lo de rodear una isla entera a pie, con pleamar, como quien camina sobre el ala de un enorme sombrero, recogiendo huevos de gaviota en pequeñas redes, eso tampoco puede hacerse en todas las islas.

Además Nelly trabaja bien, aunque Maria les ha dicho que están de vacaciones y que pueden hacer lo que les dé la gana, lo cual también es una novedad, al menos para Ingrid.

Lleva el pelo recogido en una trenza que le golpea como una soga entre los hombros cuando chinchan a Lars y lo hacen perseguirlas por las dunas de arena. Lars es un chico fuerte y furibundo, pero de poca estatura. Le tiran huevos, de modo que las yemas corren como una miel incandescente por su cara furiosa. A Ingrid le gusta ser mala. Y Lars es lo bastante tonto para secarse sobre el brezo seco, de modo que al volver a casa parece un macho de lumpo. Ingrid se lleva una buena bronca por los valiosos huevos, pero la recibe con Nelly. Lars, sin embargo, coge carrerilla y la golpea en la cara, de modo que Maria tiene que taponarle las fosas nasales con trapos para detener la sangre.

También surgen problemas con Martin, quien, cuando no duerme, vaga sin existir en su propio mundo puesto que Lars solo corre detrás de las chicas.

Además está enfadado, masculla, y por eso Nelly pregunta lo que dice, otra cuestión para la que no hay respuesta, a pesar de que Ingrid entiende todo lo que dice y también aquello sobre lo que calla.

En cambio, eso de que no tiene hermanos...

Al principio Nelly dice que echa de menos su casa. Pero cuando se acerca el día de su partida, empieza a suspirar y a expulsar el aire a trompicones por la nariz. Maria dice que no hace falta que Barbro e Ingrid la acompañen al establo, que basta con que vaya Nelly. Habla a solas con la niña y, al salir, Nelly está casi como cuando llegó, aunque sigue sin querer volver a su casa, quiere quedarse a vivir para siempre en Barrøy, es el mejor sitio en el que ha estado en la vida.

Durante la cena, Martin le pregunta si ha estado en muchos sitios.

Nelly dice que ha estado en Havstein y en Lauøy, y que una vez fue a la Factoría con su padre, aunque en realidad frecuentan más otra factoría, la de Åsværet, y allí no ha estado nunca.

Martin se ríe. Y Nelly también. Martin pregunta cómo se llama su abuelo y resulta que han faenado juntos muchos inviernos, en Træna. Así que sigue haciéndole preguntas que Nelly comprende y responde.

Entonces Lars también le hace una pregunta: ¿Cuántos hermanos tiene?

Nelly repasa toda su impresionante lista y Lars plantea otra cuestión, a Barbro: ¿Por qué no tiene él hermanos?

Y se hace un silencio.

Lars traslada la mirada a Ingrid, luego a Maria, y la deja allí mientras piensa a ojos vista, hasta que se le abre la boca justo en el momento en que Martin se levanta y dice que bueno, que tendrá que salir a echarle un ojo al novillo que enfermó ayer, que anda mal del estómago. Ingrid pregunta a Lars si quiere otro huevo en los morros.

Todos se ríen, salvo Lars.

El niño se levanta y sigue al abuelo.

Después de acostarse, Ingrid oye a Nelly lloriquear en sueños y murmurar palabras que no entiende. Pero le invade una infinita gratitud al escuchar los quejidos inconscientes de una persona que no quiere abandonar jamás Barrøy y que le trenzó el pelo cuando su vida estaba en peligro.

Maria y Barbro las van a llevar de vuelta al colegio.

Ingrid se ha puesto la ropa de vestir y va sentada junto a Nelly, que tiene la nariz enrojecida. Sobre el peñón se quedan Lars y el abuelo, un viejo y un niño en su isla, que van menguando mientras Nelly tose y solloza y ni siquiera intenta disimular las lágrimas, como si por fin pudiera llorar abiertamente y no quisiera dejar escapar la oportunidad de recuperar lo perdido. Cuando llegan a Havstein, está pálida y controlada. Las niñas enfilan hacia el colegio y se vuelven para despedirse con la mano de Maria y Barbro, que ya han salido del puerto. Barbro levanta un remo y les devuelve el saludo. Ingrid ha echado raíces tanto en casa como en el colegio. Es una niña sentimental. Y muy feliz.

Pasará más de un año hasta que se presente la oportunidad de aclarar la cuestión de los hermanos, estas cosas no desaparecen.

Es un verano tórrido, el verano más caluroso que se recuerda. El cielo y el mar se han fundido en una bruma que pende sobre ellos día y noche, la hierba está corta y seca, las plantas de las patatas lacias y tanto las personas como los animales sudan constantemente y deambulan semidesnudos entre los enjambres de moscas de una isla tropical junto al círculo polar.

Hans saca el horno del alpendre de los suecos y lo instala sobre las peñas, ya no pueden cocinar dentro. Duermen con las ventanas y las puertas abiertas y se bañan todos los días, en el mar. También el viejo Martin se baña, al menos vadea, al igual que Hans y Barbro, mientras que Lars se zambulle desde las peñas y Maria e Ingrid nadan hasta Moltholmen, donde se sientan al sol sobre las rocas, cierran los ojos y no piensan en nada hasta que nadan de vuelta.

Barrøy es un paraíso.

Pero a mediados de julio se seca el pozo nuevo. Después se secan también las turberas, una tras otra, y luego las marmitas de gigante de Skogsholmen, la cosa raya en lo absurdo. Como no hay viento, Hans y Martin se ven obligados a remar cuando van a la Factoría cargados con cubos y lecheras, pero también allí se han quedado sin agua. Así que tienen que remar hasta el arroyo que baja desde las montañas y desemboca en la ensenada de Malvika, qué bien les habría venido un poco de viento en las velas, aquí donde por lo general es lo único que tienen.

Hacen dos viajes al día y, al acabar, les duele tanto la espalda que tienen que dar por terminada la jornada. Las personas beben poco, aunque más de lo que acostumbran, y los animales no se sacian nunca.

Más adelante desaparecen también los últimos neveros de las montañas y el arroyo de Malvika se seca. Las gaviotas ya no alzan el vuelo, solo se apartan dando tumbos cuando Lars las espanta y, por lo demás, están al paio sobre un mar denso que se ha transformado en un desierto.

Hans mantiene conversaciones a media voz con Maria, ¿tendrán que hacer matanza?

Maria responde con vaguedades, es una pregunta de hombre y suya es también la respuesta. Llevado por un impulso desesperado, Hans reparte palas y azadas, tienen que empezar a cavar, en el fondo del viejo pozo de la turbera, que también se ha secado.

Hans y Lars están metidos en un agujero negro, maldiciendo y peleándose con las moscas y los tábanos, mientras los demás izan cubo tras cubo de polvo rojo óxido, que distribuyen por las irregularidades de los campos y los prados. Han nacido de la tierra y están atados a ella por vínculos indestructibles, pero ya no la tienen solo bajo las uñas y las plantas de los pies, tienen tierra en los poros y en los pensamientos, en las orejas, en el pelo y en los ojos, lo último que conquista es el hueco entre los omóplatos, donde las manos no alcanzan en su histérica caza de tábanos y moscardones.

Pero pueden bañarse en un mar que, por una vez, está caliente, los cuerpos excretan nubes marrones de las que salen blancos y renacidos, luego se relamen la sal de los labios, salen del agua y retoman la faena con el pozo. Incluso en una isla ha de haber aguas subterráneas, al fin y al cabo no flota como una embarcación, sino que está amarrada al interior de la tierra, Hans lo ha dicho muchas veces y allí abajo hay agua, tiene que haberla.

Se les ha colado una desesperación en su existencia, llevan la gravedad inscrita en el blanco de los ojos, esto es peligroso y se trata de un peligro tan contra natura que ha sido imposible de prever, ¿cuándo fue la última vez que tuvieron un verano como este?

¿Sería esto lo que acabó con la civilización de Karvika?

¿Una sequía?

¿Aquí?

A la tarde siguiente oyen gritar a Lars en el fondo de la mina y el siguiente cubo sube lleno de barro, de un fango húmedo.

Si ya estaban cubiertos de tierra, ahora la cosa se desmadra. Lars y Hans se desnudan y trabajan allá abajo como una cuadrilla de fogoneros de dimensiones bíblicas, sus maldiciones retumban en las paredes del pozo devolviéndoles ecos humedecidos y, cuando trepan por la escalera para tomarse un descanso, los demás solo pueden distinguirlos por el tamaño.

—¿Qué tal?

—Bueno...

Al volver limpios y guapos del siguiente baño, de pronto Hans se detiene

en medio del prado, los manda callar y se lleva una mano detrás de la oreja, ha oído algo, el sonido del agua. Entonces brota también agua de sus ojos y los demás tienen que mirar para otro lado. Hans echa a correr, los otros lo siguen y todos se tumban boca abajo, formando un círculo alrededor del agujero de bala de la isla, con la mirada en un ojo negro que los mira de vuelta con suspicacia, no consiguen pronunciar palabra.

El agua huele a pedos, a humedales y a petróleo, pero no tiene los brillos del arcoíris. Hans les manda cubrir los cubos y los barreños con jirones de sábanas viejas para colar el agua. Y ya pueden ver el fondo del primer cubo. Dan de beber a las reses que están resoplando a su alrededor. En el siguiente cubo, el agua está más clara, el ruido se ha amortiguado, pero suena claro, como un arroyo. A la mañana siguiente instalan un artilugio para izar los cubos por encima de la boca del pozo, bajo una lona apoyada sobre cinco palos, montan cuerdas y poleas que mueven una oscilante bandeja sobre la que Lars va sentado. Lo bajan delicadamente y el niño llena un cubo tras otro de agua, y los reparten entre los animales que no paran de mugir y balar, ya han acudido también las ovejas, llevadas por el pánico y la redención. Con esa agua pueden hacer café. Al caer la noche, ya pueden beberla tal como sale, está helada y no sabe a nada.

Esa misma noche regaron el patatal. A la mañana siguiente estaba igual de seco, pero las plantas se habían recuperado un poco y ya solo estaban de rodillas. Subían y bajaban a Lars, él cogía y cogía agua, y se pasaron todo el día regando el patatal, al igual que la noche, el agua corría por los polvorientos surcos y se evaporaba, pero las plantas se fueron irguiendo. Así pasó una semana.

Luego empezó a llover.

Y se apoderó de ellos la sensación de haber dejado atrás una semana diferente a todas las demás, siete días sagrados desde el momento en que encontraron agua bajo sus propios pies hasta que el cielo se abrió sobre sus cabezas. Días de riqueza y desesperación, la demostración definitiva de que eran dueños de su propio destino. La isla había estado marrón como en noviembre desde comienzos de junio hasta finales de julio. De pronto se puso más verde que nunca, ni siquiera el Jardín de Rosas estaba rojo. Luego se sucedieron días de sol y de lluvia y consiguieron cosechar algo de heno. También la siega de los humedales fue escasa, pero es mejor hacer matanza

antes de Navidad que en medio del verano. Y una mañana que Ingrid estaba tumbada de espaldas junto a su madre, en el Jardín de Roña recién segado, llegó a la conclusión de que, ahora que habían sobrevivido, se había generado una nueva libertad en la que podía plantear la pregunta decisiva: ¿Por qué no tenía hermanos?

Maria se incorporó sobre los codos y dijo que los niños no son algo que se tiene, sino algo que se recibe, que son regalos. Entonces Ingrid preguntó por qué unos los reciben y otros no, aunque intuía que debía callar.

—¿Echas de menos a alguien? —preguntó la madre cortante.

Pero enseguida cambió el tono y preguntó a Ingrid si recordaba la visita de Nelly del año anterior y cómo lloró al marcharse. La niña lloraba porque en Barrøy nadie se reía de ella cuando tartamudeaba, ni siquiera Lars, y eso Nelly podía agradecerárselo a Maria, quería que Ingrid lo supiera.

Ingrid la miró sin comprender.

—Ella tiene hermanos —dijo Maria poniendo mucho énfasis.

Ingrid quería enterarse de qué significaba eso, quería volver a oírlo, que le repitiera que la soledad tiene un valor, pero una sombra se había deslizado sobre su cara, la sombra de Lars, que se había acercado silenciosamente y se había parado ante ellas. Maria lo miró con los ojos entornados y le preguntó dónde estaba el abuelo.

—Descansando —dijo el niño.

Llevaba unos pantalones demasiado grandes, a los que Barbro les había cortado las perneras, y unos tirantes que le había trenzado con sogas de relinga, y así se pasaba el día, descalzo, semidesnudo y salvaje, tenía el cuerpo de un adulto, había cumplido siete años y ese otoño iba a empezar el colegio.

—¿Dónde? —preguntó Maria.

—Allí —dijo el niño señalando en una dirección.

Maria escudriñó una parte de la isla a la que Martin no iba nunca, a la que no iba nadie, las ruinas de Karvika. Pero sus ojos no encontraron lo que buscaban, así que se levantó, se cepilló las briznas de hierba del vestido y siguió oteando, hasta que se le escapó un breve sonido y echó a correr. Ingrid y Lars se quedaron parados, aturcidos.

Martin, un hombre que nunca se hartaba del sol, se había tumbado a la sombra y daba la impresión de dormir como siempre, lo único que le faltaba era el gato Karnot sobre el vientre.

Maria se volvió y cortó el paso a los niños, luego vio al marido, Hans había soltado la guadaña y se acercaba lentamente. Desde la casa venía también Barbro, expectante, acudieron todos, como a una llamada.

Hans se puso en cuclillas junto al padre y le tocó la mejilla. Nadie dijo nada. Enderezó la espalda, fijó la vista en Lars y le dijo que lo acompañara a coger algo en el alpendre nuevo. Ingrid los oyó hablar, Lars estaba alterado y el padre le explicaba algo, no oyó qué.

Regresaron con la escalera de mano que habían usado durante las labores con el pozo y dos de las jarapas en las que habían dormido los suecos. Hans extendió una sobre la escalera. Barbro y él cogieron al padre, lo tumbaron sobre la escalera y lo cubrieron con la otra jarapa, luego levantaron la escalera, se la llevaron hacia la caseta del embarcadero y la colocaron sobre los palos sobre los que solía estar la barca. A continuación cerraron las puertas y también la trampilla del suelo, para que no se colaran los pájaros.

A la mañana siguiente salieron hacia el interior con dos barcos. Barbro y Hans llevaban la mayor de las dos *færings*. En la popa iban Ingrid y Maria. Lars se mantenía en la proa, completamente descompuesto. A remolque llevaban la gabarra con Martin sobre la escalera, no había viento.

Atracaron en el muelle de la Factoría. Hans se fue y regresó acompañado de Johannes Malmberget, a quien tuvieron que ayudar a bajar la empinada escalera. Les estrechó la mano a todos, repitiendo las tranquilizadoras fórmulas que había pronunciado tantas veces sin haber conseguido convertirlas en una costumbre. El vapor acababa de traer hielo, podían dejar el cadáver en el almacén de frío.

—¿Traen ropa?

Sí, traían un hatillo con la ropa de vestir de Martin.

¿Y el ataúd?

Sí, tenían dinero.

Hans y Barbro subieron al padre por la escalera, lo metieron en el almacén de frío y lo dejaron sobre dos borriquetas, rodeado de pilas de bloques de hielo de la altura de un hombre y cubiertas de serrín. Los bloques los habían cortado el invierno pasado en algún lago del interior y habían sobrevivido al verano más caluroso del que se guardaba memoria. En el almacén había un frío sosiego y el silencio era total.

Volvieron al muelle, donde un puñado de personas se había reunido bajo el sol. Uno de los trabajadores de la Factoría se acercó a Hans, le estrechó la mano y le dijo algo que no debería haber oído. También estrechó la mano de Barbro. Se habló del entierro. El reverendo Malmberget se disculpó por no volver a bajar la empinada escalera para despedirlos. Hans dijo que no pasaba nada. Otro apretón de manos y sacaron la barca al mar, luego remaron hasta casa, también con la gabarra a remolque.

El gato Karnot y Lars fueron los que más sufrieron. Lars chillaba y rompía todo lo que cogía. Hans mantenía silencio. Barbro lloraba calladamente cuando creía que nadie la veía. La cara de Maria estaba tensa y gris como cuando creyeron que iban a perder a los animales durante la sequía. Ingrid concluyó que unas personas sufren más verazmente que otras, sobre todo ella misma. Se asomó al peñón junto al alpendre nuevo con la esperanza de que una enorme mano se la llevara de un plumazo al mar y la presionara contra el fondo hasta que reventara, porque no tenía fuerzas para saltar y tampoco era capaz de romperse en tierra, a pesar de que sollozó con todas sus fuerzas hasta que llegó Maria, la alejó de allí y le pidió que se controlara. Quizá ahora entendiera lo que había hecho cuando se marchó con Lars en la barca, Martin era un viejo y los niños son niños, la diferencia es abismal.

Ingrid se agachó y fue una culebra que se enrolló hasta formar un nudo duro y silencioso. Le permitieron dormir con la madre en la Sala Norte, mientras que el padre se acostó solo en el sur. Antes de que conciliara el sueño, la vieja llama había regresado, al estómago, la llama de aquella vez en que no sabía si fiarse de la madre, del padre o de ninguno de los dos.

El día del entierro, el tío Erling atracó junto al alpendre nuevo. El palangrero venía lleno de una familia de la que Ingrid había oído hablar mucho, pero de la que solo había visto parte: las cuatro hermanas del padre, con sus maridos;

las tres hermanas menores de la madre, con dos maridos; el tío Erling, su mujer Helga y el viejo padre de esta, y los quince primos de todas las edades. A lo largo de las últimas veinticuatro horas, habían ido recogéndolos en diversas islas e islotes, hasta llegar a Barrøy, donde tenían que recoger a los últimos.

Embarcaron, hubo apretones de mano y taciturnos saludos a diestro y siniestro, y una compacta calma se extendió sobre aquella arca que resoplaba en dirección a la Factoría bajo un sol permanente.

Les prestaron una pasarela y, al desembarcar, se quedaron un rato parados, observando cómo amarraban a conciencia un buque; luego el rebaño echó a andar y en una danza vacilante se encaminaron hacia la tienda y el pueblo, hacia la parroquia más asolada por el viento de todo el imperio del terror de Nuestro Señor. Con su ropa de vestir negra y reluciente, marcharon lentamente hacia la iglesia, donde todo transcurrió como debía oficiado por el reverendo Johannes Malmberget, que estaba acompañado por su bella esposa y sus dos hijos pequeños. También habían acudido Thomas e Inga de Stangholmen, que habían llegado por la fuerza de los remos, como de costumbre, y otra decena de isleños; más gente de la que Ingrid hubiera visto nunca congregada, todos con la cabeza gacha, asintiendo a las palabras bien escogidas de Malmberget sobre los cuarenta y tres inviernos que había pasado Martin en el mar de Træna, por eso tenía las manos tan gruesas. Con esa vida, solo la misericordia de Dios les había concedido un cadáver que enterrar, aunque el mar también fuera un cielo, no había que perderlo de vista, sobre todo aquí afuera. Además el Señor había permitido que el viejo se durmiera apaciblemente en el lugar que escogió, Martin Konrad Hansen Barrøy había muerto en su propia isla y por fin podría descansar junto a su querida Kaja, la esposa que tuvo una vida demasiado corta, de modo que se había cumplido un tormentoso deseo largamente añorado, así era como debían verlo ahora que estaban reunidos con los labios temblorosos y pleamar en la mirada. Johannes Malmberget suspiró y se enjugó el sudor de la coronilla con un pañuelo rojo. Luego alzó la vista hacia las escarpadas montañas e indicó al sacristán que empezaran a bajar el ataúd a algo que, a ojos de Ingrid, se parecía terriblemente al pozo que habían cavado hacía menos de un mes, amén, esto no había quien lo soportara.

Saliendo del puerto, Hans se acordó de algo. Arrebató el timón al hermano y

viró en redondo para recoger las jarapas y la escalera de mano que se habían dejado en el muelle, delante del almacén de frío, la escalera era prácticamente nueva.

Ingrid había perdido el habla.

Y tampoco había dicho gran cosa el resto del día. Pero las palabras del reverendo se vieron aún más alteradas por una sensible transformación del ambiente a bordo, el silencio del cementerio debería haber durado para siempre, incluso el viento había contenido la respiración, pero de pronto Ingrid oyó unas risas junto a la escotilla y, en la borda de babor, una de las tías abrazó a Maria, que tuvo que taparse la boca para no reírse ella también. Los niños más pequeños habían empezado a correr por la cubierta sin que nadie los riñera. Y por la ventana de la caseta del puente, Ingrid podía ver una botella de aguardiente que se mecía sobre la brújula, el único objeto que se mantenía horizontal en el fuerte oleaje, además de cinco vasos verdes que pasaban de mano en mano entre el padre y sus hombres.

Atracaron en Barrøy, abrieron las escotillas y empezaron a sacar cajas con comida y bebida, con sábanas y ropa. Y un enjambre de desconocidos se extendió sobre la isla reconociendo cada uno de sus escondrijos y rincones.

—¿Te acuerdas de la Loma del Viento del Norte?

—Mira Kvitsanda...

Los peñascos, los prados, las ensenadas... no había una mancha de tierra que estos desconocidos no conocieran al dedillo y que no se regocijaran de volver a ver. De pronto Ingrid había dejado de ser la lugareña que conocía todos los tesoros y secretos de su tierra y había pasado a ser una atónita invitada, testigo de unas vidas que transcurrieron en otro momento y que seguirían transcurriendo siempre, puesto que ninguna infancia puede desaparecer.

Una de las hermanas del padre se arrodilló y desenterró una casa de pato de flojel que Ingrid nunca había visto, luego encontró otra de la que Ingrid tampoco sabía nada, y las limpió y pidió pizarra para repararlas, una pizarra que indicó a Ingrid dónde encontrar. A estos invitados no hacía falta explicarles nada, sabían dónde guardaban el plumón y el pescado, dónde anidaban las águilas, y conocían todos los cajones y escondites de la despensa. Incluso los niños, que jamás habían estado allí, mostraban una molesta tendencia a comportarse como si estuvieran en su casa y se metían a hurgar en la caseta del embarcadero y en el alpendre nuevo. Dos chicos echaron una gabarra al mar sin pedir permiso a nadie y se llevaron con ellos a

Lars, que iba dando explicaciones a voces y ya se había olvidado del día que era, el día extremo. Las chicas, en cambio, se quedaron en tierra como pequeñas velas negras, no querían embarcar, solo mirar, y todos parecían conocerse como hermanos, probablemente porque sus islas estaban mucho más próximas entre sí que Barrøy, que era la más apartada de todas.

Pero ante Ingrid se había parado una chica de su misma edad, que la miraba con ojos apesadumbrados bajo unas cejas oscuras y tupidas, la niña dijo algo, pero al mismo tiempo volvió a oírse la risa de Maria, ella y las cuñadas habían empezado a vaciar la alcoba del abuelo para limpiarla y borrar todas las huellas.

—¿Eres Ingrid?

Ingrid asintió, era demasiado pronto para decir algo.

—Yo, Josefine, de Gåsværet.

Ingrid asintió de nuevo y vio al gato Karnot correr entre las piernas de las desconocidas, lo habían expulsado de su hogar, de la alcoba que se había negado a abandonar desde la muerte de Martin, y ahora bajaba hacia la caseta del embarcadero, parecía tener intenciones de echarse al mar.

El padre y el tío Erling habían encendido una hoguera en la playa. Las viejas jarapas se consumieron entre las llamas. Una de las tías bajó con un hatillo de ropa, después la madre trajo las sábanas del abuelo y las chispas se elevaron hacia el cielo del dorado día de agosto. Luego llegó Barbro con el colchón de paja, la tía había pasado a ser la robusta hermana pequeña de una manada de siete, y todos la abrazaban, la mimaban y la chinchaban, resplandecía como un sol y le hicieron todo tipo de peinados, mientras ella permanecía en su silla, reinando bajo cielo abierto. Pero ya no estaba sola, habían sacado también el resto de las sillas, además de las mesas del salón y de la cocina, había café, comida, pasteles y aguardiente, los que no tenían silla estaban echados sobre jarapas o en la hierba, comiendo y bebiendo arropados por el murmullo de las voces, las risas y todo lo demás que es propio de la vida y no de la muerte.

Ingrid sintió el impulso de regresar al peñón para que se la llevara el mar. Pero era imposible esquivar la mirada plana de la prima Josefine. Y de pronto notó que los músculos se le contraían en una sonrisa involuntaria cuando uno de los tíos tropezó y cayó al suelo provocando un alegre aplauso entre todos los demás. También le brotaron algunas lágrimas, pero la sonrisa se mantuvo y consiguió responder a todas las preguntas hasta que la noche cayó como una llovizna sobre la muchedumbre que había transformado Barrøy en una

ciudad, en una ciudad desconocida. Era como para volverse loco, y por detrás de todo lo demás veía constantemente a su madre como nunca antes la había visto. De repente no entendía a Maria y era una sensación igual de extraña que la de sentir lástima por un abuelo.

Hace mil años que construyeron el muelle en Barrøy. Hans Barrøy no solo lo ha visto como un triunfo y una obra maestra de la construcción, sino que además lo ha sentido como el comienzo de algo que estaba obligado a continuar. Ha escrito ya varias cartas por este asunto y ha mantenido reuniones con diversas compañías de transportes, con la Central Lechera y con el Ayuntamiento.

Todo en vano.

Pero tras la muerte del padre, tiene que hacer otro intento y esta vez, cuando se dirige al interior, se lleva a Maria consigo. Los tres que se quedan en el embarcadero, viéndolos desaparecer bajo una leve llovizna, sienten que está en juego algo decisivo.

Se trata de vincular Barrøy con la ruta de la leche que, tres veces por semana, pasa a recoger lecheras por la Factoría, por Havstein y por otras dos islas, y que, en caso de necesidad, funciona también como barco de pasajeros para los isleños, a pesar de que no es más que un pesquero desechado; por añadidura facilita enormemente todo el engorro de llevar el toro a la vaca o la vaca al toro. Hans ha traído también una carta de marear que desenrolla sobre la mesa de la cocina del concejal, para demostrar que una escala en Barrøy no supone demasiado desvío.

Pero lo único que reciben es más amabilidad sin compromiso, además de algunas explicaciones sobre el estado de las arcas municipales, que nunca ha sido peor. Por otro lado, el concejal asegura no tener nada que ver con el asunto.

Maria se fija en que no les sirven café y eso no tiene nada que ver con el estado de las arcas, durante un rato la conversación queda en ralentí, pero luego adquiere una dimensión filosófica. De pronto el concejal se acuerda de que Hans Barrøy lleva toda la vida saboteando la necesidad de instalar una señal marítima en Barrøy, o en alguno de los islotes y escollos que le pertenecen, un faro o una baliza para que los barcos puedan orientarse, al fin al cabo su propiedad se encuentra en medio de la vía marítima, o más bien a

las afueras de ella.

Hans pregunta qué tiene eso que ver con la cuestión y resulta que al concejal se le ha ocurrido una idea y que existe la posibilidad de que lleguen a un trato informal. Da la casualidad de que el hijo del concejal trabaja en la Comisión de Faros, así que ¿qué tal tres escalas semanales del barco de la leche a cambio de la instalación de una baliza en el islote de Skarvholmen, por ejemplo? ¿Qué dice a eso Hans Barrøy, a la posibilidad de ser de utilidad por una vez, en lugar de ser un escollo en el mar?

Hans Barrøy no sabe qué decir.

Y eso le quita el sueño.

Prefiere una baliza a un faro. Pero prefería no tener ninguna de las dos cosas, no le apetece ver un hueso negro apuntando al horizonte desde la ventana de su cocina, quizá incluso con un cinturón blanco y un estandarte de hierro encima. Y luego vienen las obras que habría que acometer y que supondrían meses de tráfico y ajeteo. ¿Y cuántas vacas podría alimentar si, por ejemplo, drenara y cultivara el humedal de Gjesøya, que está frente a Barrøy, algo que debería haberse hecho hace generaciones? Y, por último, ¿quiere en el fondo que el barco de la leche pase tres veces a la semana por su isla?

En otras palabras, a medida que empieza a correr el riesgo de conseguir lo que está pidiendo, la pregunta va invirtiéndose.

Todo esto tiene que ver con la muerte de su padre.

Y con el futuro de la isla.

Ya ha pasado un año y algunos años son más largos que otros, Hans se da golpes de pecho y sacude la cabeza, hasta que por fin una decisión se abre paso en su cerebro y es Maria quien escribe la siguiente carta, porque tiene la letra más bonita y alguna otra ventaja lingüística. Hans y Maria la llevan juntos, se la entregan al mismo concejal, con copia a la Central Lechera, y reciben al momento una promesa oral. Jolín, qué velocidad, casi tienen que reírse durante el regreso a casa, dos jóvenes que se han abierto al mundo, que han pasado a ser un punto fijo en el mapa, un punto visible.

Pero dos semanas más tarde, cuando el barco de la leche hace su primera escala y los cinco esperan en el muelle para coger la amarra —basta con una porque el barco solo va a llevarse una lechera, y además es tan pequeña que el capitán, que fue al colegio con Hans, se mofa abiertamente tanto del número que acaban de pintarle a la lechera como del lío que han montado

solo para esto, puesto que en las demás islas entregan hasta diez o veinte lecheras—, Hans Barrøy se da cuenta de que le ha dado la mano al diablo y de que tiene que drenar inmediatamente la isla de Gjesøya, no hay otra salida.

Ese otoño renuncia al ferrocarril, se va a Gjesøya con Lars, que en realidad debería haber empezado el colegio, y empiezan a cavar zanjas con pico y pala. Se aseguran de que haya caída y rellenan las zanjas con piedras y ramillas. Aquí, entre los peñascos, puede llegar a haber grandes campos.

Pero la tarea es descomunal, les destroza tanto el ánimo como la espalda, y, al cabo de solo dos semanas, Hans empieza a dudar de que sea siquiera realizable. Sin embargo, no piensa tirar la toalla todavía. Durante algunas semanas, les ayuda también Barbro, que es fuerte con la pala. Al cabo de otros meses, contratan a dos jóvenes del pueblo en paro. Pero hay que pagarles y los isleños no tienen dinero.

Cuando por fin llega la helada, Hans Barrøy endereza la espalda y mantiene una conversación trascendental consigo mismo: esta nueva tierra que se extiende ante él y contempla con exhausta satisfacción es inmensamente bella, de eso no cabe duda, pero, en el fondo, ¿es suya tal como lo son el resto de sus prados?

Se trata de un pensamiento casi macabro que indica que no le gusta la labranza, que él es hombre de mar, más pescador que labriego, más cazador que siervo atado a la tierra. Lo que no iba a ser más que una ampliación de tierras algo exagerada se está convirtiendo en una dolorosa ampolla existencial.

La contradicción entre el mar y la tierra siempre ha estado ahí, en forma de inquietud y atracción: cuando está en el mar, añora constantemente su casa, y cuando tiene los dedos clavados en la tierra, se sorprende cada dos por tres mirando hacia el mar y sus profundidades. Pero ha habido un equilibrio en este ir y venir, una dependencia mutua y soportable, que ahora quizá corra el riesgo de verse alterada.

No consigue llegar al fondo de la cuestión, así que se acerca a Lars y le dice que mande al carajo las ramillas con las que está trabajando, que cierran el chiringuito por ese año.

Reúnen sus herramientas y reman hacia casa en ese silencio que siempre surge entre ellos cuando Lars no es capaz de preguntarle qué pasa y Hans finge no saber qué se está preguntando el niño, en realidad ya no lo sabe ni él, es un silencio natural. Los dos jóvenes reciben su pago y se marchan esa misma tarde con el barco de la leche. Y una lechera.

Vuelve la pregunta:

Barrøy recibe queso a cambio de su leche.

Además de mantequilla, crema agria y nata, las cosas que antes producían ellos mismos y que, en realidad, siguen produciendo con la leche que se quedan, pero ¿es esto un progreso? Lo que necesitan es dinero en efectivo para las artes de pesca, la barca y todo lo que tiene que ver con el mar, no el mismo queso producido en otro lado por otras personas.

Nunca se ha sentido más lamentable.

Pero ha llegado diciembre, esa época del año en la que pueden aplazarse todas las decisiones. Hasta Navidad, faena con Lars a las afueras del archipiélago y empieza a encontrar una especie de dirección. Al cabo de otro invierno en Lofoten, vuelve a casa y compra troncos, cuatro barriles de aceite y cien metros de tablas sólidas para construir una balsa al sur de Barrøy, con la que llevar a las reses hasta Gjesøya, también esto se hace en muchas otras islas.

Así que la isla de Gjesøya no se convierte en tierra de cultivo, sino en pastizal, para los novillos, las vacas pueden seguir pastando en casa. Ahora podrán producir más leche y tener más vacas.

Cuando Lars por fin empieza el colegio, el primer día no llega a Havstein con Maria y Barbro en la barca, sino sentado sobre una de las dos lecheras de la isla de Barrøy, con la ruta de la leche. El niño sigue siendo corto de estatura, así que nadie se lleva las manos a la cabeza por el hecho de que llegue un año tarde. Y además es espabilado, ya sabe leer. Hans se queda en Barrøy, con la sensación de que ha desperdiciado otro año más.

Aun así ha sido un año importante, mucho más importante que el último que perdió. Aunque sigue sin tener claro el alcance de la cuestión. Echa de menos a su padre.

Ese mismo otoño instalarán la baliza. Pero ocurre en ausencia de Hans Barrøy, que ahora tiene que volver a las obras del ferrocarril y ganar dinero contante y sonante. También sucede en ausencia de Ingrid, que tiene que hacer la confirmación. Mientras reciba la formación junto a otros quince jóvenes de las islas, vivirá en casa de Karen Louise Malmberget y, cuando no esté estudiando, cuidará a sus dos hijos y aprenderá a servir en una casa. Además estará con Nelly, Josefine y otra chica, ¿podría ser mejor? Karen Louise está de nuevo encinta, será el octavo hijo del reverendo y ninguno se le ha muerto.

Esto significa que solo Maria y Barbro están en Barrøy cuando llega la Comisión de Faros. Es una cuadrilla de once hombres, que llegan con barco y balsa, y van vestidos como una mezcla de vagabundos y señores, se trata de trabajadores finos con gorras, chalecos, botas relucientes y camisas de lana que les hacen parecer ingenieros. Tienen buenos modales y se muestran corteses cuando van a comprarles matanza, pescado o pan sin levadura, y además dejan una buena cantidad de dinero. Duermen a bordo de un barco chapado en hierro que se llama *Glunten II*, que está atracado en el muelle nuevo cuando el tiempo no le permite fondear justo enfrente de las obras.

Pero desde el primer día surge un malentendido que Maria no logra aclarar, o que le importa un pimiento. Porque resulta que no empiezan las obras en el islote de Skarvholmen, como habían acordado, sino en la punta sur de la propia Barrøy. Y tampoco construyen un mojón de piedra, sino una estructura de hierro, empernan a la roca cuatro vigas en forma de T, las cementan y, por encima, a la altura de un hombre, colocan una linterna. Es un faro rojo con sombrero rojo que, a distancia, parece un insecto y un payaso de circo flotante. Funcionará con parafina, que tomará por una manguera de un tanque que también empernan a la roca, y tendrá que estar encendido desde el 1 de octubre hasta el 1 de marzo, y apagado el resto del año, aunque seguirá siendo bien visible gracias a sus colores rojos y blancos.

Están casi en noviembre.

Y una luz lleva casi un mes parpadeando en la punta sur de Barrøy cuando Hans regresa de las obras del ferrocarril y monta en cólera, ¡un árbol de Navidad reluciendo eternamente en su propia isla!

Pero no encuentra ninguna comprensión, ni en Maria ni en Barbro. Las mujeres le enseñan las ciento veinte coronas que les han dado por el alquiler del terreno y le cuentan que a partir de ahora y para siempre tendrán también unos pequeños ingresos fijos por la vigilancia y el mantenimiento del faro. Ya no son solo productores de leche y un punto fijo en el mapa, son fareros y asalariados, del Estado.

Y Hans Barrøy no puede con eso.

Él no puede ser asalariado de nadie.

Al día siguiente coge la ruta de la leche hacia el interior, sin Maria. Pero en el momento en que Barrøy se pierde en la lejanía, empieza a recapacitar sobre el hecho de que no está *remando*, ni manejando las velas, sino que va a llegar con el barco de la leche, con su ropa de vestir, como si eso debilitara la queja que quiere presentar; aparte de que quizá no sea fácil presentar una queja sobre este acuerdo informal al que han llegado. ¿Y a qué instancia podría recurrir?

Se encuentra en la caseta de cubierta junto a su antiguo compañero de colegio, Paulus, que hace años que tiene este apacible trabajo, un sueldo fijo por no hacer otra cosa que navegar por aguas tranquilas entre la Factoría y las islas y quedarse en casa cuando decide que hace mal tiempo.

En Havstein, Hans le ayuda a cargar las veintiuna lecheras de las cinco granjas, que bajan a la bodega y colocan sobre bloques de lastre, luego continúan rumbo a Skarven, donde recogen quince lecheras más, otras once en Lutvær y por fin llegan a la Factoría. Ya es de noche y demasiado tarde para hablar con el concejal, de modo que se dirige a la casa de la que disponen los isleños, hace fuego en la estufa, se prepara un café y lo consulta con la almohada.

Tampoco a la mañana siguiente sube al pueblo. Resulta que en el muelle de la Factoría está atracado el barco de vapor, la conexión de la isla principal, Hovedøya, con tierra firme. Y algo sucede en su interior. Hans embarca y va a la ciudad, se dirige al almacén del pescador y compra cuatro cestas de palangre nuevas, ocho rollos de sogas, reinales, anzuelos, hilo de cáñamo y cuchillos. A continuación compra café, un saco de azúcar, un saco de guisantes y una lata de salchichas ahumadas, un mantel de Navidad, tres revistas de Navidad para niños, dos botellas de aguardiente, ocho metros de

tela azul de flores para vestidos y una cómoda de seis cajones, además de un cuadro enmarcado que representa un velero.

Esa misma tarde coge el vapor de regreso, hace noche en la casa de los isleños, carga las mercancías en el barco de la leche y retorna a casa exactamente cuarenta y ocho horas después de haberse marchado.

Allí lo recibe la familia, que tiene preparadas dos lecheras.

No es la cómoda lo que más les impresiona, sino las revistas y el mantel. Aunque eso cambia cuando tienen oportunidad de estudiar más detenidamente el mueble, que queda perfecto en el salón de las visitas. Maria se da cuenta de que algo no encaja. Abre los cajones y ve que corren como ruedas engrasadas sobre raíles, la cómoda tiene las patas formadas como las pezuñas de un gato, tallas en el frente de todos los cajones, las cuatro esquinas redondeadas y, por detrás, una placa de latón en la que pone: «Ebanista Kofoed e Hijo Nidaros».

Pregunta al marido qué se le ha ocurrido esta vez. Hans pregunta si no le gusta el mueble. Ella pregunta cuánto ha costado. Él responde que no se acuerda. Ella pregunta si no le dieron factura. Él dice que no. Maria saca los cajones, los vuelve a meter y nota un suave olor a alcanfor, a hibisco, a cerezo y a quién sabe qué más, siente el aroma de algo exótico y mira al marido, que le está dando la espalda y, armado con el martillo y un clavo, cuelga el cuadro del velero junto a la ventana del este. Se asegura de que cuelga recto y luego se mete en la cocina, donde se sienta en la mecedora del padre, se sirve un trago, se enciende la pipa y anuncia que al día siguiente harán la matanza. No siempre tienen cerdo en Barrøy, pero este año sí. Y al día siguiente va a morir.

Al otro lado de la mesa, Ingrid y Lars están leyendo las revistas de Navidad. También Barbro lee una revista, tiene ilustraciones. Maria empieza a preparar la cena. Comen, toman café y Barbro pide a Lars que escriba una postal de Navidad a la familia en Buøy y en Gjesværet, pueden enviarla con la ruta de la leche. Y atónita de admiración, observa la mano y la letra del hijo.

Cuando los niños se han acostado, Hans sirve otras tres copas, le da una a Maria y otra a Barbro y les devuelve las ciento veinte coronas para que ese año, mientras él está en Lofoten, puedan pagar la compra al contado, en vez de dejarla a deber. Maria dice que no hace falta. Él insiste, sí hace falta. Maria dice que en realidad no tiene ese dinero. Hans se enfada, se levanta y sube a acostarse. Deja el dinero sobre la mesa. Entonces Maria también se

levanta y se va a la cama. Barbro oye voces en la Sala Sur. Luego silencio. Coge el dinero y lo sube a su cuarto. También Barbro tiene un arcón.

Después de haber vivido en casa del reverendo para la confirmación, Ingrid se aburre en Barrøy. De nada le sirve que ahora tengan un faro que orienta a los barcos en la oscuridad. No es que quiera irse a otro lado, lo que quiere es que Barrøy sea distinta, o poder llevarse la isla consigo al mundo y proveerla de todo lo que le falta, que no es poco. Ingrid está tan desbordada de algo que le supone un verdadero esfuerzo ir por turba, al establo o a la bodega de las patatas, recoger las redes con Barbro o limpiar el pescado; las mujeres no hacen esas cosas, las mujeres se miran al espejo y cantan en coros mientras esperan la llegada de una carta, se ríen junto con las amigas y se pasean en pandilla por el camino, vestidas todas igual, mientras el cielo está azul oscuro y el mar no se deja oír, ni siquiera a lo lejos.

Curiosamente, los siguientes inviernos ocurre aún menos que de costumbre en Barrøy, Ingrid duerme tan poco por las noches que se pregunta si estará enferma y no se levanta de la cama hasta que viene su madre a buscarla, aquí no tiene a nadie a quien amar, Barrøy está irreconocible con su monótono ruido de agua y viento, un ruido que antes no percibía, pero que ahora le está volviendo loca, como los chillidos de las gaviotas, los ostreros, el pato de flojel y los estúpidos cormoranes que parecen monjes carbonizados sobre las piedras de la playa y giran el hábito conforme al viento. Ingrid tiene que empezar a servir, tiene que empezar ya.

Pero el mundo no la quiere.

De pronto al mundo le sobra la gente como Ingrid. Maria manda solicitudes y se informa, con conocimiento de la hija y sin él, pero la cosa está como está y al final el padre propone que se vaya con él a Lofoten, de cocinera. Pero Maria se opone, ella también fue cocinera en Lofoten, de hecho allí fue donde conoció a Hans, y con eso basta. Especialmente tensa se pone la situación cuando Lars vuelve a casa y quiere que Ingrid salga a faenar con él, pero ella se siente ya demasiado mujer para eso. Aun así, sale con él y para la barca mientras Lars planta las piernas, recoge las artes, desangra el pescado y se vuelve loco en el infierno al que pertenece.

Pero un día, Maria por fin le enseña una carta que dice que tiene un puesto, en casa del hijo del tratante Tommesen, dueño de la Factoría, Oskar se llama el hijo y Zezenie su joven esposa, que es del sur del país. Tienen dos hijos a los que hay que cuidar en una casa que acaban de construir por detrás de la Factoría.

—Hace años que deberías haberte marchado.

Ingrid asiente.

—Así que ahora será más sencillo —dice Maria, como si supiera que todos los caminos conducen de vuelta.

O quizá sea envidia. O el comienzo de una añoranza. Pero el barco de la leche se ha convertido en un reloj, les ha impuesto el mismo cálculo del tiempo que en tierra firme.

La señora Tommesen y sus hijos la están esperando cuando Ingrid desembarca junto a la Factoría. Se saludan y Zezenie es amable, tranquila y habla en dialecto. Ingrid sube su pequeña maleta por la cuesta, alejándose del mar y sus desgarradores bramidos, y penetra el silencio. Su nuevo hogar tiene una veleta y cabezas de dragón en las cumbres del tejado, está rodeado de altos árboles que se mecen con el viento y cuyas hojas murmuran con la brisa de la tarde, aunque eso también es una forma de silencio.

Se siente boba en el momento en que entra por la puerta, como cuando empezó el colegio, pero Zezenie no se percata, muestra consideración y le enseña su cuarto como si lo hubiera construido con sus propias manos. Ingrid admira los cajones y el armario y no se da cuenta de que la señora pasa muy cerca de ella, olfateando para comprobar si huele, pero lo entiende en el momento en que también le agarra las manos, como para darle otra vez la bienvenida, y le inspecciona las uñas. Sin embargo Ingrid se las ha cepillado bajo la vigilancia de Maria, así que mantiene la calma mientras tiene lugar el escrutinio y, en el momento en que bajan a la cocina para continuar con la formación, piensa que ha superado el examen y que la cosa seguirá del mismo modo. Al fin y al cabo, una estufa de azulejos azules fabricada en Delft, en Holanda, se enciende de la misma manera que la estufa negra de Barrøy, solo que no calienta igual, aunque el fuego dure más, y además el coque no es más complicado que la turba, en realidad es más sencillo.

Estos son los salones, dice Zezenie, tres salones que constituyen una especie de ascensión hasta el más privado de ellos, donde también hay una

estufa de azulejos, aunque esta Ingrid solo tiene que encenderla una vez al día, a las cinco, para que el salón esté caliente a las siete, cuando el marido regresa del trabajo, y ese es el reloj por el que tiene que orientarse, una pieza heredada con péndulos, números romanos y pesas de latón, al que tiene que darle cuerda una vez cada cuatro días. Por lo demás, no tiene ni que entrar en ese salón y los niños tienen prohibido jugar allí. Ingrid se pregunta de qué tendría miedo antes de llegar y piensa que quizá fuera ella la que vaciló demasiado allá, en su isla, y no el mundo el que no la quería, puede que en esto se haya equivocado, y no piensa volver a hacerlo. La sospecha de que quizá haya sido la madre quien la ha retenido, el miedo a la soledad de Maria, no se le pasa por la cabeza.

Tras la feliz temporada de la confirmación en casa del reverendo, la transición a la vida con la familia del hijo del tratante Tommesen no resultó tan desorbitada, aunque sí fue complicada. En primer lugar, los niños no eran como los del reverendo. El mayor tenía siete años y, por alguna razón, no iba al colegio. Se llamaba Felix y chillaba como un animal siempre que no conseguía lo que quería; cuando se ponía así, la madre salía corriendo y dejaba en manos de Ingrid la tarea de apaciguarlo.

La niña, Suzanne, tenía tres años. Pasaba la mayor parte del tiempo metida en una cuna en la que cabía un hombre y, por lo demás, estaba en brazos de la madre o de Ingrid, sin mostrar el menor interés por nada. A veces la llevaban también en un carrito de madera decorado con flores, incluso en la calle, y era Ingrid quien solía llevarla cuando la mandaban a hacer la compra o a la Factoría a recoger pescado.

Ingrid disfrutaba de estos paseos como una actividad cotidiana, y empujar el carrito de una niña la hacía sentir cinco años mayor, una persona con responsabilidad. Le concedía importancia a cómo vestía y charlaba con la gente tan pronto como se dirigían a ella; como además sonreía, la gente seguía hablándole; curiosamente, Ingrid era una joven isleña alegre y fácil de tratar.

Pero estaba lo de la niña mustia, que aún no era limpia y ni siquiera se mantenía sentada en el suelo, y mucho menos daba un paso. Ingrid pensaba que quizá estuviera enferma, pero Zezenie no quería ni oír hablar del tema, decía que Suzanne solo era un poco «delicada», haciendo que sonara casi elevado, como a porcelana.

Aunque también a la señora le pasaba algo, a no ser que aquello fuera propio de su clase. A veces, cuando estaba cosiendo, se levantaba bruscamente con una breve exclamación y salía corriendo en dirección a la Factoría, que su esposo Oskar regentaba desde que el padre enfermó. Al volver, llegaba con el pelo alborotado y una sonrisa en los labios o deshecha en lágrimas, a veces incluso en ambos estados de ánimo a la vez. Y luego se

sorprendía de que Ingrid ya hubiera dado de comer a Felix, cosa que a veces se veía obligada a hacer para mitigar sus gritos, pero por lo general sencillamente porque ya era la hora.

La madre acariciaba levemente la cabeza del niño, como si tuviera miedo de quemarse, y subía a la segunda planta a echarse un ratito, aunque no sin antes abrir la ventana para ventilar el cuarto, una costumbre de la que Ingrid ni siquiera había oído hablar, ventilar una habitación en la que no había humo. Y la señora no volvía a aparecer hasta que caía la noche, cuando Ingrid ya había dado de cenar a los niños y llegaba el señor de la casa y se sentaba a fumar una pipa en el último salón.

Desde la cocina, Ingrid oía a los esposos reír, regañar y darse voces, al poco volvían a reír, y todo cambiaba entre ellos a un ritmo tan desorbitado que, al cabo de poco más de una semana, Ingrid empezó a acostarse pronto. Pero durante las comidas se repetía la misma agotadora forma de convivencia, sin que ella tuviera la sensación de tener nada que responder a sus preguntas ni de poder seguir de qué se reían.

El hijo del dueño de la Factoría era cortés y distante, opaco y alegre. Coleccionaba sellos en un grueso álbum, y también grabados de Napoleón y de los reyes suecos y daneses que habían reinado en Noruega, los extendía por la gran mesa del salón y luego Ingrid tenía que recogerlos en el orden correcto. También tenía un cierto modo de mirarla, de guiñarle un ojo cuando Zezenie no se fijaba. Y además no sabía limpiar el pescado, simplemente se servía un buen trozo de bacalao, le hincaba el tenedor y se metía un pedazo en la boca con la piel y las espinas, para luego ir sacando todo lo que no le correspondía al estómago, lo cual resultaba muy pesado, sobre todo cuando al mismo tiempo tenía que hablar.

Por otro lado usaba gafas y siempre las llevaba empañadas. Un día que Ingrid le preguntó si quería que se las limpiara, la miró con ojos tan turbios que no llegó a enterarse de la respuesta. Ingrid pensaba que el hombre cargaba con algo, que había en él una fragilidad, al igual que en el hijo, con el que nunca hablaba; los hijos y los padres vivían en mundos separados.

Y todo esto supuso para Ingrid una pequeña decepción tras otra en una casa de ricos en la que no habría sido necesario que las cosas no estuvieran a la altura de sus expectativas.

Tampoco había mucho trabajo, ni siquiera tenían animales, y todas las

semanas venía una señora mayor de una de las granjas de la cuenca a espaldas de la iglesia y fregaba las nueve habitaciones, salvo la de Ingrid, que tenía que limpiarla ella misma, y también la cocina, con jabón. La mujer llegaba de noche y se marchaba de noche, pero Ingrid se fijó en que, con frecuencia, se iba sin cobrar. Y Zezenie se lo comunicaba sin el menor pudor, ni siquiera parecía agobiada, se limitaba a decirle que ese día no tenía dinero, pero que suponía que Ingeborg podría dejar la compra a deber en la tienda.

La mujer nunca decía nada, era callada, chepuda y olía raro, ¿quizá a manteca? Pero reñía a los niños como si le estorbaran, cosa que no hacían porque Ingrid se encargaba de impedirlo, como se encargaba de casi todo lo demás, se había apropiado de la casa y de sus peculiares costumbres, también había empezado a defenderla, incluso ante sí misma, y pronto conseguiría ver el modo de comer pescado del señor como una ingesta normal.

Pero llevaba apenas tres meses en la casa cuando mandaron aviso de la Factoría de que Oskar Tommesen había cogido el vapor a la ciudad, pero no había regresado.

Sin duda podía haber muchos motivos para ello, solo que ninguno era razonable, y Zezenie se pasó el resto de la tarde deambulando por la casa y retorciéndose las manos, incapaz de responder a las preguntas que Ingrid ya había comprendido que, de vez en cuando, podía suponer una ventaja plantear para una criada.

Cuando el marido no apareció al día siguiente, ni tampoco al otro, la madre sencillamente dejó de interesarse por los niños y empezó a vagar por las habitaciones como un espectro desaliñado, haciendo recuento de los muebles y el inventario y anotándolo todo en un cuaderno de tapas duras, luego se dedicó a clasificar y guardar las cosas en grandes maletas, e incluso por la noche estaba rodeada de ruidos y luz. Aquello duró tres días y dos noches. Después ella también desapareció, sin decir una palabra, simplemente no estaba cuando Ingrid se levantó por la mañana y bajó a encender las estufas y preparar el café, el silencio era sepulcral, al igual que la oscuridad, nunca había oído un silencio como ese.

Esperó a que los relojes marcaran la hora para levantar a los niños, les dio de desayunar y empezó la espera. No ocurrió nada. Subió a llamar a la puerta del dormitorio del matrimonio, no recibió respuesta, se asomó a la puerta y vio la cama hecha, pero ni un alma. Ingeborg vino a limpiar y quedó claro

que la mujer entendía lo que había pasado, murmuró algo de que por fin la cosa había acabado como tenía que acabar, que habría sido la quiebra que todo el mundo se esperaba, quizá no hubiera estado escrita en las estrellas, pero sí entre las líneas del periódico.

Ingrid no tenía ni idea de lo que era una quiebra. Tampoco leía el periódico que llegaba tres veces por semana y, cuando la mujer murmuró que seguramente el joven matrimonio Tommesen ya estaba en América, la cabeza empezó a darle vueltas.

Ingeborg ni siquiera se había quitado la ropa de abrigo, estaba sentada en la gran cocina vacía, tomando café por primera vez, en una taza de borde dorado, y decía que la casa había ido cuesta abajo desde que el viejo enfermó.

Ingrid sintió un confuso alivio al entender que por lo menos no tenía nada que ver con ella. Aunque sí que lo tenía, era ella quien se había quedado a cargo de dos niños que no eran suyos. Ese día Ingeborg no fregó los suelos, se tomó el café y, antes de marcharse, dijo que era poco probable que volviera.

—Pero ¿y yo qué hago? —exclamó Ingrid.

—Ya, ¿qué le vamos a hacer? —dijo la mujer, y se marchó.

Ingrid se arrepintió de no haber empezado a llorar antes, ahora que nadie la veía era demasiado tarde.

Desde su ventana, Ingrid tenía vistas sobre el mar y las islas. Barrøy era más oscura que las otras, quizá porque tenía más hierba que rocas y peñas. Antes de acostarse, miraba su isla, le daba las buenas noches y, a la mañana siguiente, volvía a verla, algunas veces nítida, otras como una sombra brumosa, pero ya era otoño, había oscuridad y no se veía nada.

Se levantó y preparó el desayuno, apagó las lámparas y jugó con los niños, encendió las lámparas y jugó con los niños, hoy le tocaba a Felix bañarse, la cena, acostar a Suzanne, luego al niño, que no preguntó una sola vez por la madre, pero que corría por la casa golpeando los muebles con una fusta, que Ingrid al final le arrebató, desencadenando un nuevo berrinche.

A la noche siguiente no pegó ojo, pero volvió a levantarse a las seis, preparó el desayuno para tres y comió sola, esperando junto a dos platos vacíos hasta que los relojes marcaron la hora, subió a despertar a los niños, les dio de desayunar, los vistió y salió a peregrinar por el pueblo, estaba lloviendo y tenía que ir a algún sitio a preguntar qué hacer.

Pero ¿adónde?

Se pasó por casa del reverendo, pero allí estaba todo a oscuras. Volvió a casa, jugó, comió y lavó los platos, encendió las lámparas y dio cuerda a los relojes, ese día no había colada, gracias a Dios.

Esta vez durmió como un tronco.

Pero la despertó el silencio. Y su propio llanto. Abrió la ventana, escuchó el mar y volvió a conciliar el sueño, se levantó, puso la mesa para tres adultos y dos niños, aunque ella era la única adulta, esperó a que la luz asomara por las ventanas, despertó a los niños, obligó a Felix a vestirse solo y le dio un guantazo cuando empezó a chillar. Bajó con Suzanne y Felix la siguió gimoteando y a medio vestir. Lo ayudó a ponerse el resto de la ropa mientras le decía que un niño de siete años que no sabe vestirse es una vergüenza. El niño echó a correr y salió de la casa descalzo, Ingrid corrió detrás de él, lo trajo de vuelta a rastras y lo forzó a sentarse a la mesa. Después de desayunar, lo ayudó a ponerse la ropa de abrigo, vistió también a Suzanne y bajó con los

dos niños al muelle a esperar el vapor.

El vapor llegó con una leve nevada, los estibadores descargaron las mercancías y cargaron la leche y el pescado, el barco se marchó.

¿Qué significaban esas miradas de soslayo?

Una nueva peregrinación por el pueblo, por si alguien se fijaba en ellos. Pero nadie se paró y nadie le preguntó nada ni la encontró agradable en su situación: iba arrastrando a dos niños ricos que no dejaban de chillar. Consiguió volver a la casa, encendió las lámparas, preparó la cena, bañó a Suzanne y estuvo hablando a oídos sordos hasta que se quedó dormida, tampoco Suzanne mencionó a la madre.

También al día siguiente llegó el vapor.

Y volvió a zarpar.

Ingrid daba vueltas por el pueblo con los niños. Sin llamar la atención. Margot la de la tienda dijo que naturalmente que los padres volverían, pero añadió que quizá fuera mejor que Ingrid no se llevara todos los productos que había dejado sobre el mostrador, ¿quién iba a pagar la cuenta?

Ingrid le dedicó una mirada vacía.

Decían que la Factoría tenía nuevos dueños, pero...

Otra noche sin pegar ojo. Sin embargo, a la mañana siguiente no llegó ningún dueño, ni los nuevos ni los viejos. Así que Ingrid preparó su pequeña maleta y volvió a apostarse con los dos niños en el muelle, donde vio el vapor atracar y zarpar.

Pero también había llegado la ruta de la leche, estaban cargando las lecheras vacías en el pesquero adaptado del amigo de infancia de su padre, Paulus.

Ingrid cruzó la pasarela con Suzanne en brazos y Felix de la mano y dijo que quería irse para las islas. Desde la caseta de cubierta, Paulus respondió que ni hablar. Ingrid volvió a tierra, recogió la pequeña maleta y el pequeño carro, colocó a Suzanne dentro, la arropó con mantas y se sentó en el suelo, con el carro entre las rodillas. Felix se sentó a su lado. Paulus salió a cubierta y repitió que no podía llevarlos, que para eso necesitaba permiso de los padres y que además hacía mal tiempo, ni siquiera estaba claro que pudiera atracar en Barrøy. Ingrid no respondió. Lloraba, pero no se movió del sitio. Felix no chistó.

Los recibieron Barbro y Maria, que estaban esperando en el muelle nuevo de Barrøy con dos lecheras llenas bajo el vendaval y miraban estupefactas la cubierta, donde Ingrid se había quedado dormida y en ese momento se despertaba, rígida y entumecida. Los niños se habían mareado y vomitado. A duras penas consiguieron desembarcarlos, Paulus los bajó en brazos uno por uno, entre maldiciones, luego bajó el carro. Allí afuera no les servía de nada, pero al menos podían llevarlo entre dos, como una camilla, con Suzanne dentro.

Felix se espabiló y fue por su propio pie. Ahora iba de la mano de Ingrid.

Una vez entraron al calor, Ingrid tuvo que repetir su historia cuatro, incluso cinco veces, hasta que se quedó dormida en el banco de la cocina, hablando por los codos y repleta de un sentimiento al que nadie puede ponerle palabras, el alivio de estar de vuelta en casa, en el régimen de aislamiento del mar, con dos niños que no eran suyos y a los que no podía soportar.

Dos días más tarde Maria zarpó hacia el interior en un intento de aclarar el misterio, pero regresó con las manos vacías, el abuelo de los niños era incapaz de explicarse, la esposa del reverendo seguía fuera y Margot la de la tienda...

Pasó otra semana.

Hizo mal tiempo y pasaban dos días entre cada escala de la ruta de la leche. Maria volvió a pasar al interior, con el mismo magro resultado.

Entre tanto, Suzanne dormía con Ingrid, mientras que Felix dormía solo en la cama doble de la Sala Norte. Había dejado de chillar, de hecho solo lo había intentado una vez y Barbro le había parado los pies. Barbro lo obligaba además a acompañarla al establo, quería enseñarle a ordeñar porque su hijo sabía hacerlo a pesar de ser varón. Felix lloraba y ordeñaba y nunca decía que echara de menos a nadie. Quería juguetes y le daban herramientas para jugar. Después dejó de llorar. Le dieron la ropa que se le había quedado pequeña a

Lars. Y al cabo de tres días, salió a faenar con Ingrid, con palangre vertical, a pesar de que no sabía ni remar ni desangrar, un niño que había crecido en una factoría de pescado...

Pero Ingrid tenía paciencia y estaba en sus propias aguas territoriales. Felix la escuchaba y lo intentaba, y también al día siguiente salió con ella. Cuando se lo pedían, iba a coger leña y turba, y giraba la manivela de la desnatadora con Barbro. Dentro de la casa, Suzanne gateaba por el suelo de la cocina, balbuceaba y daba la impresión de que se iba a poner en pie en cualquier momento.

Recibió entrenamiento de orinal en la silla de Lars. Maria se sentaba, la sujetaba entre sus rodillas y la soltaba, la niña caía. Barbro hacía lo mismo. Suzanne caía, gateaba y caía, y esa misma noche, Felix se subió a las piernas de Barbro y ya no hubo manera de bajarlo. Barbro se quedó sentada hasta que el niño se durmió. Luego lo llevaron en brazos a la cama. Ingrid sentía esa fuerza que solo comprenden los pájaros cuando extienden las alas sobre la cresta de un monte y dejan el resto en manos del viento.

Cuando los niños llevaban allí diez días, Lars regresó del colegio en Havstein. Llegó remando y, por el camino, había pescado. Atracó junto a la escalerilla del muelle nuevo, bajo la grúa, y, al levantar la vista, descubrió una cara nueva.

—¿Quién eres tú?

—Soy Felix —dijo Felix.

Lars trepó por la escalerilla, izó el pescado y lo limpió en la mesa de trabajo del muelle, el niño lo observaba. Lars sacó las espinas de la mayor parte del pescado y lo puso en salazón en una caja, el resto lo troceó para tomarlo fresco, echó los pedazos en un cubo y se lo llevó hacia la casa junto con la mochila del colegio. Felix lo siguió. Cuando entraron, Lars volvió a preguntar quién era el niño. La madre le dio la misma respuesta. Felix. Igual que Ingrid, que estaba haciendo punto junto a la ventana. En el suelo había una niña pequeña, mordisqueando el mango de un bichero corto.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Lars.

—Suzanne —contestó Ingrid.

Lars dejó el cubo de pescado sobre el banco, junto a los cubos de agua, donde sabía que la madre no los quería. Barbro empezó a regañarlo. Lars se rio. La madre preguntó si la travesía había ido bien. El hijo respondió que sí.

—Bueno, no hace mal tiempo —dijo Barbro, y empezó a lavar el pescado, lo cual era innecesario puesto que Lars ya lo había hecho. El hijo se quedó mirándola con la misma sonrisa.

—¿De qué te ríes? —preguntó Barbro.

—De ti —dijo Lars.

A continuación se fue a la entrada y se quitó las botas y la ropa de abrigo. Cuando volvió, Felix estaba parado en medio de la cocina, mirándolo. Lars se sentó a la mesa. Felix se sentó delante de él.

—Ahora tienes que ir por patatas —dijo Barbro.

Felix se sobresaltó, pero salió, y al poco regresó con un cubo que le pasó a Barbro. Ella echó un vistazo al interior y dio la impresión de que iba a decir algo.

—¿Qué pasa, mamá? —dijo Lars—. ¿No hay bastantes patatas?

—Bueno, sí.

—Entonces, ¿qué pasa?

—No pasa nada, ¿de qué hablas?

—Pues yo veo lo que veo.

—¿Y qué ves?

Lars no respondió. Trasladó la mirada a Ingrid y esperó hasta que ella le preguntó si había visto a Nelly en Havstein. Lars se lo pensó y respondió que sí. Ingrid siguió haciendo punto y preguntó cómo estaba Nelly. Lars se encogió de hombros y se quedó mirando la labor, le preguntó qué estaba haciendo. Ingrid levantó el punto y le enseñó la manga de un jersey. Lars alargó el brazo por encima de la mesa y lo tocó.

—¿Para quién es?

—Para mí.

Ingrid metió la mano por la manga y se la enseñó, cerró la mano y extendió los dedos como pétalos, como hacía Zezenie cuando se probaba vestidos. El puño de la manga era de punto elástico y tenía un patrón de estrellas en la parte alta del brazo, las estrellas eran blancas y el resto de la lana azul, la había teñido ella misma. Lars asintió. Ingrid siguió haciendo punto. Maria volvió del establo y vio a Lars, soltó un cubo de nata y se fue a la despensa por un colador, miró de nuevo a Lars.

—Tienes que mover la gabarra, está cambiando el tiempo —dijo.

—Después de comer —dijo Lars.

—¡Ahora! —dijo Maria, y volvió a salir.

Lars miró a Felix, que seguía sin quitarle ojo.

—¿Te vienes?

—Sí —dijo Felix.

La víspera de que Lars tuviera que volver a la escuela, el barco de la leche no pudo atracar en Barrøy, pero dos días más tarde sí arribó. Y Lars seguía allí, atrapado por el mal tiempo.

Hans Barrøy desembarcó en su propia isla, volvía de las obras del ferrocarril un mes largo antes de lo previsto. Traía una manguera negra enrollada alrededor del torso, como una bandolera, y además de su saco, descargaron también una caja de madera. Nadie entendía por qué llegaba ahora.

Pero se alegraban de verlo.

El alivio de que un hombre regrese a casa con vida, aunque sea imprevisto. El país y el mundo estaban en crisis, había quiebras por todas partes, los presupuestos eran escasos, la gente se veía forzada a abandonar sus granjas y otros perdían el trabajo. Habían mandado a casa a la cuadrilla de artificieros que capitaneaba Hans, sin más sueldo que el que ya se había gastado en lo siguiente:

La manguera era para gasolina, pero estaba limpia y nueva, y lo mismo servía para conducir agua que gasolina. Además traía una bomba, un filtro y piezas de fontanería, todo venía en la caja, incluso una terraja para roscar los tubos de cobre. Por fin tendrían agua corriente en la cocina, tendrían que haberlo hecho mucho antes, pero por fin había llegado el momento, la helada todavía no se había agarrado a la tierra.

—Pero ¿tú quién eres? —le preguntó a Felix.

El niño se acercó, agarró la mano de Barbro y se parecía más a Lars de lo que nadie hubiera notado, era una repetición de Lars, incluso llevaba su ropa.

Junto a él se encontraba el verdadero Lars, un hombre de doce años, que miró a su madre y le preguntó si podía quedarse, no quería volver a Havstein. Barbro miró a Paulus, que estaba sobre la cubierta agarrado con un arnés: bueno, ¿en qué quedaban?, por lo menos quería sus amarras.

Antes de que Barbro pudiera responder, Lars soltó la mochila en el muelle y echó a correr hacia el sur. Se quedaron mirando cómo se alejaba. Hans se

rio.

—Creo que puedes marcharte —le dijo a Paulus.

Y soltó las amarras. Paulus las recogió sacudiendo la cabeza y se metió en la caseta de cubierta. A continuación la familia se encaminó hacia la casa, con la caja, el saco, la manguera de gasolina y dos lecheras vacías, esta conexión que tenían ahora con el resto del mundo era realmente un reloj, una maquinaria de relojería, aunque no exactamente engrasada.

Al día siguiente, Hans mandó a los niños a recoger musgo en las cestas de la turba. Hizo un agujero en el muro de los cimientos bajo la despensa y Lars y él se pasaron los días siguientes debajo del suelo, fabricando una estrecha caja de madera de diez metros de largo que fijaron a las vigas del suelo, por la caja conducirían la manguera. Ingrid y Felix se mantenían cerca y les pasaban los materiales a medida que los iban pidiendo a gritos. El pozo estaba al sur y la cocina al norte. Luego agujerearon el muro del pozo e instalaron el filtro un metro por debajo de la superficie del agua, pasaron la manguera a través de la caja, taladraron un agujero en el suelo de la cocina y por él sacaron la manguera, solo les sobró medio metro. Luego montaron la bomba sobre el fregadero y empalmaron los tubos.

Pero el musgo aún no estaba seco. Lo habían extendido por la troje del pajar y serviría de aislante para la manguera en la caja. La helada aún no había llegado.

La cuestión era si el asunto corría prisa.

Y sin duda corría prisa. Hans puso el musgo a secar en la cocina, en ocho cajas de pescado que colgó del techo sobre la estufa. La casa olía a verano, como cuando segaban el heno, sobre todo en el cuarto de Lars y Felix. Los chicos dormían ahora juntos en la Sala Norte y esa habitación también tenía una trampilla en el suelo.

Hans cogió la *færing* y se fue a Hovedøya, donde intentó hablar con el tratante Tommesen, el viejo dueño de la Factoría. El hombre guardaba cama en casa de un viejo matrimonio que lo cuidaba a cambio de un pago que ya no recibía y murmuró que el hijo había sufrido una desgracia, entre lágrimas añadió que sí que había oído lo de los niños.

—Tendrán que quedarse donde están —dijo.

—¿Dónde? —preguntó Hans—. ¿En Barrøy?

El viejo miró a la pared.

Hans conocía a este hombre de toda la vida, había sido un príncipe y un cacique de la costa, y Hans lo había maldecido infinitas veces por vivir del trabajo ajeno. Sin embargo, verlo ahí tirado, como el miserable resultado de su propia vida, no le aportó nada.

Se marchó y fue a buscar al reverendo, que había regresado después de pasar el otoño en la parroquia vecina.

También Johannes Malmberget había oído lo de los niños y lo de las penalidades que había pasado Ingrid, pero excusó a la gente del pueblo diciendo que tenían la misma visión de los ricos que tenía todo el mundo, al fin y al cabo la vida era un infierno. Malmberget bajó la voz y añadió que todo indicaba que el joven Tommesen debía de haberse quitado la vida, y que la mujer se encontraba en un asilo en Bodø. Ya estaba bien de regocijarse en el dolor ajeno, pensaba mencionarlo en el sermón del próximo domingo, de hecho lo estaba escribiendo en esos mismos momentos, ¿quería Hans un coñac?

Sí, gracias, Hans aceptaba encantado un coñac.

Le sirvió tres. Y siguieron conversando, pero lo único que consiguió sacarle Hans al reverendo era que ya se vería, que quizá Zezenie tuviera una familia que se presentara en algún momento, aunque el reverendo tenía poca fe en ello, sin que Hans lograra enterarse de por qué.

—¿No podrías quedártelos tú? —se le ocurrió preguntar.

—¿A quién?

—A los niños.

—¿Yo?

—Sí, tú.

Johannes Malmberget se miró las piernas y recorrió las paredes con la vista antes de volver a mirar a Hans Barrøy, después bajó la mirada como disculpándose y murmuró algo de que las arcas municipales estaban regular, que solo había para beneficencia y que los niños al fin y al cabo eran ricos, o lo habían sido. Y sobre eso libraron una callada batalla aquellas dos miradas: ¿qué se hace con los ricos cuando se vuelven pobres? La lógica invertida, la historia marcha atrás, una situación tan absurda como que el agua corra hacia arriba.

Karen Louise se asomó a la puerta y parecía que iba a ofrecerles algo, pero al final se marchó y ellos continuaron hablando aún otro rato hasta que Hans Barrøy se levantó, dio las gracias por los coñacs y estrechó la mano del

reverendo.

También el reverendo le dio las gracias.

Hans Barrøy se encaminó a la tienda y, como de costumbre, compró más de lo que podía permitirse, todavía gozaba de cierto renombre. Luego surcó el fiordo bajo una luz rosada de atardecer que anunciaba un cambio de tiempo, el viento había empezado a soplar del este y, con él, vendría la helada. Pensó en el musgo que tenía en las cajas de la cocina.

—*Matutinum, matutinum...* —murmuró.

En latín significa «mañana, mañana». Hans lo había leído en un misal cuando estaba en las obras del ferrocarril y las palabras se habían quedado con él, como objetos decorativos que le iban bien a la boca. Él, que conocía todos los trucos del añorar sin sucumbir, había retornado una vez más a casa, a su propia isla, y eso le hacía sentirse especialmente solemne, más aún ahora que, en casa del reverendo, por fin había quedado claro que cuando todo se derrumba, la isla mantiene el bastión, cosa que en realidad ya sabía, pero que nunca había sentido de un modo tan religioso como ahora, cuando el mundo estaba del revés y él tenía más carga que nunca sobre sus hombros. Eso pensaba mientras arriaba la vela frente al embarcadero para que la barca pudiera deslizarse las últimas brazas hacia la rampa y topar contra los palos.

Pero no subió a la casa.

Descargó las mercancías, metió la barca en la caseta y se sentó ante la puerta. Al sacar la pipa, notó que no lograba estirar los dedos de la mano derecha, como si todavía tuviera agarrada la caña del timón, y allí se quedó fumando y mirando hacia el norte bajo una luz rosada que poco a poco pasó a azul. Y allí lo encontraron muerto.

Para entonces estaba tan tieso que, cuando lo acostaron, parecía que seguía sentado. No lograron estirarlo y eso no podían verlo, así que acabaron cubriéndolo. Y aquel de ellos que fue capaz volvió a sacar la barca al mar para regresar a la Factoría y dar aviso, lo hizo Lars.

Fue la muerte más absurda de aquel extenso litoral. Hans Martinsen Barrøy no tenía más que cincuenta años y era fuerte como un toro. El reverendo Malmberget acudió a la isla con la boca llena de palabras como maldición y sufrimiento, además de algunas expresiones marítimas, puesto que nunca olvidaba dónde ejercía, a pesar de que seguía teniendo el mismo pánico al mar que había tenido siempre. Habrá algo más terrible que las olas, se preguntaba cuando llegó exhausto bajo la ventisca y, con ojos acuosos, pudo constatar que Maria se había sentado en una silla con las manos en el regazo y se había quedado muda. Al igual que su hija, Ingrid.

¿Y qué le pasaba en la mirada al chico, Lars?

Barbro se mantuvo de espaldas, regañando a la chiquilla, y evitó así mirar al reverendo. Dado que la existencia se había derrumbado, Johannes Malmberget tuvo que tomar todas las decisiones, llevarse el cadáver al interior y organizar el entierro.

Llegado el día, Adolf de Malvika y Thomas de Stangholmen se encargaron de recoger a la familia y, con un tiempo endiablado, los llevaron al funeral más fundacional que el reverendo hubiera oficiado nunca, hasta que por fin pudo estrecharles las manos y murmurar sus fórmulas rituales. Iría a verlos de vez en cuando y además se encargaría de lo de los niños. Y entonces oyó las únicas palabras que Maria pronunció durante aquellos días: ¿había pensado quitarles también a los niños?

Al día siguiente del entierro, Lars se levantó, hizo fuego y cortó las cuerdas de las que colgaban las cajas sobre la estufa, a continuación despertó a Ingrid y le dijo que preparara el café para Maria y Barbro. Ingrid no quería levantarse.

Lars le dijo que no tenía elección.

Había algo en su mirada.

Felix y Lars se pasaron el resto del día debajo del suelo de la casa, tumbados sobre la espalda, rellenando de musgo la caja de la manguera y

cerrándola. Después taparon con cemento el agujero en los cimientos. Lars había dejado el colegio, eso estaba claro para cualquiera que tuviera ojos en la cara. Cogió algunas herramientas y se fue con la gabarra a Moltholmen, donde introdujo un perno a la roca. Felix lo acompañó y se encargó de sujetar un trapo alrededor de la broca para que la piedra no saltara con los mazazos. El niño preguntó para qué era.

Lars dijo que ya lo vería.

Remaron de vuelta a Barrøy, cogieron cinco redes en el alpendre nuevo y remaron otra vez a Moltholmen con un polispasto y un cabo, fijaron el polispasto, le ensartaron el cabo y remaron de regreso a Barrøy, donde introdujeron otro perno. A continuación largaron una línea de cinco redes que bloqueó medio estrecho y al final la estiraron otro poco para dejarla justo en el centro del paso.

Barbro los había visto desde la casa y fue a preguntar qué estaban haciendo. Lars dijo que a partir de ahora podrían pescar desde tierra, incluso con mal tiempo, por el estrecho pasaban bacalaos y carboneros, además de platijas, y en verano podrían coger salmón. También quería bloquear el estrecho entre Barrøy y Gjesøya, y el que había entre Barrøy y el más cercano de los islotes de Skarvholmene. Al final tendrían quince redes.

Barbro negó con la cabeza.

Lars dijo que Hans tenía pensado hacerlo cuando fuera demasiado viejo para faenar en barca. Barbro regresó a la casa y le contó a Maria lo que se traían los chicos entre manos, pero la cuñada no reaccionó. Ingrid y su madre hacían punto, permanecían sentadas y daban la impresión de imitarse la una a la otra. Barbro empezó a preparar la comida. Suzanne ya era capaz mantenerse de pie junto a la mesa, siempre que se agarrara con uñas y dientes al canto. Nadie se reía de ella. La niña se caía, se levantaba de nuevo, se aferraba al canto y se mantenía erguida. Ingrid siguió haciendo punto entre lágrimas hasta que entró Lars y le dijo que tenía que acompañarlo a Gjesøya, que el estrecho era demasiado ancho, el tiempo demasiado malo y Felix demasiado pequeño.

Felix los siguió gritando que no era demasiado pequeño.

Al final salieron los tres. Enroscaron un perno en la punta norte de Gjesøya y otro en cada uno de los islotes de Skarvholmene, luego calaron tres redes en el último paso. A esas alturas era de noche. Fueron al alpendre nuevo, trocearon algo de pescado en salazón, cogieron unas patatas de la bodega y regresaron a la casa. Barbro dijo que ya iba siendo hora de que

volvieran.

—Suzanne ya se mantiene de pie —dijo lavando las patatas.

Los demás miraron a Suzanne. Lars trasladó la vista a Maria, que parecía dormida a pesar de tener los ojos abiertos, y dijo que era la primera vez que tenían sillas suficientes en Barrøy.

—No, no lo es —replicó Maria.

Y eso fue lo único que dijo ese día.

Al siguiente no dijo nada.

Lars, Ingrid y Felix recogieron las redes y llenaron tres cajas con bacalao y carbonero, ataron los bacalaos por parejas, los llevaron al secadero y los tendieron, el carbonero lo filetearon y se lo llevaron a casa, eran carboneros grandes. Barbro preparó albóndigas con ellos y además coció patatas y zanahorias, Suzanne ya era capaz de dar tres pasos seguidos antes de caer. Así pasaron los días, sin que Maria dijera ni una palabra. Ingrid dormía con ella en la Sala Sur, Felix y Lars en la Sala Norte, y Suzanne con Barbro. La alcoba de Ingrid estaba vacía. Allí no vivía nadie.

Al cabo de diez días, Lars preguntó a Maria si tenían dinero porque necesitaban mercancías. Maria no respondió. Ingrid oyó lo que decía y subió al primo a la Sala Sur, donde le enseñó lo que había en el arcón de la madre. Le dijo que antes de Navidad, la Central Lechera también saldaría sus deudas, pero que no sería mucho. Lars respondió que tendría que acompañarlo a la tienda para hacer la compra de Navidad y repitió que no quería ir con Felix.

—¿Por qué no?

—Se marea.

—Tú también.

Lars dijo que él estaba acostumbrado y que además Felix se daba muchos golpes en la barca y encima le habían salido unas heridas en las manos que la sal y el frío impedían que se le curaran. Ingrid respondió que se lo miraría. Bajaron a la cocina y preguntaron a Maria qué necesitaban de la tienda. No respondió. Estaba empezando a oler. Ingrid decidió que la obligaría a lavarse, sabiendo al mismo tiempo que sería incapaz de hacerlo. Preguntaron a Barbro qué necesitaban. Barbro mencionó algunas cosas: zanahorias, azúcar... Lars lo apuntó todo en un viejo jueves que arrancó del almanaque y se metió en el bolsillo. A continuación oyeron la señal y fueron a recibir el barco de la leche.

Intercambiaron las lecheras. Pero sobre cubierta había también una caja que Ingrid reconoció cuando Paulus la enganchó para bajarla a tierra, era el

ajuar de Zezenie. Se llevó a Paulus a un lado.

—Mi madre está pachucha.

—¿Qué le pasa?

—Creo que son los nervios.

Paulus puso una segunda amarra y los ayudó a llevar el arcón hasta la casa. Lo dejó sobre el banco de la cocina e intentó entablar conversación con Maria, que seguía sin responder y tampoco parecía registrar su presencia. Paulus se quedó parado y echó un vistazo a su alrededor. Lars y Felix lo miraban con los ojos inyectados en sangre y churretones de sal en la cara, tenían el pelo largo, mojado y encrespado. Paulus les preguntó si dormían y Lars respondió que sí, que algo dormían. Suzanne hacía equilibrios junto a la estufa, se agarraba con una mano a las faldas de Barbro y la otra la tenía metida en la boca. Barbro estaba de espaldas, tampoco ella parecía darse cuenta de que estaba allí, el capitán de la leche nunca entraba en la casa. De pronto Barbro gritó a la pared que los chicos no dormían nunca, que faenaban a todas horas, que era espantoso y que iban a sucumbir.

Paulus pidió a Ingrid que lo acompañara al barco, tenía algo para ella. Ingrid fue con él y lo oyó decir que lo de Maria era grave, que iba a dar aviso y que alguien vendría a ayudarlos.

El hombre cogió una carta que tenía a bordo y, al entregársela, la miró detenidamente y le preguntó si ella tampoco dormía. Ingrid clavó la mirada primero en la carta y luego en él. Paulus sacudió la cabeza, soltó amarras y dijo que tenía que mantener a los niños alejados del mar mientras se encontraran en ese estado, que Barbro tenía razón.

Ingrid dijo que sí.

Paulus volvió a bordo y se adentró en el vendaval.

En la cocina de la casa habían abierto el arcón. Contenía una vajilla en la que ponía «Königzelt» y «Made in Poland», estaba envuelta con hojas del periódico que Ingrid no leía cuando estaba de criada en casa de los Tommesen.

Fueron sacando las piezas una a una, las apilaron sobre la mesa de la cocina y guardaron el papel. Había doce platos llanos grandes con ribete de oro y dibujo de flores, doce platos hondos grandes, doce platos más pequeños, doce platillos y doce cuencos. De lo único de lo que no había doce eran las tazas, solo había once tazas y a una le faltaba el asa. Además había

dos salseros y dos fuentes con tapa para las patatas; cuatro bandejas grandes, dos redondas y dos ovaladas; dos jarritas de leche de tamaños distintos; un azucarero con tapa, una cafetera con tapa, y una fuente grande y gruesa que era imposible deducir para qué servía, pero que era igual de fina que todo lo demás. Barbro dijo que podían usarla para la sopa roja, como una especie de estación intermedia entre la olla y el plato. En el fondo del arcón había una bolsa de terciopelo verde atada con un cordón dorado que contenía veinticuatro diminutas cucharillas de plata, estaban negras. Barbro hizo sitio en la despensa. Lars y Felix subieron el arcón a la Sala Norte. Ingrid coció fletán con unas gotitas de vinagre y dos hojas de laurel, como le había enseñado Zezenie. Usaron la vajilla nueva y acompañaron la comida con crema agria. Suzanne rompió un plato. Barbro se limitó a ir a la despensa por uno nuevo, pero dijo que si rompía otro, le daría una paliza. Después de comer, Ingrid curó las heridas de Felix y le dijo que tenía que mantenerlas secas unos días. Felix consultó a Lars con la mirada.

No consiguieron salir a faenar en tres días, pero largaron redes desde tierra. La mayor parte del bacalao que capturaron lo ataron por parejas y lo tendieron en el secadero, el resto lo pusieron en salazón. También ordeñaron y dieron pienso a las vacas, mientras que a las ovejas las dejaron pastando al aire libre, hasta que los animales se rindieron a la tormenta y se apiñaron ante la puerta del establo; cuando estaban dentro querían salir y cuando estaban fuera querían volver a entrar.

Y no fueron a la tienda.

Ingrid tampoco logró lavar a Maria. Pero cuando amainó y se habían preparado para salir, llegó el reverendo Malmberget con el barco de la leche, traía con él a un médico. El hombre examinó a Maria y decidió que tenían que llevársela. Ingrid le preparó la pequeña maleta que habían usado Barbro y ella cuando creyeron que iban a abandonar la isla.

Cuando habían zarpado, Ingrid le dijo a Lars que tendrían que esperar con el viaje a la tienda. El chico preguntó por qué, les faltaba casi de todo, pero como Ingrid no contestó, Lars tampoco indagó más.

Ingrid quitó las sábanas de la Sala Sur y las hirvió en las barricas de la cerveza que guardaban en el alpendre de los suecos, luego las tendió en el alpendre nuevo. Puso sábanas limpias y le dijo a Barbro que ya no tendría que quejarse más de no caber en la cama, a partir de ahora, Suzanne dormiría con ella. Barbro dijo que no hacía falta. Ingrid dijo que mandaba ella. La tía sonrió y calló. Luego llevaron la ropa de cama de la niña a la Sala Sur. Ingrid empezó a enseñarle a andar. Lo hacía sistemáticamente y sin clemencia, la abrigaba y la sacaba al exterior. Cuando había ventisca, andaban por el alpendre o por la caseta del embarcadero, también por el salón.

Lars y Felix pescaban, tanto en barca como con redes desde tierra. Las heridas de Felix se curaron y se volvieron a abrir, parecían bocas blancas e hinchadas, con pequeñas lenguas sanguinolentas. Pero ya no se caía tanto y no le salieron heridas nuevas. Ingrid y Barbro ordeñaban, daban de comer al ganado y preparaban la comida. Suzanne andaba más segura cada día y

también había empezado a hablar.

—*Tufa* quema.

—Sí.

—Chimenea *tambén*.

Dos días antes de Navidad, el viento amainó lo suficiente para que pudieran ir a hacer la compra, no se atrevieron a izar la vela, remaron, y Felix estuvo mareado todo el viaje, vomitaba y se quería morir, pero se despabiló tan pronto como tuvo tierra firme bajo los pies. Hacía dos meses que no veía su hogar, pero la casa seguía ahí, grande y a oscuras, con la veleta chirriando detrás de los altos árboles desnudos. No pareció reconocerla, pero, al cabo de un rato, dijo:

—Ahí está mi casa.

—No —respondió Ingrid.

Fueron a la tienda y, cuando cogieron el saco de zanahorias, Lars juró y perjuró que era la última vez que se gastaban dinero en eso, pensaba plantar zanahorias en Barrøy. También se llevaron parafina, harina y los demás productos anotados en el jueves olvidado de noviembre. No respondieron a las preguntas de Margot, que de pronto volvía a ser amable. Ingrid la ignoró y Lars, al salir, la llamó guarra.

Felix se rio impresionado. Esta vez ni siquiera se fijó en la casa de su infancia. Ingrid, en cambio, se fijó en otra cosa: ya no había nada raro en la mirada de Lars.

Tampoco a la vuelta izaron la vela, decidieron remar, y Barbro y Suzanne los recibieron en la rampa del embarcadero, las dos llorando. Les preguntaron qué pasaba, pero Barbro no respondió, se limitó a echarse el saco de zanahorias a la espalda y enfiló hacia la casa. Ingrid dijo a Suzanne que ya no la cogería más en brazos, nunca. Tendría que subir a la casa por su propio pie, aunque fuera gateando.

Y eso hizo, al menos los últimos cincuenta metros, sin embargo las primeras cuestas las subió andando.

Al día siguiente apenas había viento. El cielo estaba azul oscuro y reluciente, como las fosforescencias del mar. La familia remó hasta Skogsholmen, el islote del bosque, donde seleccionaron el enebro más bonito para usarlo de árbol de Navidad, como habían hecho siempre la víspera de Nochebuena. Ingrid había leído la carta que acompañaba el ajuar de Zezenie

y contenía un secreto que no compartiría con los demás. La tinta decía que Zezenie estaba ingresada en un hospital de Bodø, pero que regresaría pronto, a pesar de que habían subastado tanto la Factoría como la casa, aunque los nuevos dueños todavía no se habían instalado.

Ingrid era incapaz de enfrentarse a eso.

Mientras se dirigían al islote, anunció que cuando volvieran con el árbol de Navidad, Lars y Felix se bañarían, en el barreño del establo, hiciera el frío que hiciera. Además iban a armar los palangres del padre para cuando pasara el tío Erling, así podría llevárselos a Lofoten, les darían por lo menos medio quiñón por ellos y eso suponía varios cientos de coronas. Ingrid sabía armar los palangres. Lars también. Y Felix podía aprender.

Pero no les dio tiempo. El *Guerrero de Barrøy* tocó muelle el día después de Navidad y el tío Erling estaba furioso: el maldito reverendo no había conseguido avisarlo de la muerte del hermano hasta la víspera de Nochebuena. Aunque lo había hecho por telegrama, este había tenido que pasar antes por barco por un montón de islas, ahora ni siquiera habían podido prepararse para la temporada. También venían su mujer, Helga, y su hijo Arnold, de dieciocho años, además de otros tres pescadores.

Pero ¿dónde estaba Maria?

Ay, ay, ay, todo se estaba derrumbando.

Traían medio cerdo y una barrica de salchichas. Helga, Barbro e Ingrid fregaron toda la casa y encendieron todas las estufas, también la de la alcoba del viejo Martin, donde Helga se instaló con su maleta, su Biblia, un mantel bordado y un altar de Navidad, mientras que la tripulación dormía a bordo.

Lars quería ir con ellos a Lofoten, pero el tío se negó en redondo, faenaban en el filo de los bancos y el crío no tenía más de doce años. Lars dijo que podía quedarse en tierra y dedicarse a cebar.

—Tenemos suficientes cebadores —dijo Erling, y le ordenó que se quedara en Barrøy para cuidar de la familia. Además tenía que volver al colegio. Helga se quedaría con ellos hasta que volviera Maria.

—Porque volverá, ¿no?

Eso no lo sabían.

La tripulación, Lars, Ingrid y Felix se pasaron todas las Navidades en el alpendre nuevo, preparando las artes: armaron los palangres con pesas y boyas y los colocaron en las cestas, consiguieron preparar dos juegos con el sello de Hans, lo cual les proporcionaría un quión completo en la generosa contabilidad del tío Erling. El 3 de enero estaban listos y zarparon rumbo al norte en un nuevo vendaval. Ingrid, Lars y Felix se quedaron en el muelle, tenían sus propios planes.

Porque lo de Helga era problemático.

Helga se había llevado una decepción al ver que Maria no estaba y no

hacía ningún esfuerzo por ocultarlo. También le molestaba que nadie quisiera hablar de los padres y que le dieran la espalda cuando trataba de averiguar qué había pasado. Además era muy limpia y muy beata y se entrometía en las labores de la cuñada, como si Barbro no supiera llevar una casa. Y no quería que Felix saliera a faenar, un niño de siete años en una barca descubierta en pleno invierno le parecía intolerable.

Barbro dijo a la invitada que procurara no consumir la poca turba que tenían en la estufa de su alcoba. Helga no llevaba la cuenta de lo que había en las nevadas torres de turba, así que empezó a pasar frío por las noches y hubo que darle otro edredón. Además no le gustaba ir al establo; en tanto que mujer de capitán de pesquero, tenía en casa una chica que se ocupaba de esas labores. Ni siquiera Suzanne quería tratar con ella, de eso se encargó Ingrid, y Felix no decía una palabra cuando le mandaba algo, pero se iba junto a Barbro y esperaba a que a ella se le ocurriera alguna otra cosa que encargarle y, cuando lo hacía, el chico obedecía enseguida.

La escolarización no mejoró, Lars se quedó sencillamente en casa y se paseaba con el semblante de un hombre a quien el nuevo director le resultaba indiferente. Felix faenaba con él mientras le alcanzaban las fuerzas, por lo demás lo acompañaba Ingrid. Tendían el bacalao en los secaderos y se comían el carbonero que ponían en salazón, también el eglefino, con el que Helga hacía albóndigas que comían sobre la porcelana polaca. Pero no habían pasado más de quince días del nuevo año cuando la invitada se sentó en la mecedora del viejo Martin, observó a la pequeña Suzanne correr de acá para allá y dijo que bueno, que sería mejor que se fuera volviendo para su casa, que en Barrøy estaba todo en orden.

Dos días más tarde se marchó hacia el interior con Paulus, la Biblia, el altar y todo lo demás. Ingrid fue la única que le dio un abrazo. Aunque Barbro le sonrió con amabilidad desde el muelle, mientras le explicaba a Suzanne cómo despedirse con la mano cuando un barco abandona una isla.

—Ahora tienes que despedirte de ellos.

En la siguiente escala, Paulus volvió a poner las dos amarras y bajó al muelle, quería hablar con Lars. Le preguntó si no podría entregarle unas cajas de bacalao cada vez que pasara, ahora había poca leche y les daría casi el mismo precio por kilo que en la Factoría. Había llegado un nuevo dueño, Bang Johansen, que había retomado la trata de pescado.

—¿Y por qué no el mismo? —preguntó Lars.

—Por el transporte —respondió Paulus.

—Pero no la pagas tú, ¿no?

—¿El qué?

—La gasolina.

Paulus sonrió de medio lado y dijo que ya harían las cuentas cuando llegara el momento. Lars dijo que cada vez que le entregara pescado, quería un vale con el número de kilos por caja, en la isla tenían una romana, así que el peso sería correcto, y además quería cobrar al contado.

Paulus se rio a carcajadas y dijo que nunca había oído que nadie hiciera eso y que quería hablar con Ingrid. Lars fue a buscar a Ingrid, que acudió y dijo lo mismo que Lars. Llegaron a un acuerdo, con la salvedad de que Paulus no pagaría por vez, sino cada tres, es decir, una vez por semana, y además no le cobrarían intereses cuando el tiempo se pusiera tan endiablado que no pudiera atracar. Con eso se echaron unas buenas risas. Ingrid y Lars se miraron raro.

A lo largo de la semana siguiente, Paulus se llevó 391 kilos de pescado, y la siguiente, 443, pero a la otra bajaron a 80. En un viaje a la tienda, Lars e Ingrid se habían enterado de que Paulus no vendía el pescado fresco en la Factoría, sino que lo tendía en un secadero propio que se había instalado en las peñas a los pies de su granja, el pescado seco se pagaba mucho mejor que el fresco, a pesar de que solo conserva un cuarto de su peso. También habían ido a inspeccionar el secadero de Paulus y habían constatado que estaba tan bien instalado como el suyo en Barrøy, sobre roca limpia. Así que entrada la cuarta semana, solo le entregaron dos cajas de 18 kilos cada una. Paulus preguntó si se estaban tomando un descanso con el buen tiempo, je, je.

Lars respondió que habían perdido muchas artes y cogió el vale de los 36 kilos mientras Paulus comentaba con amargura lo lleno que tenían el secadero. A Lars le dio igual, se fue a casa y anunció que, a partir de ahora, secarían todo su bacalao ellos mismos y lo venderían directamente a la Factoría, también pesado, cuando en algún momento de junio llegaran los tratantes y los escogedores, así era como solían hacerlo Hans y Martin.

Pero Paulus no se dejó amilanar, ahora quería el pescado sin espina, para que lo pusieran en salazón en la Factoría, a un precio que no pudieron rechazar.

Ingrid y Barbro se instalaron en el alpendre nuevo donde descabezaban y arrancaban las espinas al bacalao, luego lo pesaban, lo colocaban en cajas y, cuando el Señor se la proveía, lo cubrían con nieve. Paulus pagaba al contado y más adelante empezó a pedir también las cabezas y las espinas, las quería secas, como en el archipiélago de Lofoten. Se hicieron con unas agujas y empezaron a ensartar las cabezas y a anudar las espinas, después las colgaban en el secadero, servirían para hacer guano y Paulus les pagaría por ellas.

Lars había empezado a hacer cuentas, anotaba, planificaba y tenía ideas nuevas, quería gestionar él mismo el dinero. Ingrid no lo aceptó. Se gritaron. Barbro decidió que el dinero lo guardaría ella y que, en primavera, les daría lo que sobrara. Felix también recibiría su parte. Lars protestó y dijo que él trabajaba más que Felix.

—No es verdad —dijo Barbro, y después preguntó para qué eran las cabezas y las espinas que colgaban en el secadero.

—Para guano —contestó Lars.

—¿Y eso qué es?

—No sé.

—Es abono —dijo Ingrid—. Para exportación.

Barbro preguntó qué era exportación.

—Venderlo en el extranjero —aclaró Felix.

Lo miraron con gesto grave.

—¿Dónde has aprendido eso?

—En casa.

Ingrid le preguntó si tenía algo más que enseñarles, algo que también hubiera aprendido «en casa». Felix no supo qué contestar. Lars llamó bruja a Ingrid. Ingrid lo amenazó con el cuchillo de extraer las espinas. Barbro les mandó callar.

—Sois niños buenos... todos.

—No somos niños —dijo Felix—. Somos adultos.

Barbro se rio y volvió a la casa. Ingrid siguió quitando espinas y Lars dijo que no trabajaba limpio, que se dejaba demasiada carne. Ingrid le preguntó si quería que le enseñara a hacerlo. Lars se hizo de rogar, pero al final dijo que sí. Ingrid le enseñó. Felix los miraba y preguntó a Ingrid dónde había aprendido a hacer eso.

—Me lo enseñó mi padre.

Lars preguntó por qué Hans no le había enseñado a él también. Ingrid evitó mencionar que Hans no era su padre. Lars se concentró en el pescado.

Felix miró a Ingrid.

—¿Somos hermanos? —preguntó.

Ingrid replicó que para qué quería saber eso.

Como el niño no supo explicarse, Ingrid le dijo que ella no era ni su madre ni su hermana. Eso no era lo que Felix quería oír. Así que cuando Lars fue al muelle a izar el resto de la captura, le susurró al niño que Lars era su hermano, aunque él no lo supiera, y que debían guardar el secreto entre ellos. Los ojos de Felix se pusieron relucientes. Ingrid no podía mirarlo, así que le dijo que no podía seguir perdiendo el tiempo y se volvió a la casa pensando en la carta de Zezenie, pensaba en ella con demasiada frecuencia, normalmente varias veces al día, no podía seguir así, tendría que quemarla.

Febrero. Una húmeda ventisca sobrevolaba la isla y el mar volcaba espuma amarilla. El agua se puso blanca, pero habían largado las artes a las afueras del archipiélago y tenían que recuperarlas antes de que el tiempo empeorara más.

—¿Qué dices? —preguntó Lars—. ¿Nos vamos?

—Sí —dijo Felix.

Sacaron la *færing* y rodearon los escollos de Skarveskjær. Al otro lado, las condiciones estaban terribles y apenas habían empezado a halar cuando Felix cayó de cabeza al mar. Lars logró subirlo de nuevo a bordo con el bichero, pero para entonces estaba tan agotado y entumecido que no era capaz de remar, así que volvieron a la deriva, y de costado. Lars se tumbó y abrazó a Felix, que no podía ni hablar, y toparon con Barrøy en el estrecho de Moltholmen. Consiguió subir al niño a tierra y quiso hacer dos cosas a la vez: llevarlo a casa y salvar la barca.

Miró hacia el interior de la ventisca y sintió el frío glacial, hasta la médula.

¿Y cómo de lejos quedaba la casa?

Se cargó a Felix a la espalda y echó a andar. La casa quedaba lejos y Felix no lograba ni agarrarse. Ingrid los vio desde la ventana y acudió corriendo para ayudarlos el último trecho. Metieron a Felix en la cocina, donde Barbro le arrancó la ropa, lo masajeó y le dio palmadas antes de tumbarlo sobre el banco, donde lo arrojó con un edredón y siguió masajeándolo mientras el niño hablaba por los codos y castañeteaba los dientes. Lars estaba lívido como un muerto y dijo que tenían que salvar la barca. Y las artes. Ingrid lo mandó callar. Lo mismo hizo Barbro, que añadió que él también tenía que quitarse la ropa, enseguida. Lars repitió que había que salvar la barca y volvió a salir. Ingrid se abrigó y corrió detrás de él siguiendo sus huellas. Al llegar al estrecho, vieron la barca golpeándose contra el hielo, con un gran boquete en el costado. La paleta del timón también estaba rota. Pero los dos pares de remos seguían allí, al igual que las dos cestas de palangre vacías. Lars se

arrancó el jersey y lo introdujo en el agujero, se valieron de los remos para volver a echar la barca al mar y después atravesaron el estrecho con el agua entrando a chorros por el centro, lograron rodear el cabo del alpendre de los suecos, sacaron la barca, achicaron y la arrastraron otro poco, hasta donde pudieron.

Lars gritó que había que salvar las artes, que tenía que salir con la otra barca. Ingrid le preguntó si había perdido el juicio. El chico corría furioso de un lado para otro. Ingrid le dijo que no podía seguir faenando si no estaba normal. Lars se estremeció, se rio entre dientes y preguntó si Felix se iba a morir. Ingrid dijo que no.

También ella empezó a tiritar y tuvo que meterse en cama.

Felix deliraba en la cocina. Barbro lo velaba, incluso por las noches, y Suzanne no quería separarse de ellos. Ingrid la echaba de menos en la cama, así que se levantó, se tendió junto a la estufa de la cocina y dijo que estaba recuperada. Barbro la subió de nuevo a la cama, pero Ingrid no concilió el sueño hasta que la tía trajo a Suzanne dormida y la acostó a su lado, luego se sentó junto al cabecero y le preguntó si de pronto le daba miedo la oscuridad. Ingrid respondió que no. Barbro preguntó si había visto fantasmas. Ingrid respondió que sí. Barbro dijo que eso era por la fiebre, pero que ya no tenía fiebre, que se lo notaba en la frente. Ingrid asintió. Cuando Suzanne se despertó a la mañana siguiente, preguntó a Ingrid si quería enseñarle a hacer punto.

—Eres demasiado pequeña —dijo Ingrid.

Suzanne dijo que su mamá le decía lo mismo.

—¿Quién es tu mamá? —preguntó Ingrid. Suzanne la miró desconcertada—. Creía que era yo.

Suzanne sonrió pero no dijo nada. Ingrid dijo que podía mirarla mientras ella hacía punto, que así aprendería más rápido cuando llegara el momento. A Suzanne le pareció bien. Y además así aprendía a contar, no solo con los dedos, sino también llevando la cuenta de los puntos.

Lars no cayó enfermo. Cuando amainó el viento, salió y descubrió que era incapaz de mover la barca, se había llenado de nieve. Fue a buscar a Barbro. Consiguieron volcarla y subirla a dos borriquetas, así podían estudiar el boquete del casco desde los dos lados. Era más grande de lo que en principio habían creído y además se había partido también una de las cuadernas. Barbro meneó la cabeza. Lars preguntó si Felix se iba a morir.

Barbro dijo que no y añadió que ahora podía arrepentirse de no haber atendido cuando Hans carenaba las barcas.

—¿Qué sabes tú de eso? —preguntó Lars.

—Hay que ser dos —dijo Barbro con conocimiento de causa.

A continuación enfiló hacia la casa, pero luego se volvió y gritó que podía ayudarlo a amortiguar los golpes del martillo, pero que el resto tendría que hacerlo él.

Lars se metió en el alpendre donde Hans almacenaba los materiales y encontró unas tablas de abeto sin nudos. Serró una pieza del tamaño adecuado, arrancó la tabla rota del forro de la barca y la usó de plantilla. Pero le faltaban dos trozos, tuvo que salir a medir, entró, serró, cepilló, volvió a salir corriendo, diseñó y midió. Cuando acabó, no logró sentar la pieza en su sitio.

Barbro regresó y le dijo que tenía que llevar la tabla a casa, envolverla en trapos húmedos y dejarla en un barreño debajo de la estufa durante un par de días, que así se ablandaría. Lars le preguntó si podía hacerlo ella, él no quería estar en la cocina oyendo los estertores de Felix, ni siquiera entraba para comer. Barbro respondió que tenía que hacerlo él, pero que ella le buscaría unos trapos viejos.

Lars dijo que entonces prefería no hacerlo.

Barbro insistió. Además tenía que comer.

Lars entró con ella e hizo como le había explicado, miró de reojo a Felix, que tiritaba y ni siquiera se daba cuenta de que había entrado. Volvió al alpendre de los suecos y buscó materiales para una cuaderna nueva. No

encontró nada. El alpendre tenía dos ventanas, una hacia el norte y otra hacia el sur. Se quedó mirando por la del norte, el mar estaba negro y liso, como el plomo y la brea.

Siguió mirando hasta que ya no vio más.

Entonces salió, se ocultó detrás del peñasco de la caseta del embarcadero y sacó la otra barca al mar, era más vieja que la rota, llevaba mucho tiempo metida en la caseta y estaba tan seca que le entraba agua. Pero era fácil de manejar. Remó alrededor de la punta del norte e iba ya rumbo al sur por el estrecho cuando avistó a su madre en la playa. Le estaba haciendo señas con ambos brazos.

Lars quiso pasar de largo, pero la voz lo arrastró a tierra. Le preguntó qué quería. Barbro dijo que no podía recoger las artes él solo. El hijo crio a tierra, la madre subió a bordo, lo apartó, se sentó a los remos y puso rumbo hacia las afueras del archipiélago. Al otro lado de los escollos de Skarveskjær encontraron el primer orinque. Lars halaba el palangre y Barbro pairaba y achicaba. No había viento. Llenaron cámara y media de pescado, mucho estaba viejo y mordisqueado, pero parte se podía salvar. Y recuperaron todas las artes.

Remaron con un remo cada uno de vuelta al alpendre nuevo, donde izaron la captura. Lars arrancó las espinas del pescado y Barbro lo colocó en cajas, luego fue a buscar nieve y lo cubrió. Cuando acabaron, Paulus rodeó el cabo y tocó muelle, cargó la poquita leche que tenían y se llevó también el pescado, al que no le puso pegas. Lars le dijo que en los próximos días no le entregaría más y estaba a punto de explicarle por qué cuando Barbro intervino y dijo que tenían que calafatear la *færing*.

Paulus asintió y subió a bordo.

Esa noche Felix dejó de tener estertores. Sus ojos estaban enrojecidos, acuosos y turbios, pero sonreía por encima del borde del edredón y quiso algo de beber y también un poco de comer. No comió mucho y enseguida se durmió, pero lo hizo tranquilo. Lars preguntó una vez más si se iba a morir.

La respuesta fue la misma.

A la mañana siguiente se levantó el primero, encendió la estufa y vio a Felix respirar. El niño abrió los ojos y lo miró. Lars le preguntó si podía hablar. Felix asintió.

—¿Cómo estás?

—Bueno...

Felix quiso incorporarse, pero no pudo. Lars le preguntó cómo estaba ahora. Felix murmuró «bueno» otra vez y se quedó tumbado mientras Lars le explicaba que iba a remar hasta Skogsholmen a ver si encontraba material para una cuaderna nueva. Felix asintió. Conviene que sea de pino, dijo Lars, pero el enebro puede pasar. Felix trasladó la mirada hacia la ventana donde la nieve se había acumulado sobre los travesaños y preguntó qué tiempo hacía. Lars dijo que hacía bueno. Felix parpadeó. Lars salió, bajó a la caseta del embarcadero y volvió a sacar la barca vieja. Seguía entrando agua, así que tenía que hacer paradas para achicar, pero encontró el cortado en la montaña del islote y amarró en el perno que Hans había colocado allí, luego subió al monte con el hacha y el serrucho y empezó la búsqueda. Estaba clareando.

Siguió buscando hasta que fue completamente de día.

Después el cielo volvió a oscurecerse. Pasaba un chubasco de nieve silencioso y pesado, pero el mar seguía como la brea. Cuando el cielo se despejó, por fin encontró un viejo enebro jorobado, usó el hacha para liberar las raíces más gruesas de la congelada pendiente y se maldijo al descubrir que había estropeado el filo, luego cortó una a una las raíces y usó el serrucho para cortar el tronco a un metro de altura, era grueso como un brazo, el brazo de un hombre joven.

Regresó a la barca, achicó y remó hacia casa. Cuando rodeó Moltholmen, vio a Barbro esperándolo. Le preguntó si había pescado. El hijo respondió que no y preguntó por Felix.

—Está muy bien —dijo Barbro.

Metieron la barca. Lars se llevó el tronco de enebro al alpendre de los suecos y empezó a tallarlo. Barbro dijo que primero había que secarlo.

—¿Cómo?

Le explicó que no se podía hacer una cuaderna con madera recién cortada, pero que, estando fresca, era mejor la madera de enebro que la de abeto. Lars preguntó por qué. Barbro dijo que el enebro se encoge menos y también se dilata menos, que es una madera más grasa y fuerte. Lars le preguntó qué pensaba ella que debía hacer. La madre le dijo que tendría que probar con el enebro y enfiló hacia la casa mientras él arremetía contra la media cuaderna destrozada que iba a usar de plantilla, estuvo trabajando hasta que cayó la noche.

Cuando entró para cenar, Felix estaba sentado bajo el edredón y tosía. Todavía tenía los ojos enrojecidos, pero comió algo y preguntó con voz

inaudible si Lars había conseguido la madera. Lars respondió que sí y le explicó que colocaría las piezas al día siguiente. Preguntó a Barbro si había echado agua al barreño que tenían debajo de la estufa y ella respondió que sí. Lars volvió a salir y siguió trabajando hasta que se fue a la cama, para entonces Felix se había dormido en la cocina.

Cuando Lars se levantó a la mañana siguiente, no había luz al otro lado de la ventana. Se vistió, bajó y vio que Felix seguía dormido, por su respiración supo que estaba vivo y no muerto.

Desayunó y se fue al alpendre de los suecos, donde encontró clavos cuadrados y dos martillos, luego ensayó a remachar sobre un yunque. Sacó brea y estopa, calentó la brea sobre un hornillo y cortó dos medidas de estopa. Después de comer, Barbro se unió a él, colocó una jarapa bajo la barca y amortiguaba los golpes mientras Lars remachaba los clavos tumbado. Ahora la barca tenía una traca y media cuaderna claras entre el resto de la madera que estaba oscura de brea. Echaron la barca al mar, se subieron y se dejaron llevar por el viento. Entraron unas pocas gotas de agua. Barbro dijo que era un buen trabajo. ¿Y qué pasaba con la paleta del timón? Lars la arreglaría al día siguiente. Rodearon el cabo, sacaron la barca y la colocaron recta. Barbro se fue a casa. Lars sacó cubos y llenó la barca de agua de mar hasta la altura del roto, para que pudiera hincharse. Cuando acabó, se había levantado viento. Se fue al alpendre nuevo y desenredó y reparó el palangre que habían salvado. Se preguntó si también debía lavarlos.

¿Lavar las artes en medio de la temporada?

Decidió no hacerlo, en su lugar colgó las boyas de cristal con el resto del aparejo, encima de la mesa de cebado. Cuando se dirigió hacia casa, era de noche y nevaba intensamente. En la ventana descubrió una cara. Era Felix, que se había levantado y lo estaba esperando.

El sol está alto en el cielo y los pájaros han recuperado su estrépito, la luz relumbra sobre las numerosas manchas de nieve que aún quedan por la isla haciéndola parecer una cebra. Barbro ha vuelto a instalarse al aire libre con su silla y se dedica a tejer redes. Y Suzanne no se aparta ni una pulgada de las faldas de Ingrid, que con las primeras luces ha hecho un descubrimiento, se ha dado cuenta de que la idea de que no solo el padre se ha ido para siempre, sino también la madre, esa idea insoportable que la ha embestido como fuertes golpes de viento, empieza ahora a darle tregua y, con ello, los padres de alguna manera siguen allí, siempre que piense en otras cosas al recorrer la isla con la mirada y verla como siempre ha sido.

También ha hecho otro descubierta.

Un día se quedó dormida al sol en la Arboleda del Amor y, al despertar, estaba sola.

Se levantó, miró a su alrededor y no vio a Suzanne. Empezó a buscarla y no la encontró. Echó a correr, hacia el norte, hacia el sur, como un caballo desbocado. Empezó a gritar. Se le cortó la respiración y corrió y gritó hasta que sintió las vísceras en la garganta y ya no sabía ni quién era ni qué hacía. Al final encontró a Suzanne al sur de la isla, sentada en la playa junto a la balsa, estaba recogiendo conchas y sostenía en alto una de mejillón bastardo que era blanca como la nieve y mayor que dos manos de niño, una concha completamente circular.

Y entonces Ingrid comprendió que era madre.

Y la sensación fue espantosa.

Reunió las conchas en su delantal, cogió a Suzanne de la mano y se la llevó hacia casa, ya era casi la hora de ir al establo. Ingrid contó que, de pequeña, creía que las conchas eran dinero, porque son lo más perfecto que puedes encontrar en una isla. Reunía grandes cantidades de conchas que distribuía por los alféizares de las ventanas de la casa y el establo, hasta que un día su madre le dijo que tenía que buscar un sitio donde enterrar su tesoro. Le dijo a Suzanne que ahora intentarían encontrarlo juntas. Y entonces pensó

que la niña debía de haber cumplido cuatro años en algún momento del invierno y cayó en la cuenta de que ni siquiera sabía cuándo era su cumpleaños. Y al pensar en Suzanne, en los cumpleaños y en el tesoro que no lograban encontrar, no pensaba en lo otro y la isla volvía a su ser.

Todo cambia en una isla en cuanto vuelve a haber niños. Además de Barbro, que nunca ha sido del todo adulta. Aunque en realidad sí. ¿Y qué pasa con Ingrid? ¿Es una niña? No, hace ya diez años que es adulta. Pero Lars lo ha sido desde que nació. Son tres adultos y dos niños. Acaban de nacer quince corderos y solo han tenido que enterrar a uno, que era negro. La madre no se levantó y no tenía leche, así que al otro tienen que alimentarlo con biberón. También han nacido tres terneros, asistidos por Barbro. Ingrid dice que tienen que seguir cavando zanjas en Gjesøya, retomar el trabajo que empezó Hans. Pero Lars recuerda el silencio que surgió entre su tío y él cuando abandonaron el islote y además ya tiene la mirada puesta en el mar, igual que Hans, y que Felix, así que ¿cuándo empezarán a acarrear piedras de las ruinas de Karvika para construir un rompeolas al sur del alpendre de los suecos?

Ingrid no lo escucha.

Cuando vuelven a labrar el viejo patatal, Barbro hace las veces de caballo, a ratos lo hace Lars. Pero no llegan a plantar zanahorias, no saben cómo hacerlo. Lavan las redes y reparan las casas de los patos de flojel. Pero aún no han ampliado las zanjas de Gjesøya, se preguntan cuándo lo harán. Ingrid y Suzanne recogen huevos, los comprueban soltándolos en agua y luego los meten en barriles y toneles llenos de arena mojada. Ingrid pone dos puñados de plumón en las manos de Suzanne y le enseña la diferencia entre lo que simplemente está bien y lo que es un milagro del cielo. Cuando Lars y Felix cortan turba hasta morir de extenuación y aburrimiento, el mayor llega a la conclusión de que aquel es el peor trabajo del mundo. Hace bochorno, a pesar de que están metidos en un hoyo fresco, y tienen la impresión de trabajar con carbón; otras veces llueve, pero ellos siguen metidos en el mismo hoyo, empapados y embarrados, maltratando las viejas herramientas de Hans. Lanzan los trozos de turba a la hierba, pero como allí no hay nadie que los ponga de canto, cada cierto tiempo tienen que salir del hoyo y hacerlo ellos mismos.

Entonces oyen el motor Bolinder de Paulus y sueltan las herramientas, salen del hoyo y se encaminan hacia el muelle en el mismo momento en que

Ingrid, Barbro y Suzanne salen de la casa, de modo que llegan a la vez y descubren que, junto a las lecheras vacías, hay dos señoras con vestido y abrigo. A una de ellas la reconocen, es Karen Louise Malmberget, la esposa del reverendo, tan delicada y deslumbrante como siempre en la claridad del norte. A la otra, sin embargo, no la reconocen, es Maria Helena Barrøy, que ha regresado del hospital con el pelo encanecido y una piel que parece no haber visto jamás el sol, es la piel de un cadáver en su tumba.

Pero aunque ellos no la reconozcan, Maria sí los reconoce a ellos, también a Felix y a Suzanne, que no se acuerdan de ella. Desembarca despacio y les posa la mano sobre la cabeza con una sonrisa embotada, la misma sonrisa extraña con la que reacciona a los sollozos de Ingrid, que ya la había enterrado junto al padre, para siempre. También Barbro se ve obligada a darles la espalda, de pronto tiene algo que arreglar en el carro y las lecheras.

Paulus también desembarca y pregunta si el pescado ya está seco, y si puede comprárselo casi al mismo precio que pagan en la Factoría.

—¿Por qué no al mismo? —pregunta Lars.

—Por el transporte —responde Paulus.

—Pero la gasolina no la pagas tú —dice Lars.

Paulus admite que quizá tenga razón en eso.

—¿Es de primera suerte?

—Sí —responde Lars.

Paulus lo ataja diciendo que eso lo determinan los escogedores.

Lars mira de reojo a Ingrid, que sigue sollozando, y a Maria, que sigue irreconocible. La recién llegada tiene una aureola que nadie se atreve a perturbar hasta que Ingrid la coge de la mano y se la lleva hacia la casa seguida por los demás, Lars oye a Karen Louise Malmberget decir a Felix que parece el mismísimo demonio.

—¿Dónde te has puesto tan negro?

Oye a Felix reírse y entonces se vuelve hacia Paulus y le dice que el pescado seco lo van a llevar ellos mismos a la Factoría y que lo venderán al precio que paguen allí.

—Bueno, pero ¿tenéis dinero? —pregunta Paulus, que da la impresión de saber algo.

Lars responde que les han dado un quiñón completo por las artes que mandaron a Lofoten en invierno. Paulus pregunta si ya tienen el dinero. Lars dice que sí, que Erling se pasó por la isla hace poco más de un mes para saldar las cuentas y devolverles las artes que repararán para el próximo

invierno.

—¿Dinero en efectivo? —pregunta Paulus con incredulidad.

—Sí —dice Lars.

Tiene la sensación de que la conversación se está alargando y quiere irse con los demás para ver si logra reconocer a Maria. Pero entonces Paulus se quita la gorra y dice que el pescado que tiene él en su secadero solo es de segunda.

—¿Larvas de mosca?

—Sí.

—Hace demasiado calor ahí adentro.

Paulus vuelve a bordo con su extraño semblante. Cuando Lars suelta las amarras, tiene algo nuevo sobre lo que cavilar, se ha quedado con la sensación de que hay algo que no sabe, algo sobre el mundo, los precios y, especialmente, sobre los nuevos propietarios de la Factoría. Así que no se dirige hacia la casa, sino que entra en la caseta, echa la barca al mar y rema hacia el interior. Llega a la Factoría en el momento en que está atracando el carguero de Bergen y de pronto el muelle se anima, aunque en realidad la gente ya había acabado la jornada.

Lars se da una vuelta, deambula como un niño curioso y se entera de que el carguero viene a recoger el pescado salado. El nuevo propietario es un hombre muy joven, en la veintena, al que Lars ya ha visto de pasada una vez. Le llama la atención que va vestido como uno más de los trabajadores, mientras que Tommesen siempre llevaba chaleco y corbata, la única diferencia entre el nuevo propietario y su gente es que él habla más alto y tiene las manos metidas en los bolsillos.

Lars aprovecha la ocasión cuando el escogedor se adentra entre las pilas de pescado salado para seleccionar la que quiere que los trabajadores desmonten y extiendan por el suelo de la salazón a fin de poder determinar el porcentaje del pescado que es de segunda suerte, un porcentaje que será determinante para toda la partida, es la prueba de fuego. Lars ya ha presenciado este momento en otras ocasiones y sabe que es crucial para la economía de la Factoría, se trata de la azarosa liquidación de todo un invierno. Aun así, pregunta al propietario —de pronto recuerda que se llama Bang Johansen— si compra bacalao seco y a qué precio.

Bang Johansen lo mira de reojo, pero no se entera de lo que le dice, toda su atención está puesta en el escogedor, que ya ha seleccionado una pila, y al parecer la elección es ventajosa, desde el punto de vista de Bang Johansen,

porque una sonrisa privada cruza el rostro del nuevo dueño, que a continuación pide a Lars que repita la pregunta. Lars lo hace y Bang Johansen murmura una suma y luego añade, como si estuviera repitiendo un dogma, o una idea de negocios, que los tiempos son malos, que el transporte está muy caro, etcétera. Pero el precio que menciona es mucho más alto de lo que Lars se ha atrevido a soñar en base a la información de Paulus, así que pregunta cuándo puede entregar. Por fin Bang Johansen se fija en él y le pregunta de qué está hablando. Lars espera a que plantee la siguiente pregunta.

—¿Tienes pescado? —dice Bang Johansen.

—Sí.

—¿Eres de las islas?

—Sí.

—Pues entonces tienes que mandarme a tu padre.

Lars está a punto de decir «Yo soy mi padre», pero decide esperar a que Bang Johansen se dé cuenta de que ha vuelto a decir una tontería. Por fin el nuevo dueño dice:

—¿Cuánto tienes?

—Todavía no lo sé.

—Bueno, pues tráemelo.

—¿Y plumón? ¿Coge también plumón?

—¿También tienes plumón?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Todavía no lo sé.

—Bueno, pues tráemelo también y le echamos un vistazo.

Lars está a punto de decir que al plumón de Barrøy no se le echa un vistazo porque está más limpio que el oro, pero también lo deja estar.

—¿Y huevos? —pregunta en su lugar.

Entonces Bang Johansen se echa a reír y dice que estará encantado de comprar también huevos.

—Pero ¿dónde coño te has puesto tan negro?

En el camino de regreso, Lars vuelve a pensar en la pregunta que le planteó Hans una vez que estaban en el Jardín de Roña, contemplando el muelle y el alpendre nuevo, y el buen tiempo de la noche de verano permitía que los

pensamientos se tensaran por toda la cúpula celeste. Hans le preguntó si había pensado alguna vez en lo que le faltaba a Barrøy. Lars respondió que Barrøy tenía todo lo que debía tener. Un barco, dijo Hans. Con motor. Un barco grande. Un cúter. O al menos un *sjark*. Era un poco ridículo tener un muelle de piedra sin una embarcación amarrada permanentemente, por no hablar del alpendre nuevo.

—El puerto es malo —había respondido Lars, debió de ser en algún momento del año anterior, o del otro, y hacía poco que se había enterado de por qué el barco de la leche no podía atracar cuando hacía mal tiempo.

—Pero tenemos muchas piedras —había continuado Hans—. Podemos construir un rompeolas de cinco o seis metros de largo a partir del cabo del alpendre de los suecos, eso cambiaría las corrientes y las olas del estrecho.

Desde la muerte del tío, Lars le había dado muchas vueltas a este asunto y había empezado a pensar en las piedras de las ruinas de Karvika. Ahora, mientras remaba hacia casa, fue imaginándose todo a medida que su razonamiento se mezclaba con el encuentro con Bang Johansen, el hombre de las manos en los bolsillos que le había contado el precio del bacalao seco. Y llevado por el agradable ritmo de los remos, aún se le ocurrieron algunas ideas más cuando se planteó si faltarían otras cosas en Barrøy, cosas que ahora le tocaba a él descubrir y llevar a cabo, si comparaba Barrøy con otras islas, por ejemplo, o con otros sitios. La idea era como para marearse, eran los pensamientos acumulados durante todo un invierno y no tenía nada con lo que comparar.

Mientras Lars está en la Factoría, Ingrid se ha sentado en la cocina a mirar a su madre. Maria ha reencontrado su silla y alterna entre mirar por la ventana y mirar a la hija y a los demás, mientras sonríe con labios blancos y finos, y los pómulos demasiado marcados. Y cuando le ofrecen café y la torta que Barbro le sirve en porcelana polaca, responde «Sí, por favor», como si estuviera de visita en un país extranjero.

Maria coge la taza y el platillo y los estudia detenidamente, asintiendo, como si eso confirmara que es huésped en su propia casa, pero por lo demás mantiene las manos en el regazo.

Ingrid sale y entra, llora cuando está fuera y sonríe cuando está dentro.

Karen Louise la sigue y le dice que tienen que hablar, no del estado de Maria, sino de dinero. Resulta que su padre había pedido un préstamo poniendo por aval la propiedad Barrøy, número de granja 55, número de explotación 1. No era la primera vez que cogía un préstamo y siempre los devolvía, no es eso, pero ahora vence otro pago en la Caja de Ahorros, el 1 de julio, y se trata de una suma de trescientas coronas, además de la considerable cuenta que tienen pendiente en la tienda por los víveres que se han llevado ese invierno. Karen Louise pregunta si Ingrid ha pensado en lo que significaría que el banco se quedara con Barrøy y dice que quizá no sería tan mala idea, que así podrían comprarse tierras nuevas en el pueblo, de hecho ella ya ha hablado con Paulus, un hombre que en el fondo no ha nacido para labriego y quiere vender, a buen precio, dice la esposa del reverendo sonrojándose y con el aliento entrecortado, luego culmina su grandioso plan añadiendo que deben de haber pasado un invierno espantoso. Da la impresión de estar hablando con una paciente.

Ingrid es incapaz de llevarle la contraria a esta mujer que es una especie de gobierno en la parroquia, pero le pide que espere un momento, sube a la Sala Sur, coge trescientas coronas del dinero que les dio el tío Erling y, al bajar, se las entrega a Karen Louise Malmberget. Le pide que por favor gestione el asunto por ella, con el banco, y añade que la cuenta pendiente en

la tienda no puede ser gran cosa, puesto que han ido pagando al contado todo el invierno.

Karen Louise Malmberget se sonroja aún más.

Ingrid coge carrerilla y añade que también quiere un recibo firmado que diga que le ha dado este dinero y que ella lo va a llevar al banco y a ningún otro sitio. Karen Louise le pregunta de dónde ha sacado tanto dinero y murmura que lo del recibo no será necesario.

Ingrid entra en la cocina, se sienta junto a la madre y pregunta qué son las dos cicatrices que tiene en las sienes. Maria sonrío. Karen Louise también regresa, vuelve a sentarse, toma un sorbo del café frío y responde «No, gracias» cuando Barbro le ofrece más, luego mira a Suzanne, que se sube a las piernas de Ingrid y mira de reojo a Maria.

—¿Quién es la señora?

—Es mamá —dice Ingrid, y pasa a la niña al regazo de Maria.

Luego se acerca a la cómoda del salón, saca papel y pluma y se sienta a escribir. Karen Louise lee el papel con gesto tenso, señala que se le ha olvidado poner la fecha y le informa de qué día es. Ingrid escribe la fecha. Karen Louise firma diciendo que eso era realmente innecesario y luego afirma oír el Bolinder de Paulus.

Pero lo que oye no es el barco de la leche, en el mejor de los casos son los silenciosos remos de Lars, que amarra la barca, sube la cuesta y entra en la cocina, donde mira a su alrededor como quien ha penetrado una tumba. Sobre la mesa están el dinero y el recibo, Lars pregunta qué es eso.

—Ve a lavarte —dice Ingrid—. Y llévate a Felix también.

—¿Qué es eso? —repite Lars.

Ingrid no responde. Karen Louise se mete el dinero en un bolso de piel marrón con perlas verdes. Ingrid pliega la hoja y se queda sentada, abanicándose con el papel hasta que Karen Louise se levanta y pide a Lars que la acompañe afuera.

Ingrid los observa desde la ventana: Lars que camina junto a la esposa del reverendo en dirección al muelle y se detiene, abre la boca y le grita algo. Karen Louise que se tapa las orejas y se encoge. Lars que sigue gritando y la mujer que sigue encogiéndose hasta que por fin se endereza y corretea hacia el muelle, al mismo tiempo que Lars da media vuelta y regresa corriendo a la casa. Al entrar en la cocina, agarra el atizador y golpea a Ingrid en la cabeza,

haciendo saltar la sangre sobre la mesa y el recibo. Ingrid ve las estrellas. Oye la voz del primo. Y ve a Barbro rodearlo con los brazos. Lars se revuelve, se sacude y no deja de gritar. Ingrid consigue levantarse y se lleva una mano a la frente, al ver la sangre, se agacha por el atizador y golpea a Lars en la frente, dos veces. Barbro suelta un chillido, arroja al chico a un lado y rodea a Ingrid con los brazos, que a su vez se agita y da mordiscos. Felix los mira con los ojos como platos. Suzanne sonríe con un dedo metido en la boca. Y entonces Maria la deja en el suelo, se levanta y se acerca al fregadero, pone las manos sobre la bomba y empieza a moverla adelante y atrás, prueba el agua y sigue bombeando, cada vez más rápido, y Barbro suelta a Ingrid, se acerca a ella y la rodea también con los brazos, luego detiene el chorro.

—Agua, agua...

Se hace el silencio.

Y entonces Lars se acuerda de que tiene que echar un vistazo al pescado, ya no puede hacer más calor. Sale y se encamina hacia el secadero, con Felix siguiéndole los talones. El niño pregunta si le duele la herida en la frente. Lars se relame la sangre que alcanza con la lengua y luego trepa por debajo del secadero, y empieza a examinar el vientre de un bacalao tras otro, sin descubrir ni huevos de moscas ni otras guarrer as. Felix repite la pregunta. Lars no responde, est  calculando, contando, y recorre la isla con la mirada como para asegurarse de algo.

—Ahora le vamos a pedir agua caliente a mamá —dice.

Arriba, en las casas, ve a Ingrid y a la madre salir al patio. Maria con su vestido claro, Ingrid también con vestido, le sujeta la mano como si fuera una niña, ella o la madre, ya sale también Suzanne, y las tres se dirigen hacia el sur a través de los jardines, alborotando a su paso a los pájaros, que alzan el vuelo y se precipitan sobre ellas como agitadas hojas blancas. Lars oye sus voces, aunque no de qué hablan, y repite que tienen que ir a pedirle agua caliente a Barbro.

Tienen dos recados que hacer en el pueblo. El primero es en casa del reverendo y este lo lleva a cabo Ingrid sola, en contra de la voluntad de Lars, que se queda con Felix vigilando la barca con el bacalao seco y los huevos de gaviota. En casa del reverendo, Ingrid sufre una conmoción.

Se debe a la revisión apacible, pero despiadada, que hace el reverendo de las disposiciones de Hans a lo largo de los años. No es que, a ojos de Malmberget, el padre tuviera muchas cosas con las que hacer malabares aquí en la tierra, pero aun así no se conformaba con habitar Barrøy, sino que también quería construir en la isla, tal como todo heredero quiere dejar más de lo que ha recibido; en esto hay un círculo, una cadena de la vida, una ley. Pero eso implica que lo que Ingrid toda su vida ha creído que era un inamovible peñasco en el mar ha sido en realidad una balsa que el padre solo conseguía mantener a flote por los pelos.

Ingrid se pregunta si la madre estaría informada de esto y le plantea la cuestión al reverendo. Malmberget responde que no sabe, con una mirada que Ingrid interpreta como que eso debe preguntárselo a otro, sin que esté muy claro a quién se refiere.

Por si acaso, Ingrid no dice más.

Malmberget se levanta, se pasea por las mullidas alfombras y le sirve zumo de frambuesas, mientras que él se sirve café. Luego vuelve a sentarse, saca un cajón y entra en materia: entrega a Ingrid los papeles de la hipoteca, algunas facturas y el certificado de defunción del padre, además del título de propiedad de la isla. Ahora ella es la legítima propietaria de Barrøy, la única heredera, puesto que no hay hijos varones ni viuda en condición sana. La entrega es solemne, es una ráfaga de algo mayor que ellos mismos, que también deja su huella en la habitación en la que un apóstol sin nombre los observa desde su escondite en la pared.

Ingrid está aterrada.

Pero también se crece, por dentro, y lee detenidamente todo el título de propiedad, el recuento de las islas, los islotes y los escollos de lo que será su

reino en cuanto alcance la mayoría de edad, las tierras cultivadas, los terrenos baldíos, los derechos al agua, la turba, las bayas, las capturas, la leña y los objetos a la deriva... Observa las letras góticas, las líneas discontinuas, la tinta azul, negra, la forma de la caligrafía, el sello rojo...

El reverendo pregunta cómo está su madre.

Ingrid levanta la vista y se lo piensa.

Al final dice que no sabe, que ya no duerme con ella, sino con Suzanne y el gato en la Sala Sur, y que Maria duerme sola en la vieja alcoba de Ingrid. Añade que por el día la madre se sienta en la cocina o en una silla al sol, como una Barbro cualquiera, que al establo solo va de vez en cuando y que las raras veces que prepara la comida, lo hace con parsimonia y tienen que ponerla en marcha una hora antes...

El reverendo asiente.

Ingrid continúa y dice que tienen demasiado ganado para la tierra de la que disponen. Y que necesitan un caballo. Ha hecho sus cálculos basándose en el hecho de que el padre era una máquina viviente capaz de segar veinte decáreas con guadaña, mientras que este año Lars ha logrado segar tres, Barbro dos e Ingrid una. Pueden poner a una de las vacas a tirar de la vieja segadora, pero supone un enorme esfuerzo y el animal pierde la leche, también pueden usar una vaca en el patatal, si aran solo con cuchilla y vertedera, pero luego está el problema de la relación entre pastizales y tierras cultivadas, que no es la correcta...

El reverendo Malmberget tiene la sensación de intuir un cálculo en el que unos elementos pesan hacia un lado, y otros, hacia otro. Ingrid está a la caza de la proporción áurea para el manejo de Barrøy, la proporción entre animales, tierra, personas y mar, un delicado equilibrio que ha de cuidarse para que pueda vivir allí un número determinado de personas, ni más ni menos, sino exactamente los que son, el reverendo sonrío.

Llegan a una especie de recapitulación. El reverendo alaba su madurez y, en una especie de cierre admonitorio, vuelve a abrir su cajón y le pasa unas hojas por encima de la mesa, son las copias de dos certificados de bautismo, los de Felix y Suzanne. Luego dice que tiene que asegurarse de que, ese otoño, Felix empiece a ir al colegio en Havstein. Johannes Malmberget ya se ha tomado la libertad de inscribirlo.

Ingrid se levanta y dice que sí, consciente de que va a ser una dura batalla, porque si a lo largo de este año ella se ha convertido en madre, Lars sin duda se ha convertido en padre. Y él no tiene la menor intención de volver al

pupitre.

Pero esta reunión no la ha achicado.

Hace una reverencia pensando que, aunque no se ha atrevido a plantear la cuestión más difícil, la de los niños, como tampoco lo ha hecho el reverendo, el asunto no se ha vuelto más acuciante por el hecho de haber recibido las dos copias que introduce en el sobre junto con el título de propiedad y el certificado de defunción del padre.

Lars y Felix se han alejado de la Factoría y están sentados sobre la coquera ante la tienda. Al verla salir de casa del reverendo, Lars tiene la sensación de intuir algo en los andares de Ingrid, con el sobre que aprisiona bajo el brazo parece una maestra. Lars se baja de un salto de la coquera y le pregunta en qué ha quedado la cosa con respecto al barco motorizado, tienen dinero suficiente, pero ¿puede el reverendo avalarlos?

Ingrid responde que no necesitan un barco, sino un caballo.

—¿Un caballo?!

Es lo más estúpido que Lars ha oído en la vida, ya tuvieron un caballo, trabajaba un mes y se pasaba los otros once comiendo.

—¿Piensas segar toda Barrøy tú solo? —pregunta Ingrid—. ¿Con guadaña?

Lars no tiene nada que replicar a eso. Ingrid dice que el caballo lo pedirán prestado.

—A Adolf de Malvika, él tiene tres.

—¿Y eso cómo va a ser? ¿Vendrán nadando?

Ingrid explica que Paulus transportará el caballo, del mismo modo que transporta las vacas y los toros para el apareamiento.

—¿Y entonces no sale tan caro? —pregunta Lars.

—Solo vamos a tener dos vacas.

—¿Por qué?

Ingrid le explica que dos vacas producen justo lo suficiente para que siga pasando el barco de la leche y se han vuelto dependientes de él. Pero no menciona que además pueden usarlo de transporte escolar, al igual que omite la parte del razonamiento que dice que dos vacas darán menos trabajo en el establo, de modo que Barbro podrá tejer redes e Ingrid armar artes, recoger bayas y... todo lo demás, mientras que Maria... A la madre tampoco la menciona.

—Y tendremos más ovejas.

A partir de ahora, las ovejas pastarán menos tiempo en Barrøy y más en los islotes de Skogsholmen, Knuten y Gjesøya, desde el momento en que se retire la nieve hasta tanto después de que caiga la nueva como sea posible.

Tampoco a eso puede Lars replicar gran cosa, han llegado a la Factoría y van a enfrentarse a su segundo recado.

Lars sitúa la barca debajo de la grúa. Izan el barril de huevos, que pesa como el plomo, y a continuación el bacalao seco. Al oír jaleo en el muelle, Bang Johansen sale a enterarse de lo que pasa.

El nuevo propietario de la Factoría quiere comprobar los huevos en agua, así que abre la tapa del barril, aparta un poco de arena y saca cuatro huevos de gaviota y dos de pato de flojel, y todos se hunden como deben, pero en vez de en un cubo, Bang Johansen los ha soltado en un barreño que tiene cerca de un metro de profundidad, así que, para sacarlos, tiene que inclinarse sobre el borde y prácticamente zambullirse de modo que acaba empapado. Los chicos se ríen y el hombre sonrío.

—¿Cuántos huevos hay en el barril? —pregunta.

—Ochenta —responde Lars.

—¿Tenéis más?

—Otro barril. Llega mañana.

Bang Johansen asiente y empieza a inspeccionar el pescado seco que han extendido sobre una rejilla, tampoco encuentra nada que objetarle. Pero el precio ha bajado desde la última vez, se debe a los mercados...

—Guarro —dice Felix.

—¿Qué has dicho?

Felix quiere repetirlo, pero Ingrid le da un guantazo.

—Ni siquiera sabe lo que significa.

—Claro que lo sé —dice Felix, y se lleva otro sopapo.

Lars sonrío con la vista clavada en las tablas del muelle y Bang Johansen sacude la cabeza y dice «Malditos críos», luego vuelve a revisar el pescado y pregunta en qué queda la cosa. Ingrid le pide que pese la partida y les dé un vale por el pescado y otro por los huevos. Él la pesa a la vista de todo el mundo y le sale el mismo número de kilos que ellos han calculado en la isla. Luego les da los vales.

—¿Y qué pasa con el plumón?

Ingrid siente la calma y dice a Bang Johansen que del plumón ya hablarán más adelante.

—¿Por qué?

El modo en que lo dice, la mirada, la expresión... Ingrid le pregunta si realmente quiere plumón. Bang Johansen responde que por supuesto que quiere plumón. Ingrid ya ha vivido esta situación antes, con su padre, cuando el dueño de la Factoría se limitaba a ofrecer un precio y el padre podía aceptarlo o rechazarlo, y luego se marchaba, hubiera llegado a un trato o no. Ingrid pregunta a cuánto se paga el plumón este año. Bang Johansen responde. Ingrid repite que se lo pensará, que primero tienen que traer el resto de los huevos y del pescado, y que eso les llevará tres o cuatro días. Bang Johansen asiente.

—Sí, sí, los huevos.

De regreso, Felix y Lars se sientan a los remos, mientras que Ingrid se instala en el bao de popa, con un sobre marrón en el regazo y una suave brisa de verano en el pelo.

—¿De qué te ríes? —pregunta Lars.

—De nada —responde la reina de Barrøy.

Dos de sus súbditos la están llevando a su reino sin conocer en absoluto sus planes y ella no piensa contárselos hasta que los ponga en marcha. Lo ha aprendido del padre. El silencio. La sorpresa. El título de propiedad y las copias en el sobre. No, lo ha aprendido de la madre. ¿O cómo era? No se acuerda. Ya no sonrío. Echa de menos a los dos como no los ha echado de menos desde que murieron. Y Lars mira para otro lado.

Hans Barrøy tenía tres sueños: soñaba con un barco motorizado, con una isla más grande y con otra vida. Los dos primeros sueños los aireaba a los cuatro vientos, ante familiares y extraños; del último no hablaba nunca, ni siquiera consigo mismo.

También Maria tenía tres sueños: más hijos, una isla más pequeña y... otra vida. Al contrario que su marido, pensaba a menudo en el último, que fue creciendo a medida que los dos primeros empalidecían y se alejaban.

Al morir el marido, empezó a arrepentirse.

Arrepentirse de un sueño es lo más destructivo que hay. Maria se arrepintió de que la isla le hubiera parecido demasiado grande con su trabajo inabarcable, y de haber deseado más hijos cuando ya tenía a Ingrid.

Después una amenaza ser cernió sobre ella, la misma sensación que surgió cuando estuvo allí un presidiario y les robó algo que no sabían que tenían, dejándoles una mancha en la vida, algo que les trajo el viento, que les trajeron los pájaros, el mar, la nieve, el agua corriente en la cocina y las águilas que habían empezado a sentarse sobre el tejado del alpendre nuevo. Los pasos del gato le sonaban como detonaciones, que luego se comprimían en una gota dura que se dilataba y se contraía como el corazón de un animal.

—Yo te llevo de la mano, mamá —dice Ingrid ante la puerta de la alcoba que ocupó de niña, y espera a que Maria consiga vestirse.

Luego bajan a la cocina y se toman el café y el desayuno que Barbro ha puesto sobre la mesa. Barbro ya ha salido a atender a las vacas, que ahora pastan al aire libre las veinticuatro horas del día, pero que se acercan a la casa cuando las ubres se les ponen reventonas, meneando el cencerro para despertar a quien esté atento. Y este verano es Barbro quien se levanta entre maldiciones y las ordeña, Ingrid tiene otras cosas que hacer.

Vuelve a subir las escaleras para despertar a Suzanne y también espera mientras la niña se viste con la ropa que llevaba ella de pequeña, después bajan, terminan de desayunar y salen a los campos ya llueva o haga sol.

Recorren la isla, observan que la hierba está alta y saben que crecerá más aún. Reman a los islotes y hacen recuento de los corderos. Maria reconoce algunas cosas, pero no todas, dice «Vaya» y se le viene a la cabeza algo que ni siquiera Ingrid recuerda. Luego pregunta cuántos hijos tiene. Ingrid responde que tres. No, dice Maria, y, como para ensayarlas, pronuncia palabras sueltas: barco, faro, caballo... «Ya llegan los niños», dice al ver que la barca regresa tras entregar más pescado a la Factoría. Ingrid les pregunta a gritos si se han acordado del vale. Lars no responde, se limita a trepar por la escalerilla y enfila hacia la casa para comer algo, con Felix siguiéndole los talones.

La sonrisa de Maria.

No es propia de la isla.

Se sientan en el muelle y la madre cuenta cómo iba vestido el padre cuando se conocieron, lo que dijo, sus ocurrencias, y a Ingrid se le entrecierran los ojos, pero deja que continúe: el caballo, la arena, el horno para ahumar... Suzanne está tirando piedras al mar mientras hace equilibrios sobre el borde del muelle. Cuando Ingrid le pide que pare, Maria comenta lo bonita que lleva a la niña, peinada y arreglada como una muñeca. Ingrid piensa que, si hasta su madre se ha dado cuenta de que ha empezado a tener privilegios, la pequeñina debería mancharse un poco más. Esta noche se la llevará con ella a ordeñar, ahora las vacas pastan en el Jardín de Pecho, donde de todos modos no pueden usar la segadora. La hierba sigue creciendo, los días más apacibles del año se funden unos con otros sin noches de por medio mientras la hierba crece, la lluvia cae, el sol brilla y las gaviotas graznan, hasta que un día Paulus trae el caballo.

Hay marea viva y es media noche, todos los sonidos están concentrados dentro de un matraz, es la voz de las noches blancas. Ingrid ve que a Maria se le transforma la mirada al ver al caballo. Paulus lo trae atado amarrado tanto por las patas como por el cuerpo y la cabeza, a la barandilla, a la caseta del puente, al mástil, está inmóvil como un juguete de madera y ha soltado una considerable boñiga sobre la cubierta.

Colocan la pasarela que han fabricado Lars y Felix, y pasan al animal a tierra; se quedará en Barrøy hasta la próxima vez que haya aguas vivas, Ingrid ha calculado que será en algún momento de la canícula, así que también tendrán tiempo de roturar nuevos patatales para el verano que viene.

Paulus les entrega también un pedido de la tienda. Ingrid quiere comprobar que ha venido todo, pero vuelve a advertir la mirada de Maria, que ahora ha posado una mano sobre las crines del caballo, como para saludarlo, y de pronto empiezan a darle vueltas los ojos, agacha la cabeza, se tambalea y solo la mano sobre las crines impide que se desplome, al final yergue la cabeza y mira a Ingrid con ojos que no dan vueltas. Ingrid quiere soltarle la mano y llevársela a casa, pero Maria se suelta sola y acaricia el cuello del animal.

—Mataron al caballo —dice.

—¿Cómo?

—Le pegaron un tiro pensando que no los veíamos.

Los demás se llevan al caballo hacia el sur. Maria e Ingrid suben a la casa y se sientan sobre la tapa del pozo. El sol de medianoche reluce sobre el pelo de Maria haciéndolo parecer completamente blanco, ni siquiera se puede trenzar. Dice que en el hospital ha hablado con Zezenie, varias veces, o que al menos lo ha intentado y que no va a volver.

Ingrid asiente.

—¿Entiendes lo que te digo?

—Sí —dice Ingrid.

Maria pregunta si lo ha arreglado todo con el reverendo, ¿tiene los papeles?

Ingrid asiente.

—Bien.

Ingrid pregunta si quiere recuperar la Sala Sur. Maria responde que no hace falta. Luego cuenta que intentó hablar con los médicos sobre las detonaciones de las patas del gato, pero que ellos solo querían hablar del marido. Sin embargo Maria solo se acordaba de un detalle, de que Hans dijo que quería sentarse frente a ella en la mesa para no perderla de vista ni un segundo, de eso no hace más de un año o dos. Luego se quedó dormida y no ha despertado hasta ahora, cuando ha tocado al caballo y ha sentido su respiración en los músculos bajo la cálida piel. Ingrid dice entender, pero a la vez siente una inquietud y pregunta a la madre si cree que el padre sabía que iba a morir. Maria se lo piensa y responde que no, que tuvo una buena muerte y que murió cuando tenía que morir, solo que fue como tantas otras cosas buenas, que son imposibles de descubrir.

El caballo se llamaba Wilhelm en honor a un emperador y no era como el que habían tenido ellos. En primer lugar, no se extrañaba de estar en una isla y no daba coces, era bueno y holgazán, y se echaba a dormir tan pronto como lo soltaban del tiro que tuviera enganchado. Suzanne y Felix podían incluso montarlo.

Con el caballo llegaron dos latas de aceite de linaza, un saco grande y otro pequeño con polvos, y unas brochas. Ingrid quería pintar la casa.

—Será blanca.

Con las ventanas y los marcos verdes.

Cuando no estaban segando o poniendo el heno a secar, pintaban. También Maria. Ella pintó las ventanas, despacio y minuciosamente. Fue el primer edificio de Barrøy que recibió una capa de pintura y con ello no solo se transformó la casa, sino la isla entera, se transformaron las piedras, la playa, la hierba, los animales y los árboles. Al acabar, eran incapaces de mirarla, o al menos no podían creerse lo que veían: la vieja casa gris parecía esculpida en nieve y daba la impresión de estar en otro lado, en tierra firme, en una ciudad. Transmitía una inconcebible opulencia que solo podía resplandecer aquí, donde no tenía rivales, era una conmoción, un cuerpo foráneo, era para morirse de la risa.

Por la tarde salían a los campos, se volvían y, al ver la casa, pensaban: ahí vivimos. Era también lo primero que hacían por la mañana: salir y mirar la casa, les daba fuerzas, esperanzas y ánimos. De pronto les gustaba más estar fuera que dentro, nunca les había pasado. La casa cambiaba de aspecto según la veías desde la Arboleda del Amor o desde el Ojo de la Helada y Karvika, era mutable, movable y visible desde las demás islas, una torre, un hito en el mar, un emblema. La gente acudía desde lejos, intrigada por lo que se les había ocurrido esta vez, y preguntaban si era costoso, resistente y difícil de aplicar. Cuando se marchaban, tenían la cabeza repleta de ideas.

La casa se veía desde la Factoría. Se veía desde el cielo, desde el mar, desde las montañas de tierra firme, desde la sede del Gobierno en la capital y

desde Borneo, no había ojo que no pudiera verla.

Engancharon la segadora al perezoso caballo y segaron el Jardín de Rosas, el Jardín de Roña y el Jardín del Edén. Reencontraron todos los viejos agujeros de las estacas de los tendedores del heno y los instalaron como siempre lo habían hecho, de norte a sur para que no los volcara el viento, eran de un color verde grisáceo, sinuosos muros trasversales a las cercas de piedra.

A lo largo del verano, encajaron otras muchas cosas con las que no se habían atrevido ni a soñar. El tío Erling vino a visitarlos con la familia y se alió con Ingrid en su visión de la escolarización de Felix, además Lars tendría que armarse de paciencia un año más antes de hacer su primera temporada en Lofoten. La tía Helga no reconoció a Maria y fue incapaz de ocultar su decepción, que resultó excesivamente palmaria. Tampoco reconoció a Felix y a Suzanne. La última vez que los vio, la niña no era más que una cría con pañales y Felix un niño gordito, ahora era un palo y aparentaba más edad que los ocho años que no tardaría en cumplir, según la copia de un certificado de bautismo que llevaba su nombre. En cuanto tuviera un respiro, Ingrid lo cambiaría de Tommesen a Barrøy.

Cuando Paulus llega para recoger al caballo, por fin han entendido lo que siempre supieron sus ancestros, que un caballo no puede ser más que un huésped en una isla. Tiene que ver con el tamaño de la isla, que puede resultar difícil de aceptar, y con la hierba, el dinero, las hectáreas, el trabajo y las proporciones celestiales.

Al final deciden segar también los nuevos prados de Gjesøya.

Tienen que hacerlo con guadaña.

Participa toda la familia y discuten si deben instalar los tendedores allí o en Barrøy. Ingrid dice que en casa. Lars se opone. Ingrid argumenta que es más fácil transportar heno seco que mojado. Lars responde que entonces tendrán que llevar y traer las estacas y las cuerdas, además de los picos y los mazos. Maria está de acuerdo con Ingrid. Suzanne también. Pero Barbro está con Lars. Igual que Felix. Cuando Ingrid le cuenta que pronto empezará el colegio, al niño le hace ilusión y Lars no dice nada. Forman dos frentes y, por lo general, uno de ellos se sale con la suya. Y de pronto, un cálido día de finales de verano, se levanta una bruma gris en el mar, como una pared en el horizonte, que avanza despacio, sumiendo una isla tras otra en una oscuridad gris azulada que lo engulle y lo arropa todo como un frío y húmedo edredón.

Donde antes tenían vistas abiertas en todas las direcciones ahora no ven ni sus propias ovejas, no distinguen los tendederos de heno ni los arbustos ni el faro ni la resplandeciente casa de Barrøy, solo ven algunos rastrojos a sus pies y las lágrimas que les corren por las mejillas aunque no llueva.

La niebla ha llegado como una noche en pleno día, como un eclipse solar y una pérdida de visión. Sueltan las herramientas, callan y se abrigan, se sientan en una piedra y dejan que los pensamientos vaguen con una luz interna, del mismo modo en que los ciegos miran hacia dentro porque no les queda más remedio, hasta que encuentran un recuerdo o una ráfaga de algo que nadie sabe lo que es, algo que no pueden compartir y a lo que no pueden sacarle ningún provecho.

Cuando se pierde la visión, se agudizan los demás sentidos: el intenso olor de las ortigas, los humedales, las algas y la lana húmeda; la niebla tan salada como el mar que la parió; la caricia de un extraño contra la piel y, a pesar de que los patos de flojel alzan el vuelo y extienden sus alas sobre los campos, y de que los insectos y los animales están tan silenciosos como las personas, hay un extraño sonido en la niebla, un siseo, como el ruido del mar en la caracola o el de una rata muerta arrastrada por la nieve.

Pero el sol no tarda ni una hora en quebrarlo todo. Primero aparece como un ojo de bacalao hervido en la neblina algunos grados más al norte, después se pone más amarillo, más dorado, hasta que por fin disuelve y aniquila los últimos restos del velo, liberando de nuevo la visión, que sale disparada a los cuatro vientos como caballos desbocados. Y entonces sencillamente se les ha reducido la jornada a la mitad, o se les ha introducido un día nuevo en el viejo, y pueden levantar de nuevo la guadaña.

Título original: *De usynlige*

Edición en formato digital: 2017

Copyright © CAPPELEN DAMN AS 2013

© de la traducción: Cristina Gómez-Baggethun, 2017

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.), Madrid, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-9104-911-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.AdNovelas.com